
WEDDING
CRASH BABY
REBECCA BAKER

# Wedding Crash. Baby – Boda Accidentada. Baby

Rebecca Baker

# Indice


Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16

Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Epílogo

# Capítulo 1

## Anna

—Es un vestido bonito, Anna. Pero me gustaría más verlo en el suelo, a tu lado —se acerca a mí lentamente, me mira, prácticamente me desnuda con los ojos. Mi corazón late con fuerza, mi mente grita que no, pero me rindo. No puedo resistirme, quiero exactamente eso y...

***

El pitido de mi móvil me arranca de mis pensamientos. Me sobresalto involuntariamente, noto cómo la piel de gallina hormiguea en mi antebrazo, miro el móvil y respondo al mensaje de mi amiga Isa, a quien lamentablemente tengo que rechazar la copa porque sigo aquí en la oficina y en realidad debería terminar urgentemente este asunto, en lugar de entregarme a estas húmedas ensoñaciones. Lo que es más fácil decirlo que hacerlo. Porque el hombre de mis sueños es... mi jefe.

Aparto este pensamiento absurdo, junto con todos los demás de este tipo que me persiguen desde hace semanas. Nerviosa, mordisqueo mi bolígrafo y contemplo los números en la pantalla.

Llevo dos horas incubando la oferta para Harold Inc. y no puedo quitarme la sensación de que se me escapa algo. Quizás también se deba a que continuamente me distraigo con fantasías sobre mi jefe y yo.

—Termina esto y luego a casa —me animo en voz baja, ignorando la sensación de malestar en mi estómago.

Este proyecto es importante. Maldita sea, es muy importante.

Harold Inc. no solo es el mayor socio comercial de MorganEnterprises, sino también el más lucrativo. Si cometo un error en esta oferta, probablemente puedo despedirme ya de mi trabajo como asistente de Alexander Morgan. Y eso no lo quiero a ningún precio.

Suspirando, me recuesto en mi silla y me masajeo el hombro tenso. Una mirada al reloj me revela que ya son más de las ocho. La mayoría de los empleados se han ido hace tiempo.

Solo yo sigo aquí sentada. Como prácticamente todas las noches.

No porque tenga que hacerlo, sino porque quiero. Porque quiero ser buena. Mejor que buena. La mejor. Me lo debo a mí misma después de todos estos años en los que me he dejado el trasero en la universidad para conseguir este trabajo. Ni siquiera voy a tratar de negar que mi atractivo jefe juega un papel nada despreciable en esto.

Mi mirada se desliza inevitablemente hacia la puerta cerrada de la oficina, detrás de la cual se encuentra el reino de Alexander Morgan. Él se ha ido hace un rato. A una cena de negocios con el viejo Harold en persona.

Solo de pensar en el viejo Harold me recorre un escalofrío por la espalda. El hombre es un tiburón. Un tiburón de los negocios de la peor especie. Su hija Miranda, en cambio, parece simpática. Al menos esa es la impresión que da cuando de vez en cuando pasa por aquí con su padre. Pero, ¿quién sabe realmente? Quizás sea tan calculadora como su padre y simplemente lo oculta mejor, ¿o acaso interpreta el papel de niña inocente?

El sonido de las puertas del ascensor al abrirse me hace sobresaltar.

Rápidamente me incorporo y finjo estar trabajando concentrada, mientras se acercan unos pasos.

—¿Todavía está aquí?

Sorprendida, levanto la mirada y me encuentro directamente con los brillantes ojos azules de Alexander Morgan.

Su aspecto, como siempre, me deja sin aliento.

El traje negro le queda como una segunda piel sobre su cuerpo atlético. La corbata oscura está ligeramente aflojada y su cabello rubio oscuro está un poco despeinado, como si se hubiera pasado la mano por él varias veces con frustración. Su aspecto tiene un parecido sorprendente con el de mi ensoñación. Solo que no llevo un vestido, sino unos vaqueros negros ajustados y una blusa.

—La oferta para Harold Inc. —explico con voz ronca—. Quiero asegurarme.

Una sonrisa tira de las comisuras de sus labios. —Harold ha estado hoy especialmente... difícil.

—Lo siento —murmuro con empatía.

—No pasa nada. Muéstreme lo que tiene hasta ahora.

Rodea mi escritorio y se inclina sobre mi hombro para mirar mi pantalla.

Su aftershave me llega a la nariz y hace que mi pulso se dispare.

—Las cifras tienen buena pinta —murmura con aprobación—. ¿Puede darme una copia impresa? Me gustaría echarle un vistazo más detallado.

—Cl-claro —balbuceo y cojo rápidamente los papeles de mi escritorio, los coloco en la impresora que tengo al lado y espero a que salgan.

Nuestras manos se rozan cuando él los coge.

Una descarga eléctrica recorre mi cuerpo. La mano de Alexander permanece un momento más de lo necesario sobre la mía. Sus ojos buscan los míos y en su mirada hay algo oscuro. Intenso. Luego retira su mano como si se hubiera quemado.

—Gracias —dice secamente, va a su despacho y cierra la puerta tras él.

Me quedo mirándolo, todavía sintiendo el hormigueo donde su mano ha tocado la mía. Esta tensión entre nosotros acabará por matarme. Está ahí desde que empecé hace seis semanas. Desde el primer día. No sé por qué, pero lo recuerdo con exactitud. Y cada día que pasa el aire parece volverse más denso. La tensión más palpable. No

debería pensar en ello y mucho menos tener estas ensoñaciones. Pero no puedo evitarlo. Simplemente ocurre.

Todavía recuerdo cómo me tendió la mano el primer día y me dio la bienvenida. Su apretón había sido firme, su mano cálida. La había retenido un segundo más de lo necesario.

—Bienvenida a MorganEnterprises.

Ya entonces lo había sentido. Ese chisporroteo subyacente. No en las palabras. Estaba en su mirada. En su contacto algo más prolongado. En la oscuridad de su iris había algo que pedía más. Cómo siempre encuentra una excusa para pasar por mi escritorio. Incluso cuando realmente no es necesario, y aun así siempre me alegro de esa cercanía y de poder inhalar su aftershave.

Luego está la forma en que su voz se hace más profunda cuando estamos solos. Cómo dice entonces mi nombre. Anna. No señorita Meyer. Claro, me trata de usted, pero el uso de mi nombre de pila crea una sensación de cercanía. Esos pequeños momentos en el ascensor, cuando nos encontramos por casualidad. Cómo se coloca más cerca de lo necesario. Cómo su brazo roza el mío.

Apenas la semana pasada. Había derramado café en mi blusa. No era una gran mancha, solo un pequeño percance. Él acababa de salir de su despacho.

—Oh, déjeme... —había dicho mientras sacaba un pañuelo. Sus dedos rozaron el delicado punto justo encima de mi escote mientras limpiaba la mancha.

Contuve la respiración. Él también. Nuestras miradas se encontraron. En sus ojos había algo hambriento. Entonces carraspeó, como si se

hubiera dado cuenta de lo que acababa de hacer, y retrocedió apresuradamente.

O hace tres días. Al final de la tarde en la sala de conferencias, cuando revisábamos los informes trimestrales.

—Aquí —dijo inclinándose sobre mí para señalar un punto en el informe. Su pecho rozó mi espalda. Su aliento acarició mi nuca.

Me estremecí. Él se quedó inmóvil. Durante un momento ninguno de los dos se movió.

La tensión era insoportable. Entonces sonó su móvil y el momento terminó.

Son estos pequeños momentos los que me vuelven loca. Esos momentos que ya no son tan pequeños, sino bastante evidentes. Los que me roban el sueño. La forma en que sus ojos me desnudan cuando cree que no me doy cuenta. Cómo a veces se detiene en medio de una frase solo porque me recojo un mechón de pelo detrás de la oreja.

Las miradas elocuentes por encima del borde de su taza de café. El ligero temblor de sus dedos cuando le entrego documentos, como si tuviera que contenerse para no tocarme.

¡Maldita sea! Está ocurriendo otra vez. Nada más que ensoñaciones. Esta vez no son fantasías de deseo, sino experiencias pasadas que en mi mente se vuelven cada vez más intensas emocionalmente.

¿No debería irme ya a casa? ¿Tomar distancia? Son más de las ocho. Si alguien me hubiera dicho hace semanas que como asistente personal estaría haciendo horas extra, me habría reído. Claro, el

trabajo como asistente personal en MorganEnterprises es exactamente para lo que estudié ADE. Una carrera en el mundo empresarial. Prestigio. Oportunidades de ascenso. Así estaba planeado. Porque es lo que todos hacen.

Mi estómago gruñe y me pregunto cuándo fue la última vez que comí algo. Fue al mediodía. Y solo la mitad del sándwich de mantequilla de cacahuete que me preparé esta mañana. Ni siquiera una comida decente. Pero sentía que tenía que hacer quince cosas más y no me tomé tiempo para hacer una pausa.

Instintivamente, cojo la otra mitad del sándwich, que desde el mediodía está envuelto en papel de aluminio debajo de mi mesa, encima del bolso. Cierro los ojos un momento para apreciar completamente el sabor: mantequilla de cacahuete. Mi sabor favorito absoluto. A veces es un milagro que no se me vaya a las caderas. Isa siempre dice que ella no podría comerlo, pero que yo tengo un metabolismo como un reactor a reacción y probablemente podría atiborrarme de todo y aun así seguiría pareciendo una modelo. Por supuesto no es verdad. Además, Isa es muchísimo más guapa, pero es una buena amiga y simplemente quiere ser amable.

Mientras doy otro gran bocado, mis pensamientos vagan hacia mi otro trabajo. El que tuve durante mis estudios: organizadora de bodas para la agencia de Rick. Es el trabajo que sigo haciendo a tiempo parcial. Los fines de semana. Porque simplemente no puedo dejarlo. Estudiar ADE fue una decisión racional, seguramente influenciada por la educación de mis padres. Aprende algo sensato, algo con lo que puedas ganar dinero. Algo con perspectiva, algo que te ofrezca un trabajo seguro hasta la jubilación.

ADE era la elección obvia. Nunca lo pensé mucho. Al menos hasta que acepté el trabajo a tiempo parcial con Rick. Desde el primer día supe que allí era donde pertenecía. Fue maravilloso acompañar a la

gente en la planificación del día más bonito de su vida. Eliminar dificultades imprevistas y hacer realidad sus sueños. Rick estaba encantado conmigo y me ofreció asociarme con él. Pero de alguna manera sabía que mis padres no habían financiado mis primeros semestres de universidad para que yo inflara globos y coordinara arreglos florales. Especialmente mi difunto padre seguramente se habría horrorizado con esta trayectoria profesional. Así que opté por lo sensato. Por este trabajo aquí en MorganEnterprises, donde hoy estoy encantada de hacer horas extras. Pero me he reservado el trabajo a tiempo parcial con Rick. Ya no planifico bodas por mi cuenta, pero me encanta echarle una mano en temporada alta.

Mi móvil vibra. Otra vez Isa. Esta vez no es un mensaje, sino una llamada. Miro hacia la puerta de mi jefe, que ha cerrado firmemente tras de sí. Seguramente solo quiere convencerme para tomar una copa y como ya es tarde y no queda nadie más por aquí, contesto.

—¿Qué, todavía en la oficina suspirando por tu jefe buenorro? —me saluda sin rodeos.

Casi me atraganto con el último bocado de mi sándwich.

—¡Isa! ¡No tan alto!

—¿Por qué? ¿Está a tu lado?

—No, pero... —Bajo la voz a un susurro—. Nunca se sabe.

—Eres paranoica. —Oigo su sonrisa a través del teléfono—. ¿Cómo ha sido tu día con el señor Guaperas?

—Se llama Alexander Morgan y él es... —corrijo automáticamente.

—Detalles, detalles. Mejor cuéntame por qué estás haciendo horas extra otra vez, en lugar de venir a tomar algo conmigo.

Suspiro y me recuesto en mi silla.

—La oferta de Harold tiene que estar terminada.

—Tonterías. Te quedas solo porque ÉL todavía está ahí.

—¡Eso no es cierto! Yo... —El resto de la frase se me queda atascada en la garganta cuando veo a través del cristal a Alexander caminando de un lado a otro en su despacho. Su corbata está ya completamente desanudada.

—¿Anna? ¿Sigues ahí?

—Sí, perdona. —Me obligo a apartar la mirada—. Es complicado.

—¿Qué tiene de complicado? Te gusta él, le gustas tú. Fin de la historia.

—¡Es mi jefe, Isa!

—¿Y qué? No sería el primer jefe que tiene algo con su asistente.

—Eso es exactamente lo que no quiero ser. La asistente que asciende acostándose con el jefe.

—Estás sobrecualificada para el trabajo y lo sabes. Y además, el trabajo como organizadora de bodas te divertía más. Lo sé, te conozco.

Me muerdo el labio. —Papá se revolvería en su tumba si hubiera hecho eso.

—Tu padre lleva diez años muerto, cariño. Y él querría que fueras feliz.

—¿Feliz? —Me río con amargura—. ¿Haciendo qué? ¿Dejando mi trabajo seguro en MorganEnterprises para planificar bodas a tiempo completo?

—¿Por qué no? Te encanta. Rick dice que eres la mejor que ha tenido nunca.

—No puedo simplemente...

—¿Qué? ¿Hacer lo que te divierte? En vez de eso, te quedas en la oficina hasta tarde soñando con tu jefe, mientras trabajas en secreto para Rick.

—Eso es algo completamente diferente —protesto débilmente, mientras me como el último trozo de mi sándwich—. El trabajo con Rick... solo era para pagar los estudios.

—Y aún así sigues haciéndolo.

—Porque... se siente correcto —admito en voz baja—. Cuando planifico una boda, entonces... entonces sé exactamente qué hacer. Como si todo encajara en su lugar.

—¿A diferencia de tu trabajo aquí?

—Esto es una carrera de verdad, Isa. No solo inflar globos y coordinar decoraciones florales.

—Eso suena sospechosamente a tu padre.

Me estremezco. Tiene razón. Son casi exactamente sus palabras, cuando le conté sobre mi trabajo secundario.

*'Una Meyer hace carrera en los negocios'*, había dicho, *'lo llevamos en la sangre'.*

—¿Anna? —La voz de Isa se suaviza—. No tienes que seguir el camino que tu padre previó para ti.

—Lo sé. —Me froto los ojos con cansancio—. Es solo que... él habría estado tan orgulloso si hubiera visto que conseguí este trabajo.

—Él está muerto, cielo. Y tú estás viva. ¿Estás viviendo de verdad?

La pregunta me golpea más fuerte de lo que esperaba. ¿Estoy viviendo? ¿O solo funcionando?

—Lo siento, cielo. No quería alterarte así. En realidad solo quería preguntar si podíamos salir otra vez. Trabajas demasiado. La distracción es importante, especialmente en tu caso. Quizás hoy no, pero ¿tal vez mañana? Y ahora vete a casa. Son casi las nueve.

Asiento, aunque ella no puede verme. —Lo haré.

—Promételo.

—Prometido.

Cuelgo y me quedo mirando mi pantalla. Los números se desdibujan ante mis ojos.

¿Qué es lo que realmente quiero? ¿Quizás tiene razón y todavía quiero complacer a mi difunto padre?

La puerta del despacho de Alexander se abre.

—¿Anna?

Mi corazón da un vuelco.

—¿Podría venir un momento?

Le miro. Ahí está otra vez: ese hambre en sus ojos oscuros. Siento un hormigueo por toda la piel. Sé que seguramente solo se trata de la oferta, pero en mi imaginación vuelvo a llevar el vestido que él quiere ver en el suelo.

Asiento, incapaz de hablar, y camino lentamente hacia él.

# Capítulo 2

## Alexander

*Poco antes*

Estoy sentado en mi despacho mirando fijamente los números de la oferta de Harold, sin verlos realmente. Mis pensamientos solo giran en torno a ella. Anna. Mi asistente. La mujer que me está volviendo loco desde hace seis semanas.

Joder, supongo que estoy crónicamente falto de sexo. Lo sé. Pero ¿qué puedo hacer si con cada flirteo sin importancia que podría llegar a algo, aparece la imagen de mi asistente en mi cabeza?

Mierda, soy Alexander Morgan y en teoría debería poder acostarme con quien quisiera y cuando quisiera. Siempre ha sido así. Me iba bien con eso. Con lo que no puedo lidiar es con este deseo físico hacia mi asistente. Quizás debería ceder ante él. Y hacerlo por fin sobre mi escritorio, exactamente como se ve en esas películas cliché de los productores de Hollywood. Sería algo nuevo.

Aparto ese pensamiento y vuelvo a mirar la oferta. Es buena. Impecable. Como Anna. En realidad, el viejo Harold no se merece una oferta así. La cena de negocios con él fue un infierno. No solo por sus exigencias exageradas o su actitud prepotente, sino porque mastica como un animal cuando pide las ostras carísimas a mi costa y luego me sonríe de lado, como queriendo decir: *«Tu padre ya pagaba mis ostras antes y tú también las pagarás»*. Repugnante.

En realidad, quería irme directamente a casa cuando dijo que podíamos marcharnos y vi que de la botella de vino de 2.000 dólares que había pedido, solo se había bebido media copa. Me quedé helado y acalorado a la vez. No por el coste. Eso no es nada comparado con mi saldo bancario. Solo por la maldad de su despilfarro. No tengo nada en contra de un vino de 2.000 dólares, pero opino que uno debería al menos apreciar lo bueno y no despreciarlo.

Pero no me fui a casa. Vine aquí. A la oficina. Y en el fondo sé por qué. No por la oferta, Anna la tiene perfectamente controlada. Por ella. Quería ver si aún estaría en la oficina cuando yo volviera. Y allí estaba. Por supuesto que estaba. Y sabía que mi viejo sabría que había cenado con Harold. Así que no aparecería en mi oficina a altas horas de la noche, como suele hacer. Estaríamos solos. Yo y...

Anna Meyer.

Siempre la última en irse y la primera en llegar. Aflojo mi corbata, que de repente me parece demasiado apretada. A través del cristal, la veo sentada en su escritorio. Está hablando por teléfono mientras mordisquea distraídamente su sándwich. Una pequeña miga se queda pegada en su labio inferior.

Maldita sea.

Quiero quitar esa miga con un beso. Quiero sentir esos labios carnosos sobre los míos. Quiero subirla a mi escritorio y...

—Follármela —murmuro para mí mismo mientras la miro con deseo.

Seis semanas. Llevo seis malditas semanas conteniéndome. Intentando mantenerme profesional. Fracasando miserablemente y más de una vez me he tenido que dar placer a mí mismo pensando en ella. Bastante patético y poco digno de un CEO.

Cómo está sentada ahí con esos vaqueros condenadamente ajustados. La forma en que se inclina sobre su escritorio cuando trabaja concentrada. Cómo se tensa su blusa cuando alcanza algo.

Quiero desabrochar esa blusa. Lentamente. Botón a botón. No, qué estoy diciendo, quiero arrancársela y el sujetador también. Quiero ver cómo su piel cambia de color bajo mis dedos. Quiero saborear su suave piel. Quiero oír cómo gime mi nombre mientras yo...

—Mierda. —Salto y empiezo a caminar de un lado a otro en la oficina.

Cómo está sentada allí con su moño despeinado, del que se han soltado algunos mechones. Mechones en los que quiero hundir mis dedos mientras la presiono contra la pared y...

Me detengo junto a la ventana y presiono mi frente acalorada contra el frío cristal, mientras las luces de Manhattan centellean y se mueven lentamente debajo.

Esto está mal. Muy mal.

Es mi empleada. Soy su jefe. Pero maldita sea, cómo me mira. Esos grandes ojos marrones. La forma en que sus pupilas se dilatan cuando nuestras miradas se encuentran. Cómo su respiración se entrecorta cuando me acerco demasiado. Y me acerco demasiado. Constantemente. Busco pretextos ridículos para pasar por su escritorio. La toco como por casualidad en el ascensor. Me inclino sobre ella cuando me muestra algo, solo para inhalar su perfume.

Lo de la mancha de café de la semana pasada... Había sentido su cálida piel bajo mis dedos. Había visto cómo se le ponía la piel de gallina en el escote.

Quiero ver esa piel de gallina por todo su cuerpo. Quiero sentirla temblar bajo mis manos. Quiero...

—Mierda, sí, la deseo y debería tomar de una vez lo que me corresponde —maldigo en voz baja.

El aire en la oficina se vuelve cada vez más sofocante. ¿O solo me lo imagino?

A través del cristal, veo cómo termina su llamada telefónica. Parece pensativa. Vulnerable. Y entonces se pasa la lengua por los labios y la miga desaparece.

Mierda, no puedo evitarlo.

La quiero. Aquí y ahora.

Mi mano ya está en el pomo de la puerta antes de que me dé cuenta realmente de lo que estoy haciendo.

*No lo hagas*, me advierte mi voz interior. *Déjalo estar*. Pero esa voz es pequeña e insignificante. No sé qué es lo correcto. He aprendido esto en este negocio desde cero. Un hombre en mi posición toma lo que le corresponde. He esperado demasiado tiempo. Hoy es el día. Toda la planta estaba vacía cuando regresé. Hoy es perfecto. Nadie oirá sus gritos. Nadie excepto yo. Y voy a saborearlo. Hasta el final.

Entonces abro la puerta y la miro: —¿Podría entrar un momento? — Me cuesta mantener mi voz normal. Parece sonar más profunda de lo habitual, pero quizás solo me lo imagino.

Ella vacila, me mira y veo en su mirada lo dispuesta que está cuando se levanta, asiente y viene hacia mí.

Entra en mi oficina. Vacilante. Cautelosa. Un pequeño rastro dorado de mantequilla de cacahuete se pega en la comisura de su boca. Debe ser mantequilla de cacahuete. Porque algunos días parece alimentarse solo de eso y siempre cierra los ojos cuando da el primer bocado. Casi como si tuviera un pequeño orgasmo. Eso no es cierto, por supuesto, pero no puedo evitar mis pensamientos. Ni querer dárselo. Y eso desde hace semanas. Quiero eliminar ese resto de mantequilla de cacahuete, pero me obligo a calmarme. Sería demasiado precipitado. Quiero ir despacio. Estar seguro. Así que no digo nada.

—¿La oferta de Harold? ¿Está todo bien con ella? Tengo una versión alternativa, si usted... —pregunta. Su voz tiembla ligeramente y se detiene mientras me extiende un papel.

—Todo está perfecto con eso. Siéntese. —Señalo la silla frente a mi escritorio y le cojo el papel. Nuestros dedos se rozan brevemente. Ella se estremece como si se hubiera quemado. Rodeo mi escritorio y me siento para darle algo de espacio.

—¿Cómo fue la comida de negocios? —pregunta mientras se sienta. Su voz suena ronca.

—Harold es un idiota que come haciendo ruido. —Me recuesto en mi silla, observándola—. Pidió una botella de vino de 2.000 dólares y apenas la probó.

—Típico. —Tuerce las comisuras de la boca. La mantequilla de cacahuete brilla bajo la luz de la lámpara del escritorio.

—Pues como te decía: la oferta se ve bien —digo mientras hojeo los documentos—. Muy bien, de hecho.

—Gracias. —Una leve sonrisa cruza su rostro—. He revisado las cifras tres veces.

—Por supuesto que lo ha hecho. —Me levanto, me acerco a ella y me apoyo en mi escritorio frente a ella, de modo que tiene que mirar hacia arriba para verme—. Usted nunca comete errores, ¿verdad, señorita Meyer?

Se sonroja ligeramente. —Sí. A veces.

—¿Por ejemplo?

—Yo... —Se muerde el labio inferior—. Debería haberme ido a casa antes hoy y... —Parece como si quisiera añadir algo más, pero se detiene.

El aire entre nosotros prácticamente chispea.

—¿Por qué sigue aquí? —pregunto en voz baja.

—La oferta... —comienza ella.

—Estaba lista desde hace horas. —Me inclino hacia delante—. Inténtelo de nuevo.

Respira temblorosamente. —Señor Morgan, yo...

—Alexander —la interrumpo—. A esta hora soy Alexander.

Sus ojos se abren de par en par. —Alexander —repite. Mi nombre suena como terciopelo en su lengua.

—¿Por qué sigues aquí, Anna?

Guarda silencio. Sus dedos juguetean nerviosamente con el dobladillo de su blusa.

Mierda. No puedo evitarlo. Ahora o nunca...

—Tienes algo ahí —digo de repente, señalando la comisura de su boca.

—¿Qué? —Confundida, se pasa la mano por la cara, pero no acierta con el sitio.

—Déjame a mí. —Extiendo la mano, acaricio suavemente con el pulgar la comisura de su boca. La mantequilla de cacahuete está tibia y pegajosa. Su respiración se detiene.

Lentamente, sin apartar la mirada de sus pupilas dilatadas, llevo mi pulgar a mi boca y lo lamo.

—Mantequilla de cacahuete —murmuro—. Dulce.

Un pequeño gemido escapa de su garganta.

—Anna —digo en voz baja—. Última oportunidad para irte.

Se queda sentada.

Sus ojos mantienen cautiva mi mirada. Un diminuto músculo se contrae en su mandíbula. —Anna —susurro y pongo mi mano libre en su mejilla. Su piel es suave, casi demasiado suave—. Dime qué quieres.

Traga con dificultad, su mirada se desliza hacia mis labios. —Yo... —exhala, su voz apenas audible—, debería irme.

—¿Deberías? —Mis dedos se deslizan por su cuello, sintiendo el pulso acelerado bajo mi tacto—. ¿O tal vez quieres quedarte?

Sus ojos se cierran por un momento cuando acaricio suavemente su garganta. Un suave gemido se le escapa. —Alexander... —susurra mi nombre, y solo el sonido hace que un escalofrío recorra mi espalda.

Me inclino más cerca, mi aliento mezclándose con el suyo. —Anna —repito su nombre, mis labios a solo centímetros de los suyos—. Te diré lo que yo quiero... —susurro—. Te quiero a ti. Aquí y ahora.

Las palabras apenas han salido y en su mirada veo que ella siente exactamente lo mismo. Y entonces mis labios devoran los suyos. El beso es hambriento, exigente, todo el anhelo acumulado de las últimas semanas se libera en este momento. Sus manos se aferran a mis hombros, acercándome más. Puedo sentir el fino temblor de su cuerpo, el calor que emana de ella.

Me separo brevemente de sus labios, mi mirada recorre su rostro sonrojado. —¿Segura? —pregunto, aunque ya conozco la respuesta.

Asiente, sus ojos brillantes. —Completamente segura.

Con un suave gruñido la levanto y la siento sobre mi escritorio. Un montón de papeles se desliza hacia abajo, aterrizando con un suave crujido en el suelo. —Déjalos —murmuro cuando ella intenta agacharse a recogerlos—. No son importantes.

Sus dedos se enredan en mi pelo, tirando de mi cabeza hacia abajo. Nuestros labios se encuentran de nuevo, más salvajes, más desenfrenados que antes. Voy desabrochando su blusa botón a botón, mis manos se deslizan por su suave piel. Ella gime cuando mis dedos envuelven sus pechos, después de haber desabrochado hábilmente el sujetador. Un sujetador con abertura frontal. Qué previsora.

La oficina, las luces de la ciudad, todo lo que nos rodea se difumina. Solo existimos nosotros, el calor de nuestros cuerpos, el acelerado latir de nuestros corazones. La despojo de su ropa, me libero de la mía. Su piel brilla bajo la luz de la lámpara del escritorio, y no puedo evitar tocarla, acariciarla, besarla.

Sus manos recorren mi espalda, sus uñas arañan ligeramente mi piel.

—Alexander —susurra ella, su respiración entrecortada—. Por favor...

No necesito más invitación. La empujo hacia el borde de mi escritorio, separo sus piernas y recorro con mi mano su dulce y húmeda hendidura, tan perfectamente afeitada. Juego con ella, mirándola directamente a los ojos, acariciándola. Ella gime, se deja

llevar, agarra mi miembro queriendo mostrarme lo que puede hacer. Pero no se lo permito. Eso solo me volvería más loco. En cambio, me acerco más a ella. Entre sus muslos perfectos y embisto dentro de ella, llenándola completamente. Un fuerte grito escapa de sus labios, una mezcla de dolor y placer. Mantengo su mirada cautiva, veo la pasión en sus ojos, la entrega.

Nos movemos juntos, lentamente al principio, luego cada vez más rápido, más salvaje. La oficina se convierte en el escenario de nuestro deseo, el escritorio en el lugar de nuestra pasión. Sus uñas se clavan en mis hombros, sus piernas rodean mis caderas. Susurro su nombre, una y otra vez, mientras las olas de placer se construyen dentro de mí.

El teléfono suena estridentemente, sacándonos de nuestro torbellino de pasión. Lo ignoro, enterrando mi cara en el cuello de Anna mientras continúo embistiéndola. El timbre finalmente cesa.

—Alexander... —gime ella, su cuerpo tensándose. Siento cómo se contrae a mi alrededor, cómo alcanza su clímax.

Solo segundos después la sigo, mi cuerpo tiembla bajo el impacto de mi propio éxtasis. Caigo sobre ella, mi respiración pesada y rápida.

Permanecemos allí, sudorosos y exhaustos, nuestros cuerpos entrelazados. El silencio en la oficina solo se interrumpe por nuestra respiración pesada. Me aparto de ella, me tumbo a su lado en el escritorio.

Una mirada al suelo me muestra los papeles dispersos de la oferta de Harold.

—No te preocupes por eso —murmuro mientras atraigo a Anna hacia mí—. Ahora no es importante. En este momento solo existimos nosotros y aún no hemos terminado aquí. Ni mucho menos —digo, tomándola de la mano y llevándola al sofá de cuero en la esquina, donde quiero repetir el juego. Porque esta noche es mía. Quiero oírla gritar mi nombre. Una y otra vez.

—Alexander... —dice ella suavemente, entre besos, mientras está sentada desnuda sobre mis muslos—. Esto es tan imprudente.

—Lo es, Anna. Pero por eso es tan especial. Y mañana será simplemente un día normal. Como cualquier otro.

—Quieres decir... —susurra, y no estoy seguro de si he cometido un error al insinuar que no quiero hablar sobre cómo o si esto continuará.

—Quiero decir que esta noche solo existimos nosotros. Tú y yo. Y quiero disfrutar cada momento, Anna. Contigo.

Me mira durante unos instantes, sin decir nada. Pero luego asiente, parece estar de acuerdo y me besa de nuevo. Esta vez con lengua. Evidentemente está tan decidida como yo a hacer inolvidable esta noche y no pensar en el mañana.

Siento cómo estoy listo de nuevo y mi punta presiona contra su entrada. Ella se mueve hábilmente y segundos después estoy dentro de ella otra vez. Está sentada sobre mí, moviéndose arriba y abajo, la sujeto por las caderas, beso su boca y sus pechos que se balancean alternativamente, mientras nos acercamos al siguiente clímax y me pregunto por qué demonios he esperado tanto para esto. Es incluso mejor de lo que había soñado.

Agarro su maravilloso trasero con ambas manos, mientras siento que todo se contrae dentro de mí y estoy a punto de llegar de nuevo.

—Anna —gimo. Ella también gime mi nombre, con las mejillas sonrojadas.

—Quiero probar algo más. ¿Lista?

No sabe lo que viene. Pero asiente y estoy seguro de que esta noche traspasaremos juntos algunos límites.

# Capítulo 3

## Anna

*A la mañana siguiente*

El aroma del café recién hecho inunda mi pequeña cocina. Estoy de pie junto a la ventana, observando el despertar del Lower East Side y no puedo dejar de sonreír. Las luces del sol naciente se reflejan en las ventanas de los edificios de enfrente.

—Eres una idiota —murmuro para mí misma mientras doy un sorbo a mi taza. El café está demasiado caliente. Casi me quemo la lengua. Pero ni siquiera eso puede empañar mi buen humor.

Los acontecimientos de anoche pasan como una película ante mis ojos. Sus manos sobre mi piel. Sus labios. La forma en que él... Noto cómo el rubor sube a mi rostro y dejo la taza mientras recuerdo cómo estuve tumbada sobre su mesa y cómo entró en mí. Además, mi trasero aún arde por lo que me hizo después. Dios mío, fue realmente... ¡una auténtica LOCURA!

—Contrólate, Anna —me reprendo a mí misma—. Fue algo de una sola vez. —No lo dijo directamente, pero sus palabras fueron bastante claras. *Esta noche solo existimos nosotros*. No mañana. No pasado mañana. Solo esta noche. Y vaya noche.

Deambulo por mi pequeño apartamento, que en realidad solo consta de una sala de estar con una cocina contigua y un dormitorio diminuto. Los muebles son una mezcla heterogénea: un poco de IKEA y hallazgos de mercadillos. Pero es mi hogar y lo aprecio tal como es. Mientras tanto, doy un mordisco al sándwich de mantequilla de cacahuete que dejé en un plato en el pasillo y no puedo evitar pensar en cómo lamió esa misma crema de mis labios. Así fue como empezó todo.

Aparto ese pensamiento y me examino en el gran espejo. Me giro de un lado a otro. Busco rastros visibles de la noche anterior. Hay una pequeña marca roja en mi cuello. Paso los dedos por encima y me estremezco al recordar cómo se formó.

*Hasta mañana*, dijo cuando nos despedimos. Con toda normalidad. Casi de pasada. Como si no hubiera ocurrido nada. Como si no acabáramos de...

Mi móvil suena y me arranca de mis pensamientos. Isa. Por supuesto.

—¿Qué tal, estás fresca? Qué bonita mañana, ¿verdad? —la saludo.

—¡Suéltalo ya! —exige sin rodeos—. Suenas demasiado alegre para esta hora.

Me río. —¿A qué te refieres?

—¡Oh, por favor! Sabes perfectamente a qué me refiero. Normalmente siempre escribes cuando llegas a casa. Y no has escrito. Durante horas. ¿Entonces?

—¿Entonces qué?

—¡Anna Meyer! Te conozco desde la universidad. No juegues conmigo. ¿Ha pasado algo? ¿Con él?

Me muerdo el labio. —Quizás...

—¡Dios mío! —Chilla tan fuerte que tengo que apartar el teléfono de mi oído—. ¡Detalles! ¡Ahora mismo!

—No por teléfono —digo y echo un vistazo al reloj—. ¿Hora de comer? ¿En Joey's?

—¿De verdad me vas a hacer esperar hasta entonces?

—Sí. —Sonrío.

—Eres cruel. —Suspira teatralmente—. Pero vale. ¿Joey's a las 12:30?

—Perfecto.

—¿Y fue bueno?

Cierro los ojos, recordando sus manos sobre mi piel, sus labios en mi cuello, la forma en que gemía mi nombre... —Sí —susurro.

—Dios mío —gime Isa—. Me voy a morir antes del mediodía, ¿lo sabes, verdad?

—Entonces será mejor que me dé prisa para llegar al trabajo —la provoco.

—Anna...

—¿Sí?

—Cuídate, ¿vale? Ya sabes cómo son los hombres como él.

Sus palabras me afectan más de lo que deberían. —Lo sé —digo en voz baja—. Solo fue una noche. Eso estuvo claro desde el principio.

—¿Pero?

—No hay peros. —Me obligo a sonreír, aunque ella no pueda verlo—. Todo bien. ¡Hasta luego!

Cuelgo antes de que pueda decir algo más. Su *pero* resuena en mi cabeza mientras me preparo.

El viaje al trabajo es, como siempre, una pesadilla de metros abarrotados y gente apresurada. Pero hoy no me molesta. Prácticamente floto a lo largo de la mañana, atrapada en el recuerdo de anoche.

Mi teléfono vibra. Un mensaje de Isa: *Recuerda: los hombres como él SIEMPRE tienen una agenda. No importa lo bueno que fuera el sexo.*

Pongo los ojos en blanco. *Eres una paranoica*, le escribo.

*Realista*, llega rápidamente la respuesta. *Pero cuéntame durante la comida lo "realista" que fue* ;-)

Guardo el móvil y salgo del metro. El frío matutino de Nueva York me recibe de golpe. Me ciño el abrigo con más fuerza y me dirijo a la oficina.

Me detengo brevemente frente al imponente edificio. Mi corazón empieza a latir más rápido. En algún lugar ahí arriba está él. Alexander. Mi jefe. El hombre que anoche me...

—¡Buenos días, señorita Meyer!

Me sobresalto. El portero me sonríe amablemente.

—Buenos días, Joe —murmuro y me apresuro a entrar en el edificio.

En el ascensor compruebo mi reflejo y la marca en mi cuello. Me arreglo el pelo. Tiro de mi blusa. Qué tontería. Como si fuera a fijarse en mí. Como si anoche hubiera sido algo más que...

Las puertas se abren. Respiro hondo y salgo. Todo como siempre. Hay que mantener la profesionalidad. Puedo hacerlo. Debo hacerlo.

Pero cuando miro hacia su despacho al pasar por mi escritorio, está vacío. Los papeles del acuerdo de Harold están ordenadamente apilados sobre su escritorio. Como si nunca hubiera pasado nada. Solo una hoja sigue en el suelo. Un pequeño y último testimonio de lo que ocurrió aquí y...

Mi móvil vuelve a vibrar. Isa: *12:30. No lo olvides. Y hasta entonces: ¡NADA de pensamientos tontos! ¡Pensaremos algo y tramaremos un plan!*

No puedo evitar sonreír. ¿Qué haría yo sin ella?

*Prometido*, te escribiré de vuelta. *Hasta luego.*

Entonces me siento en mi escritorio y enciendo mi ordenador. Es hora de ser profesional. Sin embargo, el nerviosismo trepa dentro de mí y mis dedos tamborilean sobre el escritorio mientras espero para introducir mi contraseña e iniciar sesión. Una y otra vez, mi mirada se desvía hacia la oficina del jefe. Al escritorio, al sofá...

Un cálido hormigueo se extiende por mi bajo vientre. Maldita sea. Me muevo inquieta en mi silla. El escritorio. SU escritorio. Cómo él me...

Oh Dios, tengo que bloquearlo. ¡Inmediatamente! Siento cómo me humedezco con los recuerdos.

Aparece un correo electrónico de contabilidad. Números. Bien. Los números son seguros. Los números no me recuerdan a sus manos, que...

—Mierda.

Me pongo de pie de un salto. Esto no puede seguir así. De ninguna manera. Necesito moverme, hacer algo que no me recuerde constantemente a él. Vuelvo a ver el papel en el suelo de su oficina y esta vez me dirijo directamente hacia él. Aunque no soy su personal de limpieza, voy a recogerlo, arrugarlo y tirarlo. Junto con mis pensamientos impuros. Si es necesario, lo imprimiré de nuevo y

lo pondré con los otros documentos del acuerdo Harold. Y luego me ocuparé de los números que me ha enviado contabilidad.

Con dedos temblorosos, abro la puerta de su oficina. El olor de su aftershave aún permanece en el aire. Mis rodillas se debilitan.

Con cuidado me acerco al escritorio. Me arrodillo, alisando mi falda en el proceso, y recojo el papel.

Entonces oigo... un ruido. Alguien se aclara la garganta detrás de mí. Mi corazón se salta un latido. Luego comienza a acelerarse.

Será él. Alexander. ¿Qué digo? ¿Cómo me comporto? Con normalidad, por supuesto. Profesionalmente. Como si nada hubiera pasado. Como si él no me hubiera estado...

Con dedos temblorosos, agarro el papel. En un momento me daré la vuelta y...

***

—¿Señorita Meyer?

La voz no es la suya. Es suave, femenina y... familiar. Me giro con el papel todavía en la mano.

Elly está en la puerta. Elly del departamento de personal, con quien compartí el almuerzo apenas la semana pasada. La que me contó lo maravilloso que le parecía Alexander. La que se sonrojó cuando hablaba de su *presencia cautivadora*. La que ahora sostiene un grueso sobre marrón en las manos y parece como si quisiera que se la tragara la tierra. Y además acaba de llamarme señorita Meyer, no

Anna. ¿Qué está pasando aquí? Mi corazón late acelerado, aunque por razones completamente diferentes a las de antes.

—¿Elly? —Mi voz suena extraña en mis oídos—. ¿Qué...?

—Lo siento —me interrumpe. Sus dedos se tensan alrededor del sobre—. De verdad. Pero... —Me extiende el sobre.

Lo miro fijamente como si fuera una serpiente—. ¿Qué es eso?

—Su... su despido.

Las palabras me golpean como un puñetazo—. ¿Mi qué?

—Por favor —susurra—. No lo haga más difícil de lo necesario.

—¿Más difícil? —Me río. Suena histérico—. Elly, esto es una broma, ¿verdad? Una broma de mal gusto. Aparte de que me estás tratando de usted.

Ella niega con la cabeza. Evita mi mirada.

—Pero... ¿por qué? —Mi voz se quiebra—. No entiendo...

—Rendimiento insuficiente —dice mecánicamente. Como si estuviera leyendo un guion—. Falta de iniciativa. Escaso compromiso...

—¡Eso es una mierda y lo sabes! —Doy un paso hacia ella. Retrocede—. ¿Dónde está Alexander? Quiero hablar con él.

—El señor Morgan no está disponible —dice.

—¿No está disponible? —Tengo que reírme—. Ayer estaba muy disponible. Incluso hasta bien entrada la noche.

—¡Anna! —Se ruboriza—. Por favor. Yo... tengo que acompañarte... tengo que acompañarla a la salida. Esas son mis instrucciones. O llamar a seguridad. Tú eliges.

—¿Seguridad? —Retrocedo tambaleándome. Choco contra el escritorio—. ¿Quieres que me echen? ¿Tú? Después de todo...

—Lo siento mucho. —Suena como si fuera a llorar en cualquier momento—. De verdad me caes bien. Pero... es mi trabajo.

Con dedos temblorosos, abro el sobre. La carta de despido es breve, precisa, fría. Mi mirada cae sobre la firma al final.

Alexander Morgan.

Realmente lo ha firmado. Mi corazón se acelera, mi mente intenta entenderlo, pero parece imposible. ¿Pero cuándo? ¿Antes o después de pasar la noche follándome? ¿Primero se acuesta conmigo y luego me descarta como un pañuelo usado?

—Cabrón —susurro—. Maldito...

—Anna. —La voz de Elly es más firme ahora—. Por favor. Terminemos esto con dignidad.

¿Con dignidad? ¿Después de que me hagan tragar estas excusas...?

Quiero gritar. Golpear algo. Volcar el escritorio. En cambio, me quedo allí, con la carta de despido en una mano y el papel del suelo en la

otra.

—Cinco minutos —dice Elly en voz baja—. Para recoger tus cosas. Luego te acompañaré a la salida. —Ahora vuelve a tutearme. Todo este teatro es tan ridículo. Quiero esperar a Alexander, gritarle, golpear su musculoso pecho y preguntarle qué significa todo esto. Pero la mirada de Elly me deja claro que está decidida a cumplir con su tarea.

Asiento mecánicamente. Doblo la carta de despido. La meto en mi bolso.

—¿Mereció la pena? —le pregunto—. ¿El ascenso? ¿El sueldo adicional?

Se estremece—. ¿Qué?

—Sabes que esto no es legal. Que quiere deshacerse de mí y que en realidad hago un buen trabajo. Y sobre todo, que él... —No pronuncio la última parte y me guardo las imágenes mentales para mí. Ella no sabe nada de eso. Al menos, eso espero.

—¡No! —Da un paso hacia mí—. Anna, te juro...

—Ahórratelo. —Paso junto a ella—. Cinco minutos, dijiste, ¿no? Serán suficientes.

Oigo sus pasos detrás de mí mientras me dirijo a mi escritorio. Mis manos tiemblan tanto que apenas puedo abrir el cajón.

No hay mucho. Una foto mía con Isa. Una barra de labios de repuesto. Mi taza de café.

Devuelvo la taza. Que se la quede. Como recuerdo de la secretaria que fue lo bastante tonta...

—¿Has terminado? —pregunta Elly con suavidad.

Asiento. Meto todo en mi bolso. La hoja del suelo —el último vestigio de nuestra noche— la arrugo y la tiro a sus pies.

—Para el jefe —digo—. Un pequeño recuerdo.

No la recoge. Solo se queda ahí parada con una expresión tan condenadamente culpable, como si ella fuera la víctima.

—Anna...

—No. —Niego con la cabeza—. No digas nada más. Por favor.

El camino hasta el ascensor es el más largo de mi vida. Las cabezas se giran. Las miradas nos siguen. Ya todos lo saben.

Dios, qué idiota he sido.

—Lo siento —susurra Elly cuando llega el ascensor.

Entro sin mirarla. Pulso "planta baja". Espero hasta que se cierran las puertas.

Solo entonces me permito romper a llorar.

# Capítulo 4

## Alexander

*Aproximadamente a la misma hora - En algún lugar de Manhattan*

El café está perfecto. Negro, fuerte, caliente. Exactamente como lo necesito. Estoy de pie frente a los ventanales de suelo a techo de mi ático, contemplando Manhattan. El sol de la mañana baña la ciudad en una luz dorada. Una mañana perfecta después de una noche perfecta.

—Señor, su desayuno está servido —anuncia Martha, mi ama de llaves de unos 60 años.

—Gracias —No me giro. Disfruto un momento más de las vistas y los recuerdos de anoche.

Anna. Cierro los ojos y la veo frente a mí. Cómo se retorcía sobre mi escritorio. Su piel suave bajo mis manos. La forma en que gemía mi

nombre. Cómo lo hicimos después en el sofá y luego le azoté su dulce trasero mientras la penetraba por detrás. Cómo gritaba y...

—Maldita sea —Noto cómo mi miembro reacciona inmediatamente ante los recuerdos. Fue realmente... intenso.

—¿Señor? —Martha suena preocupada—. ¿Está todo bien?

—Sí —Me aclaro la garganta—. Todo perfecto.

Asiente y desaparece discretamente. Una empleada perfecta. Sabe exactamente cuándo debe retirarse.

Me siento a la mesa del desayuno, muerdo el croissant, doy un sorbo al zumo de naranja recién exprimido y miro a lo lejos. Pero mis pensamientos vuelven una y otra vez a Anna. A sus labios carnosos. Sus largas piernas. Cómo se entregó a mí.

—Vale, esto tiene que parar —murmuro. Porque en realidad esto no es nada nuevo para mí. Sé exactamente cómo manejar este tipo de situaciones. Lo he hecho suficientes veces.

Mi móvil vibra. Un mensaje de Steve del departamento de personal, que quiere hablar conmigo sobre las próximas contrataciones.

Le escribo para darle una cita y asiento satisfecho.

Me recuesto de nuevo y pienso en su sonrisa. Cómo se sonrojó cuando la toqué por primera vez. Cómo se aferraba a mí cuando alcanzó el orgasmo.

—Joder —Noto cómo me pongo duro. Esto es... inusual. Normalmente me mantengo sereno con estas cosas.

¿Tal vez debería llamarla? No. De ninguna manera. Solo complicaría las cosas.

—¿Sr. Morgan? —Martha está de nuevo en la puerta—. Su traje para hoy está planchado.

—Perfecto —Me levanto. Es hora de ser profesional.

Pero mientras me visto y lamo una gota de zumo de naranja de mi dedo índice, mis pensamientos vuelven una y otra vez a Anna. Esta vez al sabor de su sexo, que definitivamente era mejor que este zumo.

Aflojo mi corbata. Hace demasiado calor aquí dentro.

Suena el teléfono. Mi padre.

—¿Alexander? —Su voz suena como siempre. Autoritaria. Fría—. ¿Tienes tiempo hoy para tu viejo?

—Sí, pásate a mediodía por mi despacho.

—Bien —Una breve pausa—. ¿Todo bien por lo demás? ¿Sin... complicaciones?

—No, padre. ¿Por qué? ¿Te refieres al acuerdo con Harold?

—E-Exacto. Y sé amable con la hija. Creo que esta Miranda te aprecia. Vosotros dos haríais buena pareja y ya sabes...

—Lo sé, las empresas podrían fusionarse y solo tendría ventajas.

—Excelente. Lo has entendido —Cuelga sin despedirse. Típico. Construyó la empresa y me la traspasó, pero sigue entrometiéndose porque no puede evitarlo. Este tipo de llamadas misteriosas son de las menos preocupantes.

Me quedo mirando mi reflejo. El heredero Morgan perfecto. Traje a medida. Pelo perfectamente peinado. Mirada gélida. Pero en mi cabeza sigo viendo a Anna. O mejor dicho, vuelvo a verla: cómo estaba tumbada bajo mí. Cómo gritaba mi nombre.

—Esto es ridículo —murmuro. Soy Alexander Morgan. No tengo una erección por un poco de fantasía mental y por haberme acostado con esta...

Sí, ¿qué exactamente? ¿Una mujer inteligente y sexy que me ha proporcionado la mejor noche en mucho tiempo?

—Joder —Cojo el teléfono. Busco su número en la agenda.

No. Lo dejo. Sería un error.

¿O no?

—¿Sr. Morgan? —Martha de nuevo—. Su chófer está aquí.

—Gracias —Cojo mi maletín. Hora de ir a la oficina.

Pero durante el trayecto no puedo dejar de pensar en ella. En su piel. Su sabor. Cómo se sentía.

Quizás... quizás podría...

No. Imposible. Solo complicaría las cosas.

¿O no?

***

Miro en silencio por la ventana, observo a la gente en la acera, me pregunto qué les motiva y si ellos también tuvieron buen sexo ayer.

Con algunos es posible, otros en cambio parecen no haber sido tocados durante mucho tiempo. Estas cosas se pueden ver en la gente, estoy seguro de ello.

Entonces miro hacia delante.

—¡JAMES, CUIDADO! —grito. El chirrido de los frenos corta el aire. Mi cuerpo se lanza hacia delante, el cinturón de seguridad se clava en mi pecho.

Una pelota naranja rueda frente a nuestra limusina. Y justo detrás: un niño pequeño, tal vez de cinco o seis años, corriendo tras su juguete sin mirar a izquierda o derecha.

—¡Maldita sea! —Los nudillos de James están blancos de tensión en el volante—. Eso ha estado cerca. Sin usted no habría visto al niño, jefe. No quiero ni pensar en lo que...

—Yo tampoco —Me desabrocho el cinturón—. ¿Qué ha pasado? Estaba usted distraído.

—Lo siento muchísimo, señor. Estaba pensando en mi hija. Hoy tiene...

—Después. —Abro la puerta—. Primero tenemos que ver cómo está el chico.

El pequeño está paralizado en el borde de la carretera. Su balón de baloncesto yace aplastado bajo la rueda delantera de nuestro coche.

—Eh, colega. —Me pongo en cuclillas para estar a su altura—. ¿Estás bien?

Asiente en silencio. Sus ojos están fijos en el balón destrozado.

—Eso ha sido muy peligroso, ¿lo sabes? —Mi voz es suave, pero firme—. Siempre tienes que mirar antes de salir a la carretera.

—Lo siento, señor. —Traga saliva—. Mi balón...

—¿Era un regalo?

Vuelve a asentir. Su labio inferior tiembla.

Tengo que sonreír. ¿Cuántas veces corrí detrás de mi balón de baloncesto cuando era niño? ¿Cuántas veces me gritó mi padre por eso? ¿O cuando cantaba las canciones de mi grupo favorito en mi habitación?

—¿Cómo te llamas?

—Marcus, señor.

—De acuerdo, Marcus. —Me incorporo—. Ahí delante hay una tienda de deportes. ¿Qué te parece si reemplazamos tu balón?

Sus ojos se agrandan. —¿De verdad?

—De verdad. —Me dirijo a James—. Espere aquí.

La tienda es pequeña, pero está bien surtida. Marcus va directo a los balones de baloncesto.

—Este es como el mío —dice y señala uno con el logo de la NBA impreso. Luego se sonroja—. Pero seguramente es demasiado caro...

—Deja que eso sea problema mío. Además, es mi culpa que tu balón esté roto. —Cojo el balón y me dirijo a la caja.

—¿Usted también juega? —pregunta Marcus mientras pagamos.

—Antes. A tu edad estaba obsesionado con ello.

—¡Yo también! —Se ilumina—. ¡Quiero llegar a la NBA!

—Un gran objetivo. —Le entrego el nuevo balón—. Pero ten más cuidado cuando practiques, ¿vale? La NBA te necesita vivo.

Se ríe. —¡Lo prometo, señor! Y... ¡gracias!

Cuando regreso al coche, Marcus ya está botando de nuevo en la acera. Esta vez mira a izquierda y derecha antes de cruzar la calle.

—¿Usted también fue así, verdad? —pregunta James cuando me subo.

—Peor. —Sonrío—. Mi padre reemplazó al menos tres balones al mes.

—Hablando de tiempo... —Señala el reloj.

—Lo sé. —Me aflojo la corbata—. Pero ha merecido la pena.

Mientras continuamos nuestro camino, veo a Marcus hacerse cada vez más pequeño en el retrovisor. El nuevo balón rebota rítmicamente en el asfalto.

A veces son las pequeñas cosas, pienso. Los momentos inesperados. Como un niño con su balón de baloncesto. O una noche con...

No. No vuelvas a pensar en ella.

—Llegaremos pronto, señor —informa James.

Asiento y repaso mentalmente mi día y lo que me espera.

Suena el teléfono. Miranda Harold. Por supuesto. Como si mi padre la hubiera convocado.

—Alexander Morgan —contesto profesionalmente.

—¡Alex! —Su voz es aguda y afectada—. Ya te echo de menos.

Reprimo un suspiro. —Miranda. ¿A qué debo el honor?

—Papá mencionó que tenéis una cita para comer hoy por lo del acuerdo.

Ah. Por ahí van los tiros. —¿De verdad?

—Mmhmm. —Casi ronronea—. Pensé que quizás podríamos vernos antes. Tengo algunas ideas más... exclusivas para la colaboración entre nuestras empresas.

Me imagino que sí las tiene. En mi mente veo su cuerpo tonificado en esa cara ropa de diseño. Una vista agradable, sin duda. Pero de alguna manera...

—¿Alex? ¿Sigues ahí?

—Por supuesto. —Me aclaro la garganta—. Lo siento, Miranda, pero tengo una agenda muy apretada hoy.

—Oh. —Suena decepcionada—. ¿Quizás más tarde? ¿Después de la comida? Podríamos...

—¿Señor? —El chófer señala el reloj, exactamente lo que le he pedido que haga, porque conoce mi agenda y hoy es realmente bastante ajustada.

—Lo siento, Miranda, tengo que irme. Nos vemos en la comida.

—Pero...

Cuelgo. Me froto las sienes.

Una conexión con Harold Enterprises sería perfecta. Mi padre se volvería loco de alegría. La fusión nos convertiría en la empresa más grande de la costa este. Y Miranda... bueno. Me recuesto. Pienso en sus largas piernas con faldas cortas. Su firme trasero.

Pero entonces veo a Anna. Inclinada sobre mi escritorio. La perfecta sensación de su culo cuando yo...

—Joder. —Otra vez esos pensamientos.

—¿Todo bien, señor? —pregunta mi chófer preocupado.

—Sí, James. Todo perfecto.

Miranda sería la elección lógica. La decisión sensata. El tipo de conexión que crea dinastías. Pero cuando me bajo y me dirijo hacia la Torre Morgan, solo pienso en Anna. En sus suaves labios. Su dulce voz.

—¡Buenos días, señor Morgan!

Asiento al portero y subo al ascensor privado.

¿Tal vez debería darle una oportunidad a Miranda? ¿Una copa después de la comida? ¿Ver adónde lleva?

Mi polla se agita. Pero no por Miranda.

Veo a Anna frente a mí. Desnuda. Deseosa. Gimiendo mi nombre...

—Mierda —murmuro—. Va a ser un día largo.

El ascensor se detiene. Es hora de ser profesional.

Pero los pensamientos sobre Anna permanecen.

Y ahora es el momento de afrontar la verdad. La verdad sobre la noche anterior y sus consecuencias para el día de hoy.

# Capítulo 5

## Anna

*Dos semanas después – Joey's Café*

—Deberías demandarlo —Isa remueve enérgicamente su capuchino —. Lo que hizo fue sexista e ilegal. Te lo diré todos los días, Anna.

Me quedo mirando fijamente mi café ya frío. El tercero de hoy. El primero después de despertarme, el segundo tras la entrevista de trabajo fallida en Thompson & Partners, y este... bueno. En realidad, fue un milagro que Thompson & Partners me invitara. Estaba llena de esperanza, pero cuando me preguntaron por qué dejé MorganEnterprises, su expresión se volvió glacial. Intenté describirlo a mi favor, pero como aún no hay carta de recomendación y esta —si es que llega— seguramente no será favorable para mí, solo dijeron *"Nos pondremos en contacto"*. Y en Nueva York todo el mundo sabe lo que eso significa.

—¿Anna? —Isa agita la mano frente a mi cara—. ¿Me estás escuchando siquiera?

—Por supuesto —suspiro—. Pero, ¿una demanda? ¿Contra Alexander Morgan?

—¡Sí, maldita sea! —Se inclina hacia delante—. Te despidió sin motivo —luego añade susurrando—: Después de haberte usado. ¡Eso es discriminación en toda regla!

Una pareja en la mesa de al lado nos mira. Dios mío, ¿habrán oído algo? Hablo aún más bajo que Isa.

—Es complicado.

—¿Por qué? ¿Porque os acostasteis?

Me atraganto con el café.

—¡Isa!

—¿Qué? —Se encoge de hombros—. Es la verdad. Y eso lo hace aún peor. Abusó de su posición de poder.

—Yo estaba presente, por si lo recuerdas —me froto las sienes. El dolor de cabeza que me persigue desde hace días está empeorando —. Fue mi decisión.

—Y ahora estás aquí sentada. Sin trabajo.

—Gracias por recordármelo.

—Lo siento —agarra mi mano—. Solo quiero ayudarte. Estás tan... diferente desde el despido.

—¿Diferente?

—Antes estabas llena de energía. Ahora pareces... cansada.

Asiento y evito su mirada. Al principio pensaba que le iba a demostrar a Alexander Morgan de lo que soy capaz y que media ciudad me estaría esperando. Quería mostrarle que podía ser más que su asistente, con la que se acuesta. Pero la rabia inicial dio paso rápidamente a esta frustración letárgica cuando me di cuenta de que nadie en la ciudad me estaba esperando. Y a Alexander Morgan le importo una mierda. Eso lo demostró claramente.

—Catorce solicitudes de empleo fallidas te hacen eso —digo.

—¡Exacto! —Da golpecitos en la mesa—. Por eso deberías aprovechar la oportunidad.

—¿Qué oportunidad?

—¡Organizadora de bodas! Se te daba bien. Rick estaría encantado.

Yo también lo había pensado. Era la idea más obvia, pero no le he contado a Isa nada sobre mis llamadas con Rick. Su voz apagada. Las largas pausas.

—Dice que las cosas no le van muy bien ahora —digo.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé —me encojo de hombros—. Sonaba... diferente. Ausente de alguna manera. Cortante.

—¿Quizás por eso necesita ayuda?

—Quizás —miro por la ventana. Una limusina pasa. Negra. Como la de Alexander...

—No —sacudo la cabeza—. Necesito algo nuevo. Un reinicio completo.

—¿Un reinicio? —Isa resopla—. Quieres decir una huida.

—¿Qué?

—Estás escapando. De la confrontación con Morgan. De tu antigua vida.

—Eso es un disparate.

—¿Lo es? —Se recuesta—. La Anna que yo conozco lucharía.

—Quizás no me conoces tan bien como crees.

Las palabras suenan más duras de lo que pretendía. Isa se estremece.

—Lo siento —me froto los ojos—. Solo estoy... cansada. Y no tengo dinero para un ejército de abogados. Y no quiero que todo vuelva a salir a la luz constantemente y que estemos hablando de lo que hicimos... de lo que hice...

—Lo sé —se levanta, rodea la mesa hasta llegar a mí y me abraza—. Mi descanso está a punto de terminar. Pero piénsalo, ¿vale? Sobre la demanda. Sobre Rick. Sobre todo.

Asiento en silencio.

—¿Y Anna? —Deja dinero para el café sobre la mesa. Para el suyo y el mío—. La Anna que conozco todavía está ahí dentro. Solo tiene que despertar.

La observo mientras sale del café. A través del cristal veo cómo cruza la calle. Segura de sí misma. Decidida.

Así era yo también antes.

Antes de Alexander Morgan.

Antes de aquella noche.

Antes de todo.

—¿Otro café? —pregunta la camarera.

Niego con la cabeza.

—No, gracias.

Lo que necesito no es café. Lo que necesito es...

Ya no lo sé.

***

En casa, tiro mi bolso sobre el sofá y me desplomo a su lado. El silencio del apartamento me presiona los oídos. Antes me gustaba cuando había tranquilidad. Ahora solo me recuerda que no tengo ningún sitio al que ir.

Mi teléfono vibra. Seguramente Isa con más intentos de animarme.

Pero es Rick.

—¡Hola! —Me incorporo—. ¿Cómo estás?

Su voz suena ronca, débil.

—No muy bien —tose—. Estoy... estoy en el hospital.

—¿Qué? —Me pongo de pie de un salto—. ¿Qué ha pasado?

—Neumonía —vuelve a toser—. Bastante grave, dicen los médicos. Tengo que quedarme aquí al menos dos semanas.

—Oh Dios, Rick...

—Sí —su voz se quiebra—. Y yo... he conseguido un gran encargo.

Me siento de nuevo. Intuyo hacia dónde va esto.

—Anna... —suena desesperado—. Sé que es mucho pedir. Pero conoces los procedimientos. Los proveedores. Todo.

—Rick...

—Por favor —vuelve a toser—. No sé a quién más acudir. Todos los documentos están en mi oficina. Todavía conoces las claves.

—Nunca podré hacerlo sola —digo.

—Claro que sí —suena más confiado—. Siempre fuiste la mejor. Mejor que yo.

—Eso no es cierto.

—Sí —Él se ría, lo que termina en un ataque de tos—. ¿Te acuerdas de la boda de los Parker? ¿Cuando el niño de 5 años que llevaba los anillos vomitó?

No puedo evitar sonreír.

—Te desmayaste.

—Y tú te ocupaste de todo. Nuevos anillos. Nuevo cojín. Incluso un traje nuevo para el pequeño.

El recuerdo me reconforta. Fue un buen día. Un día exitoso.

—¿Entonces? —Su voz se debilita—. ¿Me ayudarás?

Miro por la ventana. Veo mi reflejo. Los ojos cansados. Los hombros caídos.

Pero hay algo más. Una chispa. Un recuerdo de la Anna que fui una vez.

—Sí —Enderezo los hombros—. Por supuesto que te ayudaré.

—Gracias —Suena aliviado—. Me estás salvando la vida.

—No exageres —Ya estoy buscando bolígrafo y papel—. Procura recuperarte, Rick. ¿Puedo hacer algo más por ti?

—Si me quitas el trabajo de encima, ya estás haciendo suficiente por mí. Gracias Anna. Los médicos vienen. Tengo que... Cuento contigo. Puedes hacerlo.

Mi corazón se acelera. No puedo creerlo. Media hora después tengo tres páginas llenas de notas. Mañana recogeré los documentos de su oficina.

Mis dedos vuelan sobre el móvil: *¿Adivina quién vuelve a ser wedding planner? :-) Al menos durante las próximas semanas. Rick está en el hospital con neumonía.*

La respuesta de Isa llega al instante: *¡¡¡OMG!!! ¡¡¡Eso es fantástico!!! O sea, no Rick en el hospital... ¡pero ya sabes! ¿Se pondrá bien, espero?*

Me río. Por primera vez en días, se siente auténtico. Pero también pienso en Rick y espero que se mejore pronto.

*¿Unas copas esta noche para celebrarlo?*, escribe ella.

*No puedo. Tengo que preparar una gran boda.*

*¡ESA es mi Anna! ¡Llámame si necesitas ayuda!*

Tiro el móvil al sofá y me acerco a la ventana. La ciudad se extiende ante mí. La misma ciudad que esta mañana. Pero de alguna manera... diferente.

Más viva. Llena de posibilidades.

Mi estómago ruge. ¿Cuándo fue la última vez que comí bien?

En la cocina todavía encuentro pasta y salsa de tomate. Mientras el agua hierve, pienso en cómo será la primera boda que planifique por mi cuenta y si ahora todo cambiará, tal como dijo Isa.

***

La pasta está demasiado blanda, la salsa demasiado salada, pero no importa. Por primera vez en días tengo apetito de nuevo. Enciendo la televisión –ruido de fondo contra el silencio–.

—...y ahora las noticias de sociedad... —dice la presentadora.

Levanto la mirada de mi plato. La presentadora rubia sonríe a la cámara.

—Nos complace presentarles esta noticia exclusiva...

El tenedor con pasta a medio camino hacia mi boca.

—¡Alexander Morgan, CEO de Morgan Enterprises, se ha comprometido!

El tenedor cae al plato con un tintineo. La salsa de tomate salpica mi camiseta, pero eso no me importa.

—Su elegida no es otra que Miranda Harold, hija de Stewart Harold, CEO de Harold Inc...

Mi móvil vibra. Luego otra vez. Y otra. Notificaciones push. Una tras otra.

*Última hora: El espectacular compromiso de Morgan*

*Boda de ensueño en el horizonte: Morgan y Harold unidos. Imperios empresariales se fusionan*

—El compromiso se anunció ayer por la noche durante una cena privada...

En la pantalla aparece una foto. Alexander en traje. A su lado una esbelta morena con vestido rojo. Ella sonríe a la cámara. Él también.

Así me sonrió a mí también.

*Miranda Harold – ¿quién es la nueva mujer al lado de Morgan?* – otra notificación push.

La conozco. Por supuesto que la conozco. Harold Inc. es el mayor socio comercial de Morgan Enterprises. Yo mecanografié los contratos. Organicé las reuniones. Vi cómo le hacía ojitos.

—La unión de estas dos dinastías empresariales se considera el acuerdo del siglo...

Un acuerdo. Por supuesto. Un negocio. Exactamente como yo fui una pequeña diversión para él. ¿Quizás todo esto ya estaba decidido? Seguro que sí. Y solo quería divertirse un poco más.

Naturalmente, yo tenía que irme. Solo era... un pañuelo desechable. Usar una vez y tirar.

Mis manos tiemblan mientras hago scroll por las noticias. En todas partes la misma imagen. La misma sonrisa. Las mismas palabras.

*Una historia de amor de cuento... El soltero más codiciado fuera del mercado... La unión perfecta...*

Mi estómago se rebela. La pasta de repente sabe a ceniza. Me levanto de un salto. El plato se cae de mi regazo, se hace añicos en el suelo.

Fragmentos. Qué apropiado.

Mi móvil vibra de nuevo. Isa.

*¡¡¡OMG! ¿¿¿Lo has visto???*

Escribo: *Sí.*

*¡Menudo capullo! ¡Esto estaba planeado desde hace tiempo!*, escribe Isa.

Las reuniones, las citas tardías, las cenas de negocios. Mientras coqueteaba conmigo y luego...

*Fui su pasatiempo*, escribo. *Su pequeña y sucia aventura antes del matrimonio.*

*Anna...*

Tiro el móvil al sofá y siento cómo la tristeza de las últimas semanas se transforma en una ira ardiente e incontenible. Los fragmentos crujen bajo mis pies mientras voy hacia la puerta.

Chaqueta. Llaves. Bolso.

No sé lo que estoy haciendo hasta que estoy en el ascensor. Las paredes de espejo me devuelven mi imagen.

Mancha de tomate en la camiseta. Pelo alborotado. Ojos ardientes.

El edificio Morgan está a veinte minutos.

Él estará allí. Siempre está allí a esta hora. Tal vez incluso con ella. Con su acuerdo perfecto.

No importa. Le diré lo que pienso de él y de su matrimonio. De mi despido y que puede esperar una demanda que le va a costar cara. Voy a poner a Alexander Morgan personalmente en su sitio y explicarle a ese cabrón la mierda que es detrás de su atractiva fachada.

# Capítulo 6

## Alexander

Ha sido perfecto —Miranda se deja caer en el sofá de mi despacho y se quita los tacones de una patada—. La prensa se lo ha tragado.

Me aflojo la corbata y sirvo whisky para ambos.

—Por supuesto que lo han hecho.

—La historia de la cena secreta... —coge la copa—. Genial.

—La mejor mentira es la que uno mismo pone en circulación —me siento detrás de mi escritorio. La carpeta con los documentos de la fusión sigue donde la dejé esta mañana.

—Un año —Miranda da un sorbo a su bebida—. Podemos conseguirlo, ¿verdad?

—No tenemos alternativa —miro por la ventana. Nueva York brilla como una joya en el crepúsculo. En algún lugar ahí fuera está Anna. El pensamiento aparece sin invitación. Lo aparto.

—¡Jake! —Miranda hace un gesto a su guardaespaldas, que espera discretamente junto a la puerta—. ¿Podrías traerme el bolso del coche, por favor?

Observo cómo le sigue con la mirada. Su expresión es inequívoca.

—¿Tu padre sabe de esto? —pregunto con tono casual.

Se queda paralizada un momento. Después se ríe.

—¿De qué?

—Jake —señalo hacia la puerta—. Es bastante evidente.

—¿Tan evidente como lo era tu pequeña asistente?

Comprendo la advertencia en su voz. Ambos tenemos nuestros secretos. Y no queremos nada el uno del otro. Al menos nada físico.

—Touché —levanto mi copa—. Por nuestro perfecto matrimonio de conveniencia.

—Los miles de millones de tu padre contra los de mi padre —brinda conmigo—. El acuerdo perfecto.

—¿Cuánto tiempo lleváis? ¿Con Jake?

Se encoge de hombros.

—Desde Miami. ¿Y tú?

—¿Yo qué?

—Tu... ¿cómo se llama? La ex secretaria.

Dejo mi copa con demasiada fuerza. El whisky se derrama.

—Eso se acabó.

—Oh —se inclina hacia delante—. ¿Parece que alguien aún no lo ha superado?

—Está bien. Dejémoslo.

Se ríe.

—¿Por eso la despediste?

No digo nada y me giro, voy hacia la ventana. Mi reflejo me devuelve la mirada. El hombre de negocios perfecto. El heredero perfecto. El hijo perfecto.

Jake regresa, con el bolso de Miranda en la mano. La mirada entre ambos es íntima. Familiar. Pienso en Anna y en lo íntimos que fuimos. Cómo justo aquí...

—Gracias, Jake —su voz es suave y me arranca de mis pensamientos—. ¿Me necesitas para algo más, Alex?

—No, puedes irte. Pero no olvides la rueda de prensa de mañana —digo—. A las diez.

—Lo sé —Miranda se levanta—. Ser la prometida perfecta. Lo he captado.

—Bien.

—¿Y tú? —está en la puerta—. ¿Interpretarás al prometido perfecto?

—¿Qué otra cosa podría hacer?

—Exacto —sonríe fríamente—. ¿Qué otra cosa? Buenas noches, cariño.

La puerta se cierra.

Me siento de nuevo, abro los documentos de la fusión. Números. Hechos. La única verdad que importa.

Mi padre tiene razón. Esta fusión es más importante que... ¿que qué? ¿Un sentimiento? ¿Una semana?

Alguien llama. La puerta se abre.

—Buenas noches, hijo, pensé que te encontraría aquí.

—Hola, papá —saludo a mi padre sin levantar la vista de los documentos.

Mi padre se sienta sin ser invitado en el sillón de cuero frente a mi escritorio. Su chaqueta de traje a medida se tensa ligeramente sobre su vientre, la única señal de que también él envejece.

—La prensa está satisfecha —dice y toma mi whisky sin pedir permiso—. Buen trabajo.

—Gracias —le paso los documentos de la fusión—. La primera fase va según lo planeado.

Echa un vistazo a las cifras. Sus ojos se entrecierran.

—Las pérdidas del tercer trimestre...

—Lo sé.

—¿Lo sabes? —deja los papeles—. Treinta por ciento, Alexander. Un maldito treinta por ciento.

—El mercado es volátil.

—¿El mercado? —ríe sin alegría—. El mercado no es el problema. Tu liderazgo lo es.

Noto cómo se me tensa la mandíbula.

—Lo tengo todo bajo control.

—¿De verdad? —se inclina hacia delante—. ¿Es ese el motivo de este compromiso?

—¿Por qué? —me levanto y voy hacia la ventana—. Fuiste tú quien quería la conexión con los Harold.

—Sí, pero estas cosas requieren tiempo. Deberíais haberos dejado ver por ahí primero. Salir juntos. Un beso aquí, una cita allá. Como

hacen las parejas reales. Pero ir directamente al compromiso...

—¡Que TÚ querías!

—Yo quería una alianza estratégica. No una farsa.

—Miranda está cooperando. Además, con estas pérdidas no podemos ir más despacio. A mí personalmente me da igual. Mis cuentas están llenas. Estoy intentando salvar TU empresa, padre, que sigue siendo tan importante para ti.

—Por supuesto que lo es —resopla.

Doy un paso atrás.

—Las cifras se recuperarán. Con el dinero de Harold...

—¿Dinero? —se ríe—. ¿Crees que se trata de dinero?

—¿De qué, si no?

—Poder, Alexander. Se trata de poder —vuelve al escritorio, toma los documentos—. En un año absorberemos Harold Inc. por completo. Pero para eso necesitamos confianza. Estabilidad.

—Que tendremos con la boda.

—No —sacude la cabeza—. Lo que tenemos es a un niño jugando que no sabe lo que quiere.

Sus palabras me golpean. Más fuerte de lo que deberían.

—Sé exactamente lo que quiero —no puedo evitar que Anna aparezca en mi mente al decir estas palabras.

—¿De verdad? —se dirige a la puerta—. Entonces demuéstralo. Interpreta tu papel. Convence a Harold. Y por el amor de Dios, mantente alejado de más escándalos.

La puerta se cierra de golpe. Lo miro con rabia. A mi viejo. El hombre al que nunca se le puede complacer. En realidad, es un milagro que me haya entregado la empresa. ¿Aunque? ¿Lo ha hecho? Sigue viniendo todos los días, incluso tiene una oficina en el piso 54. No, toda la planta. ¿Quizás sigue moviendo los hilos desde las sombras y no me he dado cuenta? Conoce los números, conoce los procedimientos.

Mierda. Me saca de quicio. Cojo mi móvil. Marco el número de Miranda.

—¿Alex?

—Ven a mi ático. Esta noche.

Silencio. Luego: —¿Qué?

—Me has entendido. Pronto seremos un matrimonio y deberíamos hacer lo que hacen los prometidos...

—Pero... Jake y yo...

—A solas, Miranda.

—Alex, ¿qué significa esto?

Sonrío. —La mejor farsa es la que no lo es, ¿verdad?

—Esto no tiene gracia.

—¿No? —Me recuesto—. A tu padre seguro que le parecería interesante. Lo de Jake y tú, me refiero.

—¿Me estás amenazando?

—Solo estoy interpretando mi papel. Como tú el tuyo.

—Alex, yo...

Un movimiento en el pasillo me hace levantar la mirada. A través de la puerta de cristal veo a una mujer. Pelo castaño. Delgada.

¿Anna?

—Te llamo luego —digo, cuelgo y al instante olvido esa absurda llamada. Me levanto de un salto. Corro hacia la puerta.

Pero ya no hay nadie. Desconcertado, me detengo. ¿Ha sido solo una ilusión? ¿O realmente Anna estaba aquí? Me froto los ojos y me pregunto si me estoy volviendo loco. Lentamente abro la puerta, miro alrededor. No hay nadie. Entonces voy hasta la esquina donde el pasillo dobla hacia el ascensor, que está en el extremo opuesto.

Allí la veo otra vez. La mujer está junto al ascensor. El mismo corte de pelo. La misma postura.

—¿Anna?

Las puertas se cierran lentamente. Corro apresuradamente hacia ella, pero no llego a tiempo. Además, la mujer en el ascensor me da la espalda, no hace ningún gesto para detener la puerta, algo que cualquier empleada de este rascacielos haría, porque saben perfectamente quién soy.

—Mierda. ¿Qué está pasando? —Noto cómo el sudor me brota y mi corazón se acelera. ¿Era ella?

Una empleada aparece por la esquina. —¿Señor Morgan? ¿Está todo bien?

—La mujer... —Señalo hacia el ascensor—. ¿Era...?

—Lo siento, señor. No he visto a nadie.

Mi móvil vibra. Es Miranda. *¿Qué ha sido eso de antes?*

Miro fijamente las puertas cerradas del ascensor y le escribo a Miranda que hoy ya no tengo tiempo y que nos veremos mañana como habíamos acordado.

—¿Señor Morgan? —La joven suena preocupada—. ¿Está todo bien?

—No. —Niego con la cabeza—. Váyase a casa. Termine su jornada.

En la oficina vuelvo a coger el whisky. Los documentos de la fusión me miran fijamente.

Poder. Dinero. Juegos.

¿Es esto lo que quiero?

Mi móvil vibra de nuevo. Esta vez es mi padre: *Rueda de prensa mañana. 10:00. Estate preparado.*

Típico. Como si no lo supiera. Todavía cree que soy un niño de 10 años incapaz de cuidar su balón de baloncesto. Silencio el teléfono y me acerco a la ventana.

En algún lugar ahí fuera está ella. Anna. Pero si realmente era ella, ¿por qué estaba aquí? ¿Y por qué se marchó? Salgo y me dirijo a su escritorio abandonado. Su taza sigue ahí. Así que no vino a buscarla.

El whisky me quema la garganta.

Jugar juegos. Interpretar un papel. Vivir una mentira. ¿Es eso lo que debe ser mi vida?

¿Era ella realmente? ¿O simplemente no puedo quitarme de la cabeza el sexo y quiero follar otra vez?

La noche cae sobre Nueva York. Las luces se encienden. La vida palpita.

Solo yo estoy aquí. Solo. En medio de un juego que yo mismo comencé.

¿O fue mi padre? ¿Al final está él jugando conmigo y yo soy solo una de sus piezas?

Cojo el móvil otra vez. Escribo un mensaje a Miranda: *Lo siento. Lo de antes fue...*

Luego lo borro. Miranda juega su juego. Yo juego el mío. Mi padre juega el suyo.

Solo Anna... Anna nunca jugó. ¿O sí?

¿Quizás por eso estuvo aquí, para decírmelo? ¿O para mostrarme lo que he perdido? Como si no lo supiera exactamente y pensara en ello todos los días.

Maldita sea. El asunto es más complicado de lo que pensaba. Sobre todo por Anna. Y por mi padre. Y... aparto ese pensamiento. Sobre todo por esa cosa, ese secreto que todo lo cambia.

# Capítulo 7

## Anna

*Dos semanas después*

El televisor suena de fondo mientras intento ordenar los documentos para la boda de los Thompson. La tercera boda en dos semanas. Rick tenía razón: puedo hacerlo. Pero hoy... hoy no logro concentrarme. Es sábado y en realidad quería pasar la mañana en el sofá y quedar con Isa más tarde. Pero de alguna manera, ahora estoy repasando los documentos.

—...y aquí vemos a la feliz pareja saliendo del restaurante —canturrea la presentadora de fondo.

Mi cabeza se levanta de golpe. Ahí están otra vez. Alexander y Miranda. Él con traje gris, ella con un vestido rojo. La mano de él en su espalda. Su radiante sonrisa. Lanzo el mando a distancia contra el televisor. Rebota y cae en el tiesto.

—Mierda. —Hace dos semanas quería decírselo. Quería gritarle a la cara lo miserable que... Pero entonces me quedé allí. En el piso 55. Frente a su oficina. Y nada. Vacío absoluto. Me quedé paralizada y de repente sentí un miedo terrible, di media vuelta lo más rápido posible y prácticamente corrí hacia el ascensor cuando me vio. Su "¡Anna!" todavía resuena en mis oídos. Pero la puerta del ascensor... fue como un escudo protector. Y huí. Como una cobarde. Verdaderamente no estoy orgullosa de ello. Nunca me ha abandonado el valor de esa manera. Incluso me imaginé percibir anhelo en la forma en que pronunció mi nombre. Pero probablemente solo sea porque no puedo sacármelo de la cabeza.

Mi móvil vibra. Es Isa: *¿Cómo estás? ¿Te las arreglas con las bodas?*

*Todo genial*, escribo como respuesta. La mentira más grande desde... bueno, desde el "*Estoy bien*" de hace tres días. A nivel laboral, todo está bien. Planificar bodas es divertido y me mantiene distraída. Pero aun así, a menudo pienso en el fiasco con Alexander y en la precipitada huida tras el fallido intento de cantarle las cuarenta.

Siento náuseas. Otra vez. Es el cuarto día consecutivo. Normalmente no me ocurre algo así. —Probablemente sea el estrés —murmuro mientras me apresuro al baño, cuelgo mi cabeza sobre el inodoro y espero a ver si pasa algo. Pero no ocurre nada. Solo permanece la sensación. Me siento en el suelo de baldosas, respiro profundamente varias veces y siento cómo la sensación disminuye lentamente. Luego me levanto y lavo mi cara con agua helada sobre el lavabo.

Me miro fijamente en el espejo. Piel pálida. Ojeras oscuras. Y de repente vuelve esa vocecita en mi cabeza, que lleva tres días intentando explicarme por qué tengo náuseas por las mañanas y por qué tengo un retraso en el periodo. Algo que nunca me ocurre.

Puede pasarle a otras, pero mi periodo suele ser como un reloj suizo. Al menos hasta ahora.

En cualquier caso, hace tres días compré ese test de embarazo, para lo cual incluso fui a una farmacia en otro barrio donde nadie me conoce. Pero tenía miedo. Miedo del resultado. Por eso sigue en el cajón, en su envase original.

—Es solo el estrés —le digo a mi reflejo—. Las bodas. El nuevo trabajo. Todo el lío con la renuncia. Nada más.

Mi reflejo se ríe de mí, al menos esa es la sensación que tengo.

—Muy bien, lo haré —me digo a mí misma. Con manos temblorosas abro el cajón. El test se siente frío. El sudor me corre por la espalda mientras leo las instrucciones. Como si no supiera cómo se hace.

Luego toca esperar: dos minutos. Ciento veinte segundos. Una eternidad. Al menos en este caso.

Configuro el temporizador en el móvil y me siento en el borde de la bañera.

En la televisión todavía está el programa de sociedad. La voz de Alexander llega hasta el baño. —Miranda y yo estamos felices...

Felices.

El temporizador suena.

Me levanto.

Mis piernas parecen de gelatina.

Una línea: No embarazada.

Dos líneas: Embarazada.

Cierro los ojos. Respiro profundamente. Los abro de nuevo.

Dos líneas.

—No. —Agito el test.

—No, no, no.

Pero las líneas permanecen.

Dos. Claras. Implacables.

Embarazada.

De Alexander Morgan. Que pronto se casará con Miranda Harold.

Me río. Suena histérico. Lentamente me hundo en el suelo y siento las frías baldosas debajo de mí. El test todavía está en mi mano, como un cuerpo extraño. Dos líneas.

—¿Y ahora qué hago? —susurro. ***

Treinta minutos después estoy sentada en el sofá viendo un documental de Netflix sobre pulpos que debería distraerme. Pero mis

pensamientos son una montaña rusa. Mi móvil ha sonado una y otra vez, pero lo he ignorado cada vez. No podía atenderlo.

Ahora el documental ha terminado y mi móvil suena de nuevo. Está junto al mando a distancia y miro la pantalla mientras pulso el botón de STOP para pausar el programa. Rick. Esta vez contesto y su voz suena emocionada: —¡Anna, por fin! Llevo una hora intentando contactar contigo.

—Lo siento, estaba... —miro el test en mi mano— ...ocupada.

—¡No vas a creer quién acaba de llamar! —Su voz casi se quiebra de la emoción—. ¡Jessica Harold!

Me siento mareada. Me siento de nuevo en el borde de la bañera. —¿Jessica... Harold?

—¡Exactamente! La esposa de Robert Harold. Quiere que organicemos la boda de su hija. ¡La boda del año, Anna! Has oído hablar de ella, ¿verdad?

La boda de Miranda. Con Alexander. Mi estómago vuelve a rebelarse.

—¿Anna? ¿Sigues ahí?

—Sí —carraspeo—. He... he oído hablar de eso.

Y estoy embarazada del novio, añado mentalmente.

—Por supuesto que has oído hablar de ello, ha estado en todos los medios —ríe Rick—. Pero escucha esto: quiere que mi agencia se encargue de la planificación.

—Eso es... fantástico. —Mi voz suena hueca.

—Sí, lo sería. Si pudiera hacerlo. —Suspira profundamente—. Pero mi médico dice que debo tomármelo con calma todavía. La neumonía... ya sabes.

—Rick, yo...

—Tienes que hacerlo, Anna.

—¿Qué? —Me levanto de un salto. El test cae al suelo—. ¡No! Eso... eso no puede ser.

—¿Por qué no? Estás haciendo un trabajo fantástico. La boda de los Thompson va de maravilla, la boda de los Miller fue todo un éxito...

—¡Pero esto es diferente! —Camino nerviosamente de un lado a otro —. Esto es... esto es...

—La oportunidad de nuestras vidas —me interrumpe—. Anna, esto podría salvar la empresa. La situación no pintaba bien, no tenía ningún encargo más. Has ejecutado los últimos trabajos con brillantez. Pero después de eso, se habría acabado. Esta boda: puede ser el gran salto. Para mi empresa. Y para ti.

Me apoyo contra la pared. Cierro los ojos.

—Rick, no puedo hacerlo.

—¡Claro que puedes! ¿Recuerdas cuando apareciste en mi puerta? Te mandé fuera tres veces, pero siempre volviste.

—Eso era diferente.

—¿Lo era? —Su voz se suaviza—. No te rendiste hasta que te di una oportunidad. Y ahora mírate.

Las lágrimas corren por mis mejillas.

—Rick, por favor...

—Anna, te necesito. Te necesito de verdad. La señora Harold quiere una primera reunión hoy al mediodía.

—¿Hoy al mediodía? —El pánico crece en mí—. ¿Tan rápido?

—El tiempo es dinero para los Harold. Vamos, Anna. ¿Por mí?

Me deslizo por la pared hasta que vuelvo a sentarme en el suelo. El test está a mi lado. Dos rayas me miran fijamente.

—¿Y si lo estropeo todo? —susurro.

—No lo harás. Eres la mejor que tengo. —Tose—. La única en quien confío para esto.

—Rick...

—Por favor, Anna. No te habría contratado entonces si no creyera en ti. Y ahora... ahora te necesito más que nunca.

Miro fijamente mi vientre aún plano. Pienso en Alexander. En Miranda. En la boda. En las dos rayas.

—Vale —me oigo decir—. Lo haré.

—¿Sí? —Rick suena aliviado—. ¡Eres un ángel, Anna! Te enviaré toda la información enseguida. La reunión es en un ático, te mando la dirección. Quieren hablar en su casa. ¿No es genial? ¡Tan personal!

Personal. Con la familia del hombre del que estoy embarazada.

—Fantástico —murmuro.

—¡Tú puedes hacerlo, Anna! Llámame cuando hayas repasado los documentos.

Cuelga. Todavía estoy sentada en el suelo cuando llega el primer correo electrónico. Luego el segundo. El tercero.

Mi móvil vibra sin parar.

Tomo el test, lo tiro a la basura y me lavo la cara con agua helada.

En el espejo veo a una mujer que no tiene ni idea de lo que está haciendo. Que está embarazada del novio de la boda que se supone que ha de planificar.

—Esto es una locura —le digo a mi reflejo—. Una completa locura.

Pero se lo debo a Rick. Después de todo lo que ha hecho por mí. Después de las oportunidades que me ha dado.

¿Verdad? ¿Puedo siquiera hacerlo? ¿Fingir que no pasa nada?

Con manos temblorosas abro el primer correo.

*Lista provisional de invitados - 500 personas Propuestas de lugar Opciones de catering*

La boda más grande que jamás he planificado. La boda más importante de mi carrera. La boda del hombre cuyo hijo llevo en mi corazón.

—Vale —digo en voz alta—. Un paso tras otro.

Cojo mi libreta, empiezo a leer. Intento no pensar en las dos rayas. No en Alexander. No en...

Mi móvil vibra. Un nuevo mensaje de Rick: *Por cierto, a la señora Harold le gustan las rosas. Rosas blancas. Y odia los retrasos. ¡Sé puntual!*

Rosas blancas. Claro. El símbolo de la pureza.

Pongo una mano sobre mi vientre.

De pureza ya no se puede hablar aquí.

¡Dios mío! ¡No puedo hacer esto! ¿Por qué he dicho que "sí"?

***

Minutos después, mi confusión solo empeora. No sé qué hacer. De verdad que no. Mis dedos tiemblan mientras marco el número de Isa. Contesta al segundo tono.

—¡Por fin! Pensaba que habías perdido el móvil —su voz suena preocupada—. ¿Salimos esta noche como teníamos planeado,

cariño?

—Yo... —Mi voz se quiebra—. Estoy embarazada.

Silencio al otro lado.

—¿Isa?

—¿De Alexander? —Es más una afirmación que una pregunta.

—Sí. —Trago saliva—. Y eso no es todo. Rick quiere que planifique su boda.

—¿Qué? —Suena consternada—. ¿La boda de Alexander y esa... esa...?

—Miranda Harold —completo sin emoción.

—¡No puedes hacer eso!

—Rick me necesita. Su empresa... No le va bien, y este encargo podría salvarlo todo.

—¡Pero estás embarazada! ¡Del novio! —Isa exhala audiblemente—. ¿Ya has... quiero decir, ya sabes qué vas a...?

—No —la interrumpo—. Ya no sé nada. Hace una hora, mi mayor problema era evitarlo, y ahora... —pongo una mano en mi vientre—, ahora llevo a su hijo en mi corazón y tengo que planificar su boda con otra.

—Podrías decírselo. A Alexander, me refiero —sugiere Isa con cautela.

—¿Y entonces? ¿Qué pasaría entonces? —Me levanto, camino hacia la ventana—. Se va a casar con Miranda. Y además, me ha descartado.

—Tienes razón. Pero tendrá que hacerse responsable. Manutención y todo eso, ¿sabes? Mejor que lo sepa antes de la boda —dice Isa.

—No lo sé. Quizás se lo diga. Pero...

—Anna... —La voz de Isa se vuelve suave—. Tú eres importante. Tus sentimientos son importantes. Tu bebé es importante. No puede acostarse contigo, luego desecharte y no vivir con las consecuencias.

—Lo sé. —Las lágrimas vuelven—. Pero no puedo dejar tirado a Rick. No después de todo lo que ha hecho por mí. Si se lo digo, la boda está arruinada. Y en este sector, esas cosas siempre dejan un sabor amargo. Será el planificador de bodas que NO organizó la boda más grande del año porque su asistente se acostó con el novio. Una catástrofe. Eso destruiría su negocio.

—Entonces pensemos —dice Isa, entendiendo mi dilema—. ¿Cuáles son tus opciones?

Me siento en el alféizar de la ventana.

—Podría planificar la boda. Mantenerme profesional. Actuar como si nada pasara.

—¿Mientras tienes náuseas cada mañana y tu vientre crece?

—Solo son unos meses —murmuro—. Luego todo habrá terminado. La boda, quiero decir.

—¿Y el bebé?

Guardo silencio.

—Anna, tienes que pensar en ti. En tu futuro. En vuestro futuro.

—¿Qué futuro? —Me río con amargura—. Como madre soltera, criando al hijo del hombre más rico de la ciudad, mientras él con su perfecta esposa...

—¡Para! —La voz de Isa se vuelve cortante—. Deja eso. Eres fuerte. Eres brillante. Puedes lograr todo lo que quieras.

—Pero...

—Nada de peros. Si quieres planificar esta boda, hazlo. Pero hazlo por ti. Porque eres la mejor organizadora de bodas que ha visto esta ciudad. No por Rick. No por Alexander. Por ti.

Me limpio las lágrimas. —Hablas como si fuera fácil.

—Sí, lo hago —dice con firmeza—. ¿Y sabes qué? Vas a planificar esta boda. La vas a planificar tan condenadamente perfecta que todo el mundo hablará de ella. Y entonces...

—¿Entonces qué?

—Entonces decides lo que TÚ quieres. No lo que otros esperan de ti.

Miro el reloj. Todavía faltan tres horas para la reunión. —No lo tengo tan claro.

—¿Anna?

—¿Sí? —digo con voz ronca.

—Estoy aquí para ti. Pase lo que pase.

—Gracias. —Mi voz apenas es un susurro.

Después de colgar, miro fijamente mi nevera vacía. Me siento mal, pero tengo que comer algo. Al fondo encuentro un pan de molde duro y un tarro de mantequilla de cacahuete.

Mientras preparo el sándwich, pienso en las palabras de Isa. Tiene razón. Soy fuerte. Puedo hacerlo.

Le doy un mordisco al sándwich cuando me acuerdo de Alexander. Cómo hace dos meses me limpió la mantequilla de cacahuete de la comisura de los labios. Su suave caricia. Su sonrisa.

Furiosa, tiro medio sándwich a la basura. ¿Quién se cree que es? Primero flirtea conmigo, luego ese sexo apasionado y después...

Me miro en el espejo del pasillo, veo una mancha de mantequilla de cacahuete en la comisura de mis labios. Como entonces. Pero esta vez no hay nadie que la limpie.

Con manos temblorosas, cojo una servilleta y me la limpio yo misma. Estoy furiosa. Con él. Conmigo. Con toda esta maldita situación.

Pero Isa tiene razón. Soy fuerte. Puedo hacerlo. VOY a llevarlo a cabo. Y solo después diré que estoy embarazada. Para entonces Rick tendrá su publicidad, la boda habrá terminado y será perfecta.

Dos horas más tarde estoy de pie en el pasillo con los hombros erguidos, todavía decidida a seguir adelante.

—Es hora del espectáculo —le digo a mi reflejo y abro la puerta.

Es hora de planificar la boda del año. La boda del hombre que yo... no. Sin sentimientos. No ahora. Ahora soy Anna Meyer. Organizadora de bodas.

Y voy a organizar la mejor maldita boda de todos los tiempos.

Aunque me mate.

# Capítulo 8

## Alexander

—Las flores tienen que ser blancas —explica Jessica Harold por tercera vez en los últimos diez minutos, mientras camina de un lado a otro en mi ático—. Rosas blancas. Nada más.

Estoy sentado a la mesa del comedor, escribiendo correos electrónicos en mi portátil e intentando ignorarla. Miranda hojea con desinterés una revista de bodas.

—Alexander, ¿me estás escuchando siquiera? —pregunta Jessica.

—Mmm —murmuro sin levantar la vista. El acuerdo con Shanghái amenaza con fracasar y realmente no tengo tiempo para...

—El organizador de bodas está a punto de llegar —interrumpe Jessica mis pensamientos—. Al menos podrías fingir que te interesa tu propia boda.

Levanto la mirada. —Creía que Miranda se encargaba de estas cosas.

Miranda suelta una breve carcajada. —¿Yo? Si madre quiere decidirlo todo ella misma de todos modos.

—¡Miranda! —sisea Jessica—. ¡Es tu boda!

—No, madre —dice Miranda fríamente—. Es tu espectáculo. Tu evento social del año.

Reprimo una sonrisa. Al menos en esto estamos de acuerdo.

Suena el móvil de Jessica Harold. Contesta y sus dedos perfectamente manicurados sujetan el teléfono. —¿Sí? ¿Qué significa eso de que está enfermo?

Miranda y yo intercambiamos una mirada.

—¿Una suplente? —La voz de Jessica se vuelve estridente—. Hemos contratado a Rick Watson, no a cualquier... ¿cómo se llama? ¿Anna?

Mi corazón se salta un latido. ¿Anna? Mis pensamientos se precipitan. Seguramente solo es una coincidencia. No puede ser...

—Muy bien —suspira Jessica—. Si dice que es su mejor organizadora... En tres horas. Sí, en el ático Morgan.

Cuelga, sacudiendo la cabeza. —Rick Watson está enfermo. Enviará a una suplente.

—Qué tragedia —murmura Miranda y pasa una página.

—¡Esto es serio! —le espeta Jessica—. La boda tiene que ser perfecta. Toda la ciudad va a...

—...hablar de ello —terminamos Miranda y yo la frase al unísono. Jessica nos lanza una mirada fulminante.

Cierro mi portátil. Los correos electrónicos pueden esperar. —¿Por qué hacemos esta reunión aquí?

—Porque dijiste que no tenías tiempo para ir a ninguna parte —me recuerda Miranda.

Es cierto. Eso había dicho. Porque pensé que podría trabajar mientras tanto.

—Hablando de tiempo —digo mirando mi reloj—. Más tarde tengo...

—Te quedas —me interrumpe Jessica—. Es tu boda.

No, pienso. Es un acuerdo comercial. Miranda lo sabe. Yo lo sé. Pero ella, aparentemente, no.

Pienso en el plan. En la fusión entre Harold Industries y Morgan Enterprises. En las cuotas de mercado. En las posibilidades.

Miranda lo había resumido perfectamente cuando estuvimos a solas la última vez: "Necesito un marido presentable que me dé libertad. Tú necesitas una esposa de buena familia para tu imagen y la fusión. Una combinación perfecta".

Tiene razón. Es un trato. Un buen trato, de hecho. Solo nos veremos cuando sea necesario. Sin sentimientos, sin complicaciones. Después

de la insinuación de la "consumación del matrimonio" —como lo llamé en broma cuando Anna estaba en mi oficina, o al menos eso creo— Miranda tampoco había vuelto a mencionarlo. Ella sabía tan bien como yo que eso nunca ocurriría.

—El champán debe ser francés —está diciendo Jessica mientras toma notas—. Y las flores...

—Blancas —digo mecánicamente—. Rosas blancas.

—¿Ves? ¡Si estabas escuchando! —Miranda pone los ojos en blanco. Mi mirada se dirige hacia la ventana. En algún lugar ahí fuera está Anna. La verdadera Anna. No esta misteriosa organizadora de bodas que vendrá después...

—Me voy a la oficina un momento. La organizadora llega en tres horas, ¿has dicho?

—Pero Alexander, no puedes... —dice Jessica.

—Puedo, Jessica. Y lo haré. Tengo un negocio que dirigir. Os haré el favor de estar presente solo esta vez. ¿Entendido? —digo con más malhumor del que pretendía.

Irritado, salgo de mi ático esperando que pronto pueda dejar atrás toda esta tontería de la boda.

***

Tres horas después estoy de nuevo en mi ático. El tiempo en la oficina me ha sentado bien, aunque el acuerdo con Shanghái sigue tambaleándose. Al menos pude concentrarme en algo útil.

—Llega tarde —dice Jessica mirando su reloj por quinta vez—. Poco profesional.

—Solo son dos minutos después de las tres, madre —suspira Miranda. Sigue sentada con su revista como si no hubiera pasado el tiempo—. No puede saber que para ti dos minutos ya son una eternidad y con el tráfico de la ciudad...

—Estas cosas se planifican —dice Jessica con desdén.

Suena el interfono. Contesto y oigo al portero. —Buenas tardes. Una señorita Anna Meyer para ustedes.

Me quedo mirando fijamente el botón del interfono. Señorita Meyer. Anna Meyer.

—Hágala subir —digo con voz ronca. Mierda. Realmente es ella. Por un lado, me alegra que venga a mi apartamento. Pero las circunstancias no podrían ser peores. ¿Cómo debo reaccionar? ¿Qué debo decir? Y sobre todo, ¿qué dirán Jessica y Miranda cuando... Mierda, todo esto puede salirme muy mal en cualquier momento. Jessica se ajusta su collar de perlas, Miranda por fin deja la revista.

El ascensor hace un sonido. Pasos sobre el suelo de mármol. Luego, llaman a la puerta.

Jessica abre la puerta y... ahí está. Anna. Con un traje negro, el pelo recogido. Profesional. Distante. Y aun así tan familiar.

Nuestras miradas se encuentran. Veo cómo pierde la compostura por un instante, cómo se le abren los ojos. Luego se recupera.

—¿Señora Harold? —Su voz suena firme—. Soy Anna Meyer de Watson Events.

Jessica la examina de arriba abajo. —Así que usted es la sustituta.

—Sí, Rick tiene desgraciadamente una neumonía. Estuvo mucho tiempo en el hospital. Pero le aseguro...

—Pase —la interrumpe Jessica—. Esta es mi hija Miranda. Y su prometido...

—Alexander Morgan —digo adelantándome—. Bienvenida a mi hogar, señorita Meyer.

Su mano está helada cuando estrecha brevemente la mía. La retira rápidamente.

—Siéntese —dice Jessica señalando la mesa de conferencias que ha montado en mi salón—. Tenemos mucho que hablar.

Anna asiente y toma asiento. Parece serena, pero noto el ligero temblor de sus manos cuando abre su carpeta.

Miranda de repente rodea mi cintura con su brazo, se acurruca contra mí. —Cariño, ven, sentémonos también. —Me quedo paralizado. Ella nunca hace esto. Por el rabillo del ojo veo cómo Anna ordena sus papeles, con la mirada baja.

—Bien —comienza Jessica—. Como Rick seguramente le ha comunicado, queremos una boda clásica y elegante. Rosas blancas...

—Disculpad —interrumpo. Tengo que salir de aquí. Inmediatamente —. Tengo una videoconferencia con Shanghái dentro de diez minutos. Acaba de llegarme el correo —digo después de mirar mi móvil fingiendo haber recibido un mensaje.

—¡Alexander! —sisea Jessica—. ¡Esto es importante!

—Lo sé. Ya os encargaréis vosotras —digo fríamente—. Miranda y tú podéis aclarar todo con la señorita Meyer.

Anna levanta la mirada brevemente. Sus ojos se encuentran con los míos. Por un momento veo algo. ¿Vulnerabilidad? ¿Rabia? Luego desaparece.

—Por supuesto —dice con profesionalidad—. Nos las arreglaremos sin usted, señor Morgan. —El tono de su voz... Se refiere a más que solo esta reunión. Por supuesto que sí.

Miranda se separa de mí. —Ve tranquilo, mi amor. Nosotras nos encargamos.

Asiento secamente y cojo mi portátil. De camino a la puerta me detengo brevemente. Anna está sentada de espaldas a mí, pero veo lo tensas que están sus hombros.

—Que tengan un buen día —digo formalmente y me marcho.

En el ascensor me apoyo contra la pared. Mi corazón late acelerado.

Anna. Aquí. En mi ático. ¿Cuántas veces había imaginado tenerla aquí? Pero no así. Jamás así. No como planificadora de bodas para mi matrimonio fingido. No mientras Miranda finge que estamos

enamorados. No mientras Jessica habla de rosas blancas. No después de las circunstancias bajo las que perdió su trabajo.

El ascensor llega al vestíbulo. Me dirijo rápidamente a la salida, asintiendo al portero.

—¿Señor Morgan? —me llama—. ¿Quiere que le pida un taxi?

—No —digo—. Yo... iré a pie. —Me mira confundido, pero ya estoy fuera. El aire fresco no ayuda contra el caos en mi cabeza.

Anna va a planificar mi boda. Anna, que hace dos semanas huyó de mí, después de haberme buscado de nuevo. Anna, a quien no puedo olvidar. Anna, que ahora está discutiendo arreglos florales con mi "prometida" y su madre.

Mi móvil vibra. Un mensaje de Miranda: *Me debes una por el numerito de antes. Eso no formaba parte del trato.*

Respondo: *No te debo nada.*

*Bueno, valía la pena intentarlo*, llega rápidamente su respuesta. *Por cierto, la planificadora es mona. No me extraña que hayas huido... ¿Te gusta?*

Miro fijamente el mensaje. ¿Qué quiere decir con eso?

Pero sé lo que quiere decir. Miranda no es tonta. Probablemente ha percibido la tensión. Las palabras no pronunciadas.

Mi móvil vibra otra vez: *No te preocupes. Me da igual con quién te acuestes o lo que hagas.*

No sospecha nada. Eso es lo más importante. O mejor dicho, no sabe que Anna fue mi ex secretaria. Y tras los primeros momentos, he sentido que Anna no me delatará. Respondo: *A mí también. Y saludos a Jake la próxima vez que esté encima de ti.*

*Se lo transmitiré*, contesta y ni siquiera lo niega.

Mierda, tengo que pensar cómo lidiar con esta nueva situación. El matrimonio falso es una cosa. Pero ver regularmente a Anna durante los preparativos de la boda, es otra completamente distinta. Es la mujer que no quiere salir de mi cabeza. Desde...

Ni siquiera lo sé. En realidad, nunca me había pasado algo así. Desde luego, las circunstancias tras su despido son más que desafortunadas y realmente debería...

Me detengo. No. No voy a permitir ese pensamiento.

No ahora.

No aquí.

Nunca.

# Capítulo 9

## Anna

Perdonad —digo a Jessica Harold y Miranda—. ¿Dónde puedo encontrar...?

—Por el pasillo, segunda puerta a la izquierda —responde Miranda sin levantar la vista de su móvil. Asiento con la cabeza y me levanto. Mis piernas parecen de gelatina. Me alegro de que Alexander acabe de salir por la puerta, pero necesito un momento. Para mí. Para recomponerme.

En el baño, echo el cerrojo tras de mí, me apoyo contra la puerta y respiro hondo. La habitación es enorme, probablemente más grande que mi salón. Y todo en mármol. Por supuesto. ¿Qué esperaba?

Me acerco al espejo. Pálida. Estoy demasiado pálida. A pesar del maquillaje. Y mis manos aún tiemblan.

—Puedes hacerlo —le susurro a mi reflejo—. Eres una profesional. Y vas a seguir adelante. Por ti y por Rick. —Pero mi reflejo se burla de mí. ¿Profesional? Llevo a su hijo en mi vientre y tengo que planificar su boda con otra.

La imagen de Miranda, acurrucándose contra él, se graba a fuego en mi cerebro. La pareja perfecta. Ricos. Guapos. Hechos para los medios. No debería importarme, pero fue como una puñalada en mi corazón y las imágenes de aquella noche salvaje, loca y única volvieron a mí. Una parte de mí todavía quiere creer que lo que tuvimos fue real, que no fue solo diversión para él justo antes de su boda. Odio esa parte de mí, pero simplemente no puedo deshacerme de ella.

Una oleada de náuseas me invade. Me inclino sobre el inodoro, pero no pasa nada. Sin embargo, la sensación persiste. —Contrólate — murmuro y me echo agua fría en la cara.

En el espejo veo a una mujer pálida que no tiene ni idea de lo que está haciendo. Que está embarazada del novio de la boda que debe planificar. Que hace dos semanas fue demasiado cobarde para decirle lo que pensaba, para darle una patada verbal en el trasero y despreciarlo por cómo la había tratado.

¿Pero quizás esto también tiene su parte buena? ¿Cómo habría sido el reencuentro hoy si realmente le hubiera puesto a caldo y le hubiera dado una patada en los huevos, como había imaginado en mis fantasías más salvajes? ¿Qué vergonzoso habría sido hoy? «Por cierto, es usted un capullo».

Y ahora estoy aquí sentada planeando su boda. La vida a veces tiene un humor jodidamente retorcido. Pero al menos me he librado de esa parte por hoy.

Respiro profundamente y me arreglo el traje. Rick necesita este encargo. Yo necesito este trabajo. Para el bebé. Para mi futuro.

Cuando vuelvo al salón, Miranda sigue tecleando en su móvil. Sonríe por algo que está leyendo. ¿Quizás está escribiendo con Alexander? De nuevo esa punzada en mi corazón, que inmediatamente quiero apartar. Jessica está hojeando una revista de bodas y levanta la mirada en cuanto oye mis pasos.

—Ah, aquí está —dice Jessica—. Bueno, ¿por dónde íbamos? Ah, sí, las rosas...

—Rosas blancas —digo y me siento—. Ya lo he anotado.

—Bien. La decoración de las mesas tiene que combinar, por supuesto. Estaba pensando en jarrones de cristal...

Tomo notas, asiento en los momentos adecuados. Finjo que esto es normal. Como si mi corazón no se rompiera cada vez que dice «la novia» o «mi yerno».

Miranda levanta brevemente la vista de su móvil. —Madre, la estás abrumando con detalles.

—¡Los detalles son importantes! —protesta Jessica—. ¡Será la boda del año!

—Por supuesto —digo profesionalmente—. Cada detalle cuenta.

—¿Lo ves? —Jessica resplandece—. La señorita Meyer me entiende.

Miranda pone los ojos en blanco y sigue tecleando. Parece sorprendentemente desinteresada para ser la novia.

—La lista de invitados incluye hasta ahora a 500 personas —continúa Jessica—. La élite de la ciudad estará...

Mi estómago se rebela de nuevo. 500 invitados. Media ciudad verá cómo Alexander se casa con otra.

—¿Señorita Meyer? —Jessica me mira expectante—. ¿Se encuentra bien? Parece algo pálida.

—Estoy bien —digo rápidamente—. El tráfico... el calor...

—¿Quiere que le traiga un vaso de agua? —pregunta Miranda de repente, levantando la vista de su móvil.

—No, gracias. Yo... —Una nueva oleada de náuseas—. ¿Me disculpan? Solo un momento...

Me levanto de un salto y me apresuro de vuelta al baño. Esta vez llego justo a tiempo al inodoro.

Cuando termino, alguien llama suavemente a la puerta. —¿Señorita Meyer?

Miranda.

—Un momento —carraspeo y me enjuago la boca.

Está de pie frente a la puerta, con un vaso de agua en la mano. —Aquí tiene.

—Gracias —murmuro sorprendida.

Sonríe débilmente. —No se preocupe. Mi madre puede ser agotadora.

Si supiera que no es su madre quien me provoca náuseas...

—Lo siento —digo—. Esto es muy poco profesional.

—No es nada. —Hace un gesto desdeñoso—. A veces yo también me mareo cuando pienso en la boda.

Me quedo helada. ¿Qué quiere decir con eso?

Pero ella solo sonríe, coge su móvil y vuelve al salón.

Bebo el agua a pequeños sorbos. Extraño. Toda esta situación es extraña. El novio desinteresado. La novia aún más desinteresada. Solo la madre parece entusiasmada. Cuando regreso, Jessica está hablando por teléfono. Miranda vuelve a deslizar el dedo por su móvil.

—Disculpen la interrupción —digo y me siento.

—¿Se encuentra mejor? —pregunta Miranda, sin levantar la mirada.

—Sí, gracias.

Jessica cuelga. —Bueno, ¿por dónde íbamos?

—La lista de invitados —digo mecánicamente.

—¡Exacto! Y el champán...

—Francés —completo.

—Es usted buena —dice Jessica con aprobación—. Rick no prometió demasiado.

Me obligo a sonreír. Me concentro en los números. Los hechos. Los detalles.

No pensar en Alexander. No en el bebé. No en...

—¿Señorita Meyer?

—¿Sí? —Me sobresalto.

—Preguntaba si puede imaginarse el Hotel Palace como ubicación —repite Jessica.

—Oh. Sí, por supuesto. El salón de baile sería perfecto para 500 invitados.

—¡Maravilloso! —Jessica aplaude—. Y septiembre...

—El 15 —dice Miranda, todavía ocupada con el móvil—. Como acordamos.

El 15 de septiembre. Para entonces mi vientre ya estará...

No. No pienses en eso. No ahora.

—Les enviaré un concepto detallado para mañana —digo cerrando mi carpeta—. Con calendario y estimación de costes.

—¡Perfecto! —Jessica resplandece—. Sabía que Rick nos enviaría a la persona adecuada.

Si ella supiera...

Miranda me acompaña hasta la puerta, mientras su madre ya está hablando por teléfono otra vez.

—Gracias por el agua —digo en voz baja.

Ella solo asiente, vuelve a teclear en su móvil. Luego, justo antes de que me vaya—: ¿Señorita Meyer?

—¿Sí?

—Lo que le dije antes en el baño... no lo malinterprete. A veces todo esto es demasiado. Es solo que... —Entonces se detiene. Es como si quisiera decir algo, cualquier cosa. Extraño.

La miro fijamente, pero ella solo sonríe. Entonces se abre la puerta, alguien entra desde fuera. Mi corazón se salta un latido. Seguro que es Alexander, que regresa. No me libro de nada.

—Hola Jake, qué bien que estés aquí —dice Miranda, cuya voz suena inmediatamente un poco más clara.

—Este es Jake, mi guardaespaldas —me dice. Él también se presenta, solo asiente brevemente y nos estrechamos las manos. Luego me despido y cierro la puerta.

En el ascensor me apoyo contra la pared y pienso de nuevo sobre el críptico comentario de Miranda, pero aparto el pensamiento e intento concentrarme en el trabajo. Tengo que crear un concepto. Planificar una boda.

—Showtime —le susurro a mi reflejo en el ascensor.

Mi reflejo no responde.

Está demasiado ocupado tratando de no llorar.

Miro fijamente la pantalla de mi móvil y considero si debería llamar a Rick. Quizás podría decirle que estoy enferma o que ha surgido una emergencia familiar. Algo que me libere de esta situación imposible. Pero sus palabras de ayer todavía resuenan en mis oídos: "Anna, te necesito de verdad. La neumonía me ha dejado completamente fuera de combate y este es el cliente más importante del año. Por favor, sustitúyeme. Solo te tengo a ti".

Rick fue el único que me dio una oportunidad después de lo sucedido con Alexander. Cuando me quedé repentinamente sin trabajo, no dudó en contratarme. Le debo algo. Y ya durante mis estudios me acogió, aunque no tenía experiencia. Definitivamente se lo debo.

Con un suspiro resignado, quiero guardar el móvil en mi bolso, pero me doy cuenta de que no está. Maldita sea. Debe estar arriba en el ático.

El portero me lanza una mirada interrogante cuando vuelvo a pulsar los botones del ascensor. Intento ignorar su sonrisa compasiva.

Cuando llamo arriba, Jessica abre la puerta. —¿Señorita Meyer? ¿Ha olvidado algo?

—Mi bolso —explico con una sonrisa de disculpa—. Lo siento mucho de verdad...

—Oh, debe estar todavía en el sofá del salón —dice y hace ademán de acompañarme.

—Por favor, no se moleste —digo rápidamente—. Lo encontraré sola.

Jessica asiente agradecida y desaparece de nuevo en la cocina, donde poco después se ve envuelta en una acalorada conversación telefónica. Suena como si estuviera hablando con su marido o pareja y como si los dos no estuvieran completamente de acuerdo.

Entonces encuentro el bolso, está sobre la mesa grande. Me acerco y oigo una risa reprimida que viene de una de las habitaciones contiguas y me detengo. Automáticamente, sin pensarlo, me dirijo hacia allí porque la puerta está entreabierta. Sé que no es asunto mío, pero mis sentidos y una dosis de curiosidad me empujan literalmente hacia allí.

Lo que veo me deja helada: Miranda, la futura novia, está allí con Jake, su supuesto guardaespaldas. Pero sus manos definitivamente no están donde deberían estar las de un guardaespaldas profesional. En sus caderas. Están cerca. Demasiado cerca de alguna manera.

—¡Señorita Meyer! —exclama Miranda sobresaltada y se separa rápidamente de Jake. Jake da un paso atrás y actúa como si estuviera ajustando la persiana de la ventana de al lado.

—Disculpe —murmuro y siento cómo me sonrojo—. Yo... solo buscaba mi bolso y... —digo levantándolo—, y lo he encontrado —añado, porque no se me ocurre ningún motivo por el que haya mirado dentro de esta habitación.

—Estupendo. Entonces hasta la próxima vez —dice Miranda y me regala una sonrisa como si todo esto no hubiera pasado y como si no hubiera visto nada—. Adiós. ¿Puede salir sola esta vez?

Asiento rápidamente y camino por el pasillo, mientras mil pensamientos cruzan por mi cabeza. Cuando vuelvo a la puerta, echo una última mirada atrás. No hay nadie a la vista. Y la puerta está esta vez bien cerrada.

—¿Ha encontrado lo que buscaba? —grita Jessica desde la cocina.

—¡Sí, muchas gracias! —respondo y me alegro cuando por fin estoy fuera del apartamento y de nuevo en el ascensor.

De camino hacia abajo, intento entender lo que he visto, pienso en el desinterés de Miranda y Alexander y me pregunto si aquí está sucediendo algo completamente diferente a una boda perfecta para una pareja perfecta.

¡Pero quizás los ricos simplemente no son fieles! Quizás Miranda quiere "cortar sus cuernos" exactamente igual que Alexander conmigo.

Mi móvil vibra y me saca de mis pensamientos. Un mensaje de Rick: "¿Cómo ha ido?"

Respondo: "Todo en orden. El concepto llegará mañana".

Aparece otro mensaje, de un número desconocido: *Le estaría muy agradecida si fuera discreta con lo que ha visto. M.*

—*Por supuesto* —respondo brevemente. ¿Qué otra cosa podría escribir? ¿Que yo también tengo mis propios secretos? ¿Que bajo mi traje negro está creciendo un bebé del que nadie debe enterarse, y menos aún el propio novio?

Frente al edificio, hago señas para detener un taxi. Tengo que irme de aquí antes de que Alexander se cruce en mi camino. Y sobre todo, necesito aclarar cómo voy a planificar esta boda sin destruirme en el proceso.

# Capítulo 10

## Alexander

Sigo todavía en movimiento. Camino como un autómata por las calles de Manhattan intentando ordenar mis pensamientos. Observo a las personas que vienen hacia mí y me pregunto si también estarán pasando por una locura como la mía: ¿un matrimonio falso para una fusión empresarial y la ex asistente con la que te acostaste es la organizadora de la boda?

No, seguramente nadie puede superar eso, aunque vea aquí y allá rostros afligidos. Otros, en cambio, parecen alegres y relajados. La vida es, probablemente, lo que uno ve en ella, como ocurre a menudo. Respiro profundamente e intento ahuyentar los pensamientos que han estado dando vueltas en mi cabeza durante los últimos minutos. El aire llena mis pulmones y regresa un poco de calma a mi interior. ¿Cuándo fue la última vez que simplemente caminé por Manhattan? No lo recuerdo.

Mientras recorro Park Avenue, me aflojo la corbata y me pregunto cómo será el próximo encuentro con Anna. La veo de nuevo frente a

mí, de pie en mi ático. Se veía bien en su traje negro —profesional, distante—, pero sus ojos... Sus ojos me revelaron que estaba tan desconcertada de verme como yo a ella.

Quizás debería poner las cartas sobre la mesa. Contarle a Miranda que hace unas semanas me acosté con su organizadora de bodas sobre mi escritorio... Sacudo la cabeza ante mi propia idea. Sería la manera más rápida de torpedear toda esta fusión. Además, ¿qué cambiaría? Anna probablemente me odia. Con razón, después de todo lo que pasó entonces.

Un repartidor con una pila de cajas me empuja al pasar. —¡Perdón, jefe! —grita, sin reducir su velocidad. Antes esto me habría enfadado y le habría dicho que tuviera cuidado de no arrollar a la élite de la ciudad con su maldito trabajo de mierda. Hoy me hace sonreír. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que alguien simplemente me empujó así? En mi posición, la gente normalmente mantiene una distancia respetuosa.

Sin dirigirlos conscientemente, mis pies me han llevado hacia la oficina. El edificio Morgan se alza ante mí. Cincuenta y cinco plantas de cristal y acero. Mi reino. O mejor dicho: el reino de mi padre, donde yo soy el príncipe heredero. Es la primera vez que se me ocurre esta comparación, y es repugnante pero muy acertada. Aunque soy el director general, mi padre... Es su empresa. Su bebé. Yo solo soy tolerado y eso tiene que cambiar.

—¡Señor Morgan! —El guardia de seguridad en recepción levanta la vista sorprendido de sus monitores—. ¿Ocurre algo con su coche?

—Todo está bien. Solo necesitaba algo de ejercicio.

En el ascensor privado, me apoyo contra la pared de espejos y aflojo aún más mi cuello. Mi reflejo muestra mejillas enrojecidas, el pelo

despeinado por el viento. No precisamente la imagen de un director general. Pero por primera vez en semanas, me siento de alguna manera vivo.

Las puertas se abren y mi nueva asistente, Janet, se levanta de un salto de su escritorio. —¡Señor Morgan! No le esperábamos hoy. ¿Quiere que le prepare un café...?

—No, gracias. Sin llamadas, sin citas. Necesito tiempo para pensar.

Parece confundida, pero asiente. Por supuesto que está confundida. Normalmente soy la eficiencia personificada. Reuniones, llamadas, presentaciones —un día completamente programado.

En mi despacho, me quedo de pie junto a la ventana y miro hacia la ciudad. Desde aquí arriba todo parece tan ordenado, tan controlado. Si la gente de ahí abajo supiera el caos que reina en mi cabeza.

Involuntariamente, mi mirada se dirige al escritorio de Janet. El escritorio que pertenecía a Anna. ¿Cuántas veces la observé desde aquí? Cómo trabajaba concentrada en presentaciones con la punta de la lengua entre los dientes. Cómo jugaba con su pelo cuando hablaba por teléfono, ese pelo que siempre le caía sobre la cara. Cómo por las noches, cuando todos los demás ya se habían ido...

El teléfono de mi escritorio me saca de mis pensamientos. Janet. —Realmente siento molestarle, pero su padre insiste en hablar con usted. Dice que es urgente.

Por supuesto que lo hace. Siempre es urgente. —Dígale que estoy en una reunión importante.

—Pero...

—¡Janet!

Suspira. —Sí, señor.

Me siento en mi escritorio e intento concentrarme en las cifras trimestrales que brillan en mi pantalla. Pero mis pensamientos vuelven una y otra vez a aquella noche. A Anna, que trabajaba hasta tarde en el acuerdo Harold. Al momento en que nuestras manos se tocaron y de repente el aire entre nosotros chispeó.

Mierda, han pasado semanas y todavía me persigue en la cabeza. ¿Cómo es posible algo así?

El teléfono suena de nuevo. Esta vez es directamente mi padre.

—Alexander, ¿dónde demonios estás?

—En la oficina. Me estás llamando ahí ahora mismo.

Una larga pausa. —¿Y cómo fue la reunión con el organizador de bodas?

—Era una mujer, padre.

Una pausa aún más larga. —¿Una mujer? Pensé que el tipo se llamaba Rick... he olvidado el apellido.

—Anna Meyer.

Le oigo aspirar bruscamente. —¿Esa Anna Meyer? Esto es inaceptable. Voy a...

—No vas a hacer nada —le interrumpo. Por primera vez en mi vida —. Ella hace su trabajo profesional y competentemente. Como siempre.

—Alexander, después de todo lo que ha pasado...

—¿Qué es exactamente lo que ha pasado, padre? ¿Quieres hablar de ello? ¿Ahora, de repente?

Guarda silencio. Por supuesto que lo hace. Mi padre no habla de cosas incómodas. Simplemente las elimina.

—La fusión con Harold Industries es la máxima prioridad —dice finalmente—. Lo sabes.

—Sí, lo sé. Llevas meses sin hablar de otra cosa.

—Entonces compórtate como corresponde. Esta boda...

—...se celebrará. Como estaba planeado —digo.

Suspira profundamente. —A veces no te entiendo, hijo.

Con eso, cuelga. Me quedo mirando el auricular mudo y río amargamente. A veces ni yo mismo me entiendo.

Pero ¿qué podría haber hecho? ¿Decirle al gran Alexander Morgan Senior que se vaya al diablo? ¿Renunciar a todo por... sí, ¿por qué exactamente?

¿Por una noche? ¿Por un sentimiento? ¿Por... amor?

Sacudo la cabeza ante mis propios pensamientos. Es una estupidez. Una estupidez romántica guiada por la entrepierna. Me casaré con Miranda Harold. La fusión se llevará a cabo. El imperio crecerá.

Y Anna... Anna planificará nuestra boda. Profesionalmente. Con distancia. Como si nunca hubiera pasado nada.

Solo que cada vez que la miro, siento su piel sobre la mía. Oigo su risa. Huelo su perfume.

—¡Maldita sea! —maldigo y golpeo el escritorio con el puño.

El teléfono suena otra vez. Esta vez no contesto.

En cambio, miro por la ventana y me pregunto si ella también piensa a veces en aquella noche.

No. Mejor no. Mejor no pensar en nada. Mejor solo funcionar. Como siempre.

Pero por primera vez en mi vida, no estoy seguro de si todavía puedo hacerlo.

***

***Tres semanas después***

Los días se estiran como chicle. Intento ahogarme en el trabajo, pero no ayuda realmente. Una y otra vez llegan correos de Jessica: solicitudes de citas para la planificación de la boda. A veces consigo escabullirme. Reuniones, llamadas importantes, viajes de negocios urgentes. Pero no siempre.

Cuando tengo que estar presente o no puedo evitarlo, me quedo sentado como una piedra. Escucho las interminables discusiones de Miranda y Jessica sobre arreglos florales y manteles. Intento no mirar a Anna y me sorprendo cuando Miranda realmente participa con entusiasmo en la discusión.

Pero aun así veo a Anna. Cómo asiente profesionalmente, toma notas, hace sugerencias. Como si nada hubiera pasado.

A veces, cuando creo que nadie está mirando, mi mirada se dirige hacia ella. Y a veces —malditamente raro, pero sucede— ella se gira en ese preciso momento. Entonces hay esa expresión en sus ojos. Ira, sí. Pero hay algo más. Algo que no puedo identificar. ¿O simplemente no quiero hacerlo?

—¿Señor Morgan? —Janet está en la puerta de mi oficina. Parece nerviosa—. La señora Harold y su hija están aquí. Con... con la señorita Meyer.

Me quedo helado. —¿Qué? Pero no tenemos cita.

—La señora Harold dice que es urgente.

Por supuesto. Para Jessica no hay nada más urgente que esta estúpida boda. ¿Cómo se atreve a presentarse aquí sin más? — Hágalas pasar.

Prácticamente irrumpen en mi oficina. Jessica al frente, con Miranda y Anna a la zaga. Anna lleva hoy un traje gris oscuro. Le sienta bien. Maldita sea. Pero no parece especialmente feliz de tener que estar aquí. Probablemente la convencieron tanto como a mí.

—¡Alexander, cariño! —Jessica resplandece—. Tenemos que discutir algunos detalles importantes. El lugar está causando problemas, nos dijo la señorita Meyer. No pudimos contactarte por teléfono, así que simplemente metí a Miranda y a la señorita Meyer en mi coche y vinimos aquí y...

Mierda, debería haber contestado al teléfono. Pensé que podía evitar una reunión de este modo. No contaba con tanto entusiasmo.

—¡Mamá! —Miranda pone los ojos en blanco—. Ya habíamos aclarado esto. El Grand Hotel es perfecto.

—Pero cariño, ¡piensa en las fotos en el Central Park Hotel! La iluminación allí es mucho...

—¡Mamá! ¡No!

—Pero...

—¿Podemos discutir esto afuera un momento? —Miranda agarra a su madre del brazo—. Lo siento —murmura en mi dirección, mientras prácticamente arrastra a Jessica fuera de la oficina.

Silencio.

Anna sigue aquí, sosteniendo su carpeta como un escudo frente a su pecho y mirando al suelo. Parece estar simplemente esperando a que las dos regresen y no quiere decir una palabra. Me levanto lentamente.

—Anna, yo...

Da un paso atrás, no dice nada.

—Anna...

—No. —Niega con la cabeza—. Mejor no digas nada ahora.

—Pero necesito explicarte cómo fue aquello...

—Alexander. —Mi nombre en su boca. Como una descarga eléctrica —. Por favor, no.

Rodeo el escritorio. —No sabes cómo ocurrió todo. Mi padre...

—¿Tu padre? —Se ríe amargamente—. ¿Te ordenó despedirme al día siguiente? ¿Quieres echarle la culpa a *papá*? ¿Cómo puedes ser tan cobarde?

—Escúchame, no es...

—Oh, por supuesto, no es como yo pienso. —Su voz gotea sarcasmo —. Pobre y rico director ejecutivo. La vida es tan dura.

Me acerco más. Esta vez no retrocede. Tampoco puede, porque está justo delante de la pared.

—Anna, por favor. —Mi mano encuentra la suya. El contacto es como una descarga eléctrica. Su piel es cálida, suave...

No aparta su mano. Puedo sentir su respiración. Huele a vainilla y a algo floral. Exactamente como entonces.

—Alexander... —Un susurro.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —Miranda está en el umbral. Jessica justo detrás de ella. Nos miran fijamente, mientras estoy parado frente a Anna. Mucho más cerca de lo que debería. Y sin embargo, no tan cerca como realmente quiero.

¡JODER!

# Capítulo 11

## Anna

—Solo me sentí un poco mareada —me oigo decir. Mi voz suena extraña en mis oídos. Casi mecánica—. El señor Morgan me ha atendido.

Jessica y Miranda me miran fijamente. El aire en el despacho parece vibrar de repente por la tensión. ¿O me lo estoy imaginando? La mano de Alexander hace tiempo que soltó la mía, pero aún siento su calor en mi piel.

—¿Mareada? —Jessica suena preocupada. Demasiado preocupada. Su mirada va y viene entre Alexander y yo.

—Sí, yo... —¡Piensa, Anna, piensa!—. No he comido nada hoy. Demasiado trabajo últimamente. Ha sido culpa mía. Lo siento.

—¡Ay, Dios, eso me suena! —Jessica se ríe. ¿Está aliviada?—. Cuando estaba organizando el baile de debutantes de Miranda, yo

también casi me desmayé. ¿Te acuerdas, cariño?

Miranda asiente lentamente, con cierto desinterés. Su mirada sigue siendo intensa, como si quisiera escanearme. —Quizás debería irse a casa y descansar —dice Jessica Harold.

—No, no. —Me obligo a sonreír—. Ya me encuentro mejor. De verdad. Aún tenemos tanto que hablar y...

—¡Es cierto! —Jessica da una palmada, como si esa fuera exactamente la respuesta que quería oír y la frase anterior solo hubiera sido una expresión vacía—. Alexander, cariño, necesitamos fotos tuyas para la presentación en la boda. Ya sabes, ¡fotos de la infancia, de la juventud, todo eso!

Él se aclara la garganta y pone los ojos en blanco. Está claro lo que piensa de eso. Su voz suena ronca. —En el portátil hay algunas carpetas. La señorita Meyer puede revisarlas y hacer una selección. Yo... tengo una cita importante ahora mismo. El dispositivo está encendido con un acceso de invitado configurado. Debo irme —dice, y enseguida desaparece por la puerta.

—Pero... —Jessica parece decepcionada y llama a Alexander, quien asiente a las dos mujeres y me mira brevemente. ¿Un momento demasiado largo, o me lo estoy imaginando? Luego ya ha salido por la puerta y siento que solo ahora puedo volver a respirar adecuadamente.

—Mamá. —Miranda pone una mano en el brazo de su madre—. De todos modos íbamos a ir al pastelero. ¿Recuerdas? La degustación.

—¡Oh! ¡Por supuesto! —Jessica vuelve a sonreír radiante—. Señorita Meyer, no le importa quedarse sola, ¿verdad?

—Yo... —Mi mirada se dirige brevemente hacia la puerta por la que acaba de salir Alexander—. Por supuesto, yo... ¿no debería mejor acompañaros y...?

—No —me interrumpe Jessica—. Quédese aquí, descanse y seleccione las imágenes. Miranda y yo nos encargaremos.

—Pero...

—Sin discusiones. —Jessica sonríe. Miranda también. Pero en ella solo es la boca. Sus ojos siguen pareciendo oscuros—. No queremos que le pase nada a nuestra organizadora de bodas, ¿verdad? —añade Jessica.

El énfasis en "nuestra" es sutil. Pero está ahí.

—Por supuesto que no. —Trago saliva—. Entonces... ¿revisaré las imágenes y hablaremos de todo más tarde?

—¡Perfecto! —Jessica se coge del brazo de su hija—. Vamos, cariño. El pastelero nos espera.

Salen rápidamente hacia la puerta. Justo antes de salir del despacho, Miranda se da la vuelta una vez más.

—Recupérese bien, señorita Meyer.

La puerta se cierra. Silencio. Mierda. ¿Sospecha algo? Aparto el pensamiento, rodeo el escritorio e intento no pensar en lo que ha ocurrido en la habitación. Me propongo revisar las imágenes y salir de allí lo antes posible.

Poco después ya estoy ocupada con la búsqueda. En mi acceso de invitado hay una carpeta "Privado". Contiene subcarpetas con años. Metódicamente ordenadas, típico de Alexander. Exploro "2000": un niño pequeño con equipo de baloncesto. En la siguiente foto con un micrófono en la mano en un lugar que parece un karaoke para niños. "2010": graduación escolar, sonrisa tensa junto a su padre. "2015": época universitaria...

Una subcarpeta llamada "HE_Fusion_final" me hace detenerme. Parece mal clasificada entre las imágenes personales. Probablemente un error. En realidad quiero ignorarla, pero mis dedos se mueven como por voluntad propia hacia el ratón.

Un clic.

Aparecen docenas de documentos PDF. Contratos, presentaciones, documentos estratégicos. Uno lleva el título "Post-Merger_Integration_Plan_v3.pdf".

Mi corazón late más rápido. No debería leer esto. Son documentos confidenciales. Pero...

Otro clic.

Mis ojos recorren las páginas. Plan de reestructuración... efectos de sinergia... ahorro de costes...

Entonces mi mirada se detiene en un párrafo:

"Fase 3 - Ajuste de personal: Tras una integración exitosa, aproximadamente el 95% de los empleados de Harold Enterprises serán despedidos. Ahorro estimado: 50 millones de dólares anuales".

—Dios mío. —Me siento mal.

Sigo desplazándome. Tablas, gráficos, cronogramas. Todo perfectamente planeado. Frío. Calculador.

—¿Señorita Meyer? —Janet, la nueva asistente, aparece de repente en la puerta. Me sobresalto y minimizo rápidamente el documento—. ¿Necesita algo?

—No... no, gracias. —Mi voz tiembla—. Todo bien.

Asiente y desaparece de nuevo. Me quedo mirando el escritorio. La gente de Harold Enterprises probablemente no tiene ni idea de lo que les espera. Piensan que es una fusión entre iguales. En realidad, es una adquisición hostil anunciada.

¿Y Miranda y sus padres? ¿Lo saben? ¿Es Miranda parte del plan?

Mis manos tiemblan cuando abro el siguiente documento. Cuanto más leo, más se me revuelve el estómago. Es un plan perfectamente elaborado para el desmantelamiento sistemático de Harold Enterprises.

—Maldita sea, Alexander —susurro—. ¿Qué estás haciendo?

Pero conozco la respuesta. Está haciendo lo que hace un Morgan. Y lo que me ha hecho a mí.

Vuelvo a centrarme en las fotos, copio las útiles en un USB, pero mis manos todavía tiemblan. Dejo el portátil tal cual y me pregunto: ¿Qué hago ahora con esta información? ¿Debería confrontar a Alexander? ¿O a Miranda, o...?

No, no haré nada. Absolutamente nada. Tengo suficientes problemas propios, y este no es mi mundo. Me levanto, rodeo el escritorio, pero las palabras de los documentos me persiguen: 95% de reducción de personal, integración sistemática, optimización máxima de beneficios.

Palabras frías para un negocio frío. Bienvenida al mundo de los Morgan.

Entonces se abre la puerta. Sospecho que es Alexander y mi corazón se salta un latido.

Pero no es él. En su lugar está Elly. La empleada de Recursos Humanos que me entregó el despido. ¿Qué querrá de mí?

—No se preocupe —digo apresuradamente, antes de que Elly pueda decir algo. Mi voz suena ronca—. El señor Morgan me ha pedido personalmente que viniera. También su asistente de fuera está al tanto. No tiene que llamar a seguridad. De todos modos ya me iba a marchar, he terminado aquí —la trato deliberadamente de usted, pues ella hizo lo mismo la última vez.

Elly cierra lentamente la puerta tras de sí. Se ve diferente a nuestro último encuentro. Cansada. La blusa, normalmente perfectamente ajustada, está ligeramente arrugada.

—Lo sé —dice en voz baja—. El telégrafo de los pasillos sigue funcionando a la perfección. ¿Así que planificadora de bodas? ¿Para tu ex jefe? ¿Cómo lo llevas? ¿Y en general?

Solo asiento. ¿Qué podría decir? "Sí, gracioso, ¿verdad? Estoy planeando la boda del hombre que me despidió y del que estoy esperando un hijo".

—Parece agotada —observo. Las palabras salen antes de que pueda contenerlas.

Elly se ríe sin alegría. —Deberías verme después del trabajo —da un paso hacia mí. Sus manos amasan nerviosamente el borde de su blusa—. Escúchame, Anna... tengo que decirte algo.

—¿Es necesario? —Mi voz suena más dura de lo que pretendía. Los documentos en el portátil detrás de mí parecen arder. ¿Más malas noticias?

—Sí —respira profundamente—. Es sobre tu despido.

Mi estómago se contrae. —Eso ya es pasado.

—No, no lo entiendes —Elly se acerca aún más. Su voz es apenas un susurro—. La firma... no era la suya.

—¿Qué quieres decir?

—El despido. Alexander no lo firmó. Fue su padre.

Las palabras me golpean como un puñetazo. Me agarro al borde de la mesa detrás de mí buscando apoyo.

—Pero... —mis pensamientos se aceleran—. Vi la firma. Ponía Alexander Morgan...

—Sí, así se llama su padre: Alexander R. Morgan. Se aprovecha de eso y firma por él a menudo —Elly traga con dificultad—. Pensé que deberías saberlo.

La miro fijamente. Las palabras me llegan como a través de algodón.

—¿Por qué? —Mi voz tiembla—. ¿Por qué me está diciendo esto ahora?

Elly evita mi mirada. —Porque ya no lo soporto. Los remordimientos. Guardé silencio cuando te llamé a mi despacho aquel día. Fingí que todo era normal. Mientras que... —se interrumpe.

—¿Mientras qué?

—Mientras sabía que estaba mal. Que eras un peón sacrificado en un juego. Un juego que yo misma no comprendo. Solo pensé que, si vas a planear su boda, al menos deberías saber que él no te despidió.

Dejo que sus palabras calen. Vale, Alexander no firmó el despido. Pero sabía de ello, vio y entendió que yo ya no estaba. No hizo preguntas, así que lo sabía o... o baila al son que le toca su padre. Recuerdo de nuevo los documentos en el portátil. Las palabras frías. Los planes para desmantelar Harold Enterprises.

—Eso no cambia nada —digo finalmente. Mi voz suena extraña a mis oídos.

—¿No? —Elly me mira interrogante.

—No. Podría haber dicho algo. Después. En todo este tiempo —me enderezo—. Pero calló. Permitió que su padre jugara su juego.

—Anna...

Me doy la vuelta, miro por la ventana para que no vea mis ojos húmedos.

—Está bien, te dejaré en paz. Solo pensé que deberías saberlo —susurra.

—Gracias —susurro yo. Luego escucho a Elly dirigirse hacia la puerta. Duda.

—Nunca fue personal —dice en voz baja—. Tenía que hacerlo. ¿Lo entiendes?

Asiento en silencio, sin darme la vuelta. La puerta se abre y se cierra.

Mi reflejo en el cristal de la ventana me mira fijamente. Pálida. Agotada. Confundida.

¿Qué demonios está pasando aquí? ¿En qué me he metido? Debería irme, terminar con la boda y después olvidarme lo más rápidamente posible de los Harold y los Morgan de este mundo y sus absurdos juegos.

Pero, ¿podré hacerlo cuando mi hijo tenga sus ojos?

***

Mis dedos todavía tiemblan cuando pulso el botón del ascensor. El USB en mi bolso se siente como si pesara cien kilos. Imágenes de un niño sonriente que se convirtió en un hombre que no entiendo. Igual que no entiendo a su padre y el juego en el que me he metido.

Mi móvil vibra. Un mensaje de Jessica Harold: *¿Puede venir ahora a nuestra casa? Estamos a punto de terminar en la pastelería. Miranda y yo queremos discutir algunos detalles. La dirección llegará en el próximo mensaje.*

Escribo una breve confirmación, y cuando llego frente al edificio, pido un Uber. La calle frente al edificio Morgan se desdibuja ante mis ojos. Demasiada información. Demasiados secretos. El Uber no ha avanzado ni dos manzanas cuando mi móvil vuelve a vibrar. Un número oculto. ¿Tal vez un nuevo cliente? ¿O un proveedor?

—Meyer.

—Señorita Meyer —la voz es profunda y cultivada. Y aterradoramente familiar, aunque solo la he oído una vez. En la fiesta de Navidad hace un año. Alexander R. Morgan Senior.

Mi corazón se salta un latido.

—Interesantes fotos, ¿verdad? —hace una pausa—. Las de mi hijo. Y... otras.

—¿Qué otras? —mi voz es apenas un susurro.

—Oh, creo que sabe cuáles. Aquella noche. Las cámaras de seguridad en la oficina de mi hijo tienen una resolución sorprendentemente alta.

El conductor del Uber tararea en voz baja. El mundo exterior sigue girando con normalidad. Pero en mi cabeza todo está explotando.

—¿Qué quiere?

—Silencio, señorita Meyer. Sobre todo. La fusión. Los documentos que ha visto hoy. Y por supuesto, sobre los asuntos... más íntimos.

—Usted me despidió —digo sin emoción—. No él.

Una risa suave. —Para su propia protección, querida. Mi hijo a veces puede ser... impulsivo. Como usted misma ha experimentado.

Mi cabeza va a mil por hora. ¿Cómo puede saber que yo lo sé? No he visto cámaras. Y aunque las hubiera: ¿estas graban el sonido? O ha... oh, por supuesto: Elly... ella trabaja para él. Qué estúpida he sido. El cargo de conciencia, todo puro teatro.

—¿Qué clase de juego es este? —susurro.

—No es ningún juego, señorita Meyer. Negocios. Familia. Legado. Cosas que usted no entiende. Concéntrese en la boda. Ese es su papel en esta historia.

—¿Y si no lo hago?

De nuevo esa risa. —Las fotos seguramente interesarían a su jefe. O a la prensa. Buenas noches, señorita Meyer.

La conexión se corta. Me quedo mirando fijamente mi móvil. El conductor de Uber sigue tarareando.

—¿Está todo bien, señora? —pregunta mirándome por el retrovisor.

Asiento mecánicamente. Nada está bien. Absolutamente nada.

La villa de los Harold aparece ante nosotros. Un coloso blanco con columnas y césped perfectamente cortado. La entrada está completamente iluminada.

Me bajo del coche. Mis piernas se sienten como si fueran de gelatina.

La imponente puerta principal está entreabierta. Probablemente porque me están esperando. Llamo de todos modos, pero nadie responde.

—¿Hola? —llamo suavemente mientras empujo la puerta para abrirla más.

El vestíbulo es como un cuento de hadas de mármol y luz tenue. A la izquierda, una escalera curva sube al piso superior. A la derecha...

Me quedo paralizada.

Miranda está allí, en un nicho junto al guardarropa. Pero no está sola. Un hombre —alto, musculoso, con un traje negro sencillo— la tiene acorralada contra la pared. Su mano descansa en la mejilla de ella. Los dedos de ella se aferran a su chaqueta.

Lo reconozco. El guardaespaldas. El que siempre está como una sombra cerca de ella.

¿Y luego? ¿Es posible que acaben de besarse?

Actúo como si no hubiera visto nada, doy un paso atrás y vuelvo a gritar —¡Hola! —para darles a ambos la oportunidad de evitarme otra situación con la que tampoco quiero tener nada que ver.

Una cosa está clara. Esta boda es todo menos normal. Realmente no me sorprendería si al final se cancelara. ¿Pero por qué motivo? ¿La fusión que incluye una adquisición hostil? ¿O porque la novia se está dejando seducir por su guardaespaldas? ¿Por el bebé en mi vientre?

Menudo desastre.

# Capítulo 12

## Alexander

El ascensor se desliza silenciosamente hacia arriba. Me aflojo la corbata, que de repente siento como un nudo corredizo alrededor de mi cuello. La reunión con los clientes fue un infierno. Tres horas de charla insustancial sobre golf y opciones bursátiles.

Pero esa no es la razón de mi tensión. Anna. El momento en mi despacho. Su piel bajo mis dedos. La mirada asustada de Miranda.

Las puertas se abren. Janet ya no está en su puesto. Por supuesto que no, es después de las cuatro. Janet trabaja estrictamente por horas, no como Anna en su momento.

Mi despacho está en penumbra. Vacío.

—¿Anna?

No hay respuesta. Claro que no. ¿Qué esperaba? ¿Que estuviera aquí esperándome? Mi portátil sigue abierto sobre el escritorio. El salvapantallas parpadea. Un patrón nervioso de líneas en movimiento. Me siento, muevo el ratón. La pantalla se activa. La carpeta con las fotos sigue abierta. ¿Qué ha seleccionado? Qué imágenes mías usará Miranda en la boda...

Entonces lo veo. Entre las carpetas de imágenes: "HE_Fusion_final".

—Mierda.

Mis dedos vuelan sobre el teclado. Ahí está todo: plan de integración. Listas de personal. Cálculo de costes.

¿Lo habrá visto? ¿Y abierto? —¡Maldita sea! —Golpeo la mesa con el puño—. ¡Maldita sea, maldita sea, maldita sea! —¿Cómo demonios han acabado los documentos en la carpeta de imágenes? Los tenía en el servidor encriptado... Pero eso ahora no importa.

Mi móvil ya está en mi mano. Departamento de personal. Su expediente. Su número. Tengo que hablar con ella. Ahora mismo.

—¿Señor Morgan? —La voz al otro lado suena apesadumbrada.

—¿Elly Sanders? Necesito el número de móvil de Anna Meyer. Inmediatamente.

—Pero señor, eso va contra las...

—¡Inmediatamente!

Me da el número. Lo marco mientras me dirijo a la ventana. La ciudad bajo mis pies reluce. Fría. Calculadora. Como yo.

Suena. Una vez. Dos veces.

—Meyer. —Su voz suena tensa.

—Anna. Yo... —¿Qué digo? "¿Siento que hayas descubierto que voy a enviar a cientos de personas al paro?"

—¿Qué quieres, Alexander?

—Tenemos que hablar.

Una risa corta y amarga. —¿De qué? ¿O simplemente quieres atraerme a tu despacho con otra excusa y luego... —deja el resto de la frase sin pronunciar.

El dolor en su voz me golpea inesperadamente fuerte. —No. Se trata de la boda. De la planificación. Por favor.

Silencio. Al fondo oigo las voces de Miranda y Jessica, que hablan sobre algo, puedo distinguir la palabra pastelero. Increíble cómo pueden pasarse horas hablando de tartas.

—Estoy ocupada. —Suena cansada—. Con tu prometida. ¿Recuerdas? ¿La mujer con la que te vas a casar?

—Ven a mi despacho. ¿En una hora?

—Alexander...

—Por favor. —La palabra se siente extraña en mi lengua. ¿Cuándo fue la última vez que le pedí algo a alguien?

Nuevamente voces al fondo. Jessica se ríe de algo.

—Vale, ya casi he terminado. Iré entonces. Pero solo durante unos minutos —dice Anna finalmente—. No más. ¡Y es sobre la boda. Nada más!

Cuelga. Miro fijamente mi teléfono y me pregunto si es buena idea hablar con ella. ¿Debería explicarle realmente lo que hay detrás? ¿O solo intentar averiguar cuánto sabe?

Aparto el pensamiento y vuelvo al portátil. Abro las imágenes de nuevo. Un niño pequeño con camiseta de baloncesto sonríe a la cámara. Despreocupado. Feliz. Luego una imagen mía con un micrófono, de mis fallidos intentos de canto que, sin embargo, siempre me dieron mucha alegría. ¿Cuándo dejé de ser ese chico? Después soy el adolescente. El joven con traje junto a su padre. Un desarrollo perfecto. Una fachada perfecta.

¿Y ahora? Ahora estoy aquí sentado esperando a una mujer que podría destruirlo todo. El plan. La fusión. Mi futuro.

Mi móvil vibra. Un mensaje de padre: "¿Está todo bajo control?"

Me quedo mirando las palabras. ¿Sabe él de los documentos? ¿Está detrás de esto? ¿Pero qué sentido tendría? Decido no decirle nada, no despertar a los perros dormidos antes de tener certeza, y le escribo lo que más le gusta oír: *Todo va según lo planeado.*

***

Media hora después se abre la puerta. Anna está allí, con las mejillas sonrojadas. Todavía lleva el mismo vestido que esta mañana, pero de alguna manera se ve diferente. Más vulnerable. ¿O me lo estoy imaginando?

—¿Y bien? —Cruza los brazos—. ¿Por qué estoy aquí?

Me aclaro la garganta. —Tú... ¿has visto las fotos?

—Sí. —Se acerca, pero permanece al otro lado del escritorio. Distancia segura—. Había una carpeta que no tenía nada que ver con las imágenes. La ignoré, por supuesto.

Mi corazón da un vuelco. ¿Realmente no ha...? Su mirada es firme, pero hay algo en su voz...

—¿Por qué estoy aquí, Alexander? —Suena cansada—. ¿Qué quieres?

—La boda —digo rápidamente. Demasiado rápido—. Tenemos que... es decir, Miranda quiere...

—¿Qué? —Levanta una ceja—. ¿Qué quiere Miranda? Si acabo de estar con ella.

Mierda. No he pensado en nada. Solo quería saber si había leído los documentos. Si era una amenaza. Si yo...

—Estás preciosa hoy —me oigo decir.

Sus ojos se estrechan. —¿En serio? ¿Ese es tu plan? ¿Atraerme hasta aquí para... qué? ¿Un polvo rápido sobre el escritorio?

—¡No! Anna, esto no es...

—¿Entonces qué? —Da un paso atrás—. ¿Sabes qué? Eres un cabrón, Alexander Morgan. Un cabrón sin escrúpulos ni sentimientos.

Las palabras golpean más fuerte de lo que deberían. —Eso no es verdad.

—¿No? —Se ríe con amargura—. Te casas con una mujer a la que no amas. Probablemente estás planeando algún tipo de... —Se detiene, mordiéndose el labio.

¿Habrá leído los documentos después de todo? ¿O simplemente está enfadada por cómo fueron las cosas aquella vez?

—Anna. —Rodeo el escritorio. Ella retrocede.

—Quédate donde estás.

—Por favor. —Me detengo—. No es como piensas.

—¿Ah, no? —Su voz tiembla—. ¿Entonces cómo es? Explícamelo. Explícame por qué me llamas, me dices que se trata de la boda, y luego... luego...

—¿Luego qué? —pregunto, acercándome a ella automáticamente.

—Luego me miras como si... —Traga saliva—. Como si yo fuera algo más que tu planificadora de bodas.

Doy otro paso hacia ella. Esta vez no retrocede.

—Quizás lo eres —susurro.

—Alexander... —Suena como una advertencia. ¿O una súplica?

—Quizás eres mucho más. —Otro paso. Puedo oler su perfume—. Quizás siempre lo has sido.

—Para. —Pone una mano en mi pecho cuando me acerco. ¿Quiere empujarme o...?

—¿Por qué?

—Porque... —Sus palmas se apoyan en mi pecho, como si fuera a empujarme en cualquier momento. Pero no lo hace—. Porque vas a casarte. Porque mientes. Porque tú...

Pongo mi mano sobre la suya. Está temblando.

—Anna.

Levanta la mirada hacia mí. Sus ojos brillan. ¿Enfadada? ¿Triste?

Entonces lo hago. Sigo mi instinto, me acerco a ella. Quiero que mis labios encuentren los suyos, en este momento no deseo nada más que un beso. Saborearla, sentirla, y veo en sus ojos que ella también lo quiere.

En el último momento, cuando nuestros labios están a punto de tocarse, Anna se aparta bruscamente. Sus manos, hace un momento cálidas sobre mi pecho, me empujan.

—No. —Sacude la cabeza—. Esto... esto no puede ser.

—Anna, yo...

—No. —Su voz es firme, pero sus manos tiemblan—. Estoy planificando tu boda, maldita sea. Con Miranda.

—Yo solo quiero...

—Sería mejor que no nos viéramos más.

—¿Qué quieres decir?

Da otro paso atrás, aumentando la distancia entre nosotros. Demasiada distancia.

—Nada de esto es verdad. —Enfatiza ese "nada" con cierto tono burlón. Como si no solo hablara de nosotros. ¿De quién más? ¿Miranda? Claro, se nota que le hace ojitos a Jake. Lo he visto y Anna probablemente también.

—No puedes simplemente...

—Sí, puedo. —Se endereza, cuadrando los hombros—. Seguiré planificando la boda. Profesionalmente. Pero solo con Jessica Harold. Es mejor así. Tú y Miranda... será mejor que arregléis lo vuestro.

—¿Mejor para quién? —pregunto. Las palabras salen más duras de lo que pretendía.

Se sobresalta. Su mano se mueve brevemente hacia su vientre, un gesto fugaz e inconsciente.

—Para todos los implicados —dice en voz baja—. Para ti. Para Miranda. Para... —Se detiene, mordiéndose el labio.

—¿Para quién más, Anna?

—Olvídalo, habla con tu prometida si quieres saberlo. —Se dirige hacia la puerta—. Me pondré en contacto con Jessica Harold si necesito algo.

—¡Espera!

Se detiene, con la mano ya en el pomo. —¿Qué?

¿Qué debería decir? ¿Que me moría por besarla? ¿O que solo estaba aquí porque quería preguntarle por los documentos?

—Las imágenes. ¿La carpeta? ¿Has...? —pregunto finalmente.

—Ah, de eso se trataba todo. No, no lo he hecho —dice mirándome directamente a los ojos.

Lo noto. No los ha leído. No sabe nada de los planes. De lo contrario, no habría reaccionado así. Todo puede continuar según lo previsto. La fusión. La adquisición.

—Que te den —dice, se da la vuelta, abre la puerta y me deja solo.

La puerta se abre y se cierra. El sonido de sus tacones se desvanece en el pasillo.

Quizás tenga razón, quizás sea mejor así. Debería seguir adelante con este matrimonio falso durante un año, resolver este asunto con

Harold Enterprises y luego... entonces habrá terminado.

Pero mis pensamientos vuelven a Anna, a su perfume y a su insinuación. ¿Sabe algo? ¿Sobre Miranda y Jake? ¿Debería hablar con Miranda al respecto? No, sinceramente me da igual. Que hagan lo que quieran.

¿Y yo? No puedo quitarme de la cabeza que este matrimonio falso, la adquisición y todo esto no es realmente lo más importante para mí. Sino precisamente la mujer que me ha llamado cabrón insensible. Pero ¿cómo decirle que hay algo más? De todos modos no me creerá.

Mierda, quizás toda la idea, todo el plan, ha sido una estupidez enorme.

¡Necesito una copa! Tengo que aclararme sobre cómo y si debería continuar.

# Capítulo 13

## Anna

Nerviosa miro por la ventana mientras espero a Isa. La llamé directamente cuando me fui. No podía estar sola. Por supuesto, ella lo dejó todo de inmediato para venir aquí, al Joey's. A esta hora el café Joey's está relativamente vacío, solo hay algunos ejecutivos sentados con sus portátiles en las mesas. Mis manos todavía tiemblan cuando pienso en la escena en el despacho de Alexander.

Suena la campanilla de la puerta. Isa entra como un torbellino, con sus rizos rojos alborotados por el viento. —¡Perdón, perdón! —Se deja caer en la silla frente a mí—. El tráfico era un infierno y luego una señora mayor...

—Solo llegas unos minutos tarde —la interrumpo—. Para lo que acostumbras, es prácticamente puntual.

Sonríe. —Es verdad. Bueno, ¿qué ocurre? Por teléfono sonabas totalmente alterada.

Joey se acerca a nuestra mesa. —¿El chai latte de siempre con canela extra? —le pregunta a Isa.

—Me conoces demasiado bien, Joey.

—¿Y otro café para ti, Anna?

Asiento agradecida. Joey es una de las pocas personas que aún saben cómo me gusta el café. Negro, sin nada.

—¿Y bien? —pregunta Isa en cuanto Joey se aleja—. ¿Qué ha pasado?

Respiro hondo. —Yo... casi beso a Alexander.

Isa se atraganta con el aire. —¿QUÉ? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¡Detalles, cariño, necesito detalles!

—En su despacho. Hace media hora.

—¿Y? ¿Cómo fue?

—No fue un beso real —digo—. Casi. Pero entonces... me eché atrás.

—¿Por qué demonios hiciste eso?

Joey trae nuestras bebidas. Isa remueve distraídamente su chai latte.

—¿Porque está comprometido? —digo—. ¿Porque estoy organizando su boda? ¿Porque todo esto es tremendamente complicado?

—¿Complicado como en "él es el padre de tu hijo nonato"?

—¡Isa!

—¿Qué? Es la verdad. —Da un sorbo—. Entonces, ¿qué pasó?

Le cuento sobre la llamada, mis acusaciones y cómo me citó en su despacho sin motivo aparente, sobre la tensión en la oficina, sobre el momento en que estuvo tan cerca de mí. Omito lo de los documentos. Y también lo de Miranda y Jake. Creo que eso solo volvería loca a Isa, porque ya me está volviendo loca a mí.

—¿Y luego? —pregunta Isa.

—Luego me fui. Yo... no puedo con todo esto, Isa. Todo es un enorme error.

—¿Te refieres a aceptar organizar la boda?

—¡Exactamente! —Me froto la frente—. ¿Por qué sigo queriendo besarle después de cómo me ha tratado? ¿Cómo puedo querer eso? ¡Se va a casar!

—Quizá no por las razones correctas —dice Isa pensativa.

—¿Qué quieres decir? —pregunto en voz baja, mientras pienso en los documentos, en Miranda y su guardaespaldas, y siento cómo Isa —sin saberlo— está expresando exactamente lo que siento.

Se inclina hacia delante. —Cariño, te conozco. Eres una observadora excelente. ¿Qué ves cuando los miras juntos?

Reflexiono. —Ellos... parecen como...

—¿Una pareja enamorada? —sugiere Isa.

—No lo sé. Parecen de alguna manera...?

Se ríe. —Por favor. Él es un Morgan. Ella es una Harold. Eso no es un matrimonio por amor, es una fusión empresarial.

—Eso no lo sabes.

—No, pero aparentemente tú sí.

Me quedo paralizada. —¿Qué?

—Tú también lo ves, ¿verdad? —Levanta la mano—. No, no digas nada. Ni siquiera quiero saberlo. Pero quizá... ¿quizá sea una señal?

—¿Una señal de qué?

—De que el padre de tu hijo quizá sienta algo más por ti de lo que quiere admitir.

—Isa...

—¿Qué? ¡Intentó besarte!

—Después de despedirme. Después de comprometerse con otra. Después...

—¿Después de dejarte embarazada?

—¡ISA!

Una señora mayor en la mesa de al lado nos mira sobresaltada.

—Perdón —murmura Isa. Luego, en voz más baja—: Solo digo que... quizá deberías tomártelo con más calma.

—¿Con calma? ¿Cómo voy a tomármelo con calma?

—Bueno... —Remueve su latte—. Estás embarazada de un hombre que aparentemente planea un matrimonio de conveniencia y que quería besarte. Para mí, eso suena a una señal bastante clara.

—¿Una señal de qué?

—De que te desea. —Se encoge de hombros—. De que quizá toda esta boda sea solo un medio para un fin.

Niego con la cabeza. —No conoces a Alexander. Él es...

—¿Un cabrón insensible?

—Yo no he dicho eso.

—No, pero lo has pensado. —Sonríe—. Y aun así querías besarle.

—Ese no es el punto.

—Claro que sí, exactamente ese es el punto. —Estira el brazo por encima de la mesa para coger mi mano—. Anna, cariño, eres la persona más sensata que conozco. Si querías besarle, eso significa algo.

—Quizá simplemente significa que soy tonta.

—Significa que hay algo. —Me aprieta la mano—. Entre vosotros. A pesar de todo. Y quizá... quizá deberías hacer caso a eso, ¿hmm?

—¿A qué? ¿A mi corazón? —Me río amargamente—. Eso ya me metió en esta situación una vez.

—No, eso fue más bien otra parte del cuerpo —murmura Isa en su taza.

—¡ISA!

La señora mayor tose indignada.

—Perdón, perdón. —Isa levanta las manos en señal de disculpa—. Pero en serio... ¿qué tienes que perder?

—¿Mi trabajo? ¿Mi dignidad? ¿Mi...?

—El trabajo ya lo has perdido. La dignidad... —Se encoge de hombros—. Está sobrevalorada. Y el bebé vendrá de todas formas.

Pongo involuntariamente una mano sobre mi vientre aún plano.

—¿Ves? —Isa sonríe—. Ya lo estás protegiendo. ¿Quizás deberías darle la oportunidad de hacer lo mismo?

—¿Haciendo qué? ¿Sabotear la boda?

—Esa ha sido tu propuesta, no la mía —me guiña un ojo—. Pero, si me preguntas...

—No lo hago. De ninguna manera. Rick podría...

—...entonces deberías simplemente esperar. Observa lo que ocurre. Y si intenta besarte otra vez...

—Me apartaré —digo con firmeza—. Es lo único correcto.

—¿Lo único correcto? —Isa suspira—. Anna, a veces eres demasiado altruista en lo que respecta a tu propio bienestar.

Quizás tenga razón. Quizás lo soy. Pero, ¿cuál es la alternativa?

Joey viene con la cuenta. —¿Todo bien por aquí?

—Perfectamente —dice Isa—. Anna está planeando sabotear una boda.

—¡ISA!

Joey se ríe. —Bueno, pues mucha suerte con eso.

—¡Era una broma! —le grito mientras se aleja.

—¿Lo era? —pregunta Isa mirándome inquisitivamente.

Le pellizco el hombro y luego la abrazo. Me alegro de tenerla. Su desenfado, su forma de pensar. A veces es algo... poco convencional... pero eso es exactamente lo que hace a una amistad.

—Voy un momento al servicio —dice Isa guiñándome un ojo—. ¿Me esperas?

Asiento distraídamente. Mientras ella va al baño, miro fijamente mi café, ya tibio. Las conversaciones de los otros clientes se difuminan en un murmullo apagado. Mis pensamientos vuelven a aquella noche. Su despacho. Sus manos sobre mi piel. El sexo salvaje que lo cambió todo. Literalmente: por eso me despidieron. Por su padre cabrón, que nos vigiló, y solo por eso estoy aquí sentada para dos.

¿Y si Isa tiene razón? ¿Y si hay algo más? Mi mano se dirige inconscientemente a mi vientre. ¿Qué dirá cuando lo sepa? ¿Dirá algo siquiera? ¿O él...? Los documentos aparecen ante mis ojos. Cifras. Nombres. Personas que perderán sus trabajos. Familias. Existencias.

¿Es ese el hombre que quiero? ¿Alguien que mueve a las personas como figuras en un tablero de ajedrez? ¿Que se casa con una mujer, no por amor, sino... ¿por qué exactamente?

—Aquí —Joey coloca un espresso en mi mesa—. Invita la casa.

—Gracias, pero no he pedido...

—Sin protestas —sonríe cálidamente—. Parece que necesitas una pequeña atención.

Cuando se va, me quedo mirando la pequeña taza con el líquido negro y el amarettini envuelto que hay al lado, y siento cómo las comisuras de mis labios se curvan en una leve sonrisa. A veces son los pequeños gestos los que te conmueven. Los que te recuerdan que todavía hay buenas personas.

¿Es Alexander una buena persona? La pregunta resuena en mi cabeza. El casi beso de hoy... ¿No es bastante inmoral para un futuro novio? Pero, ¿qué significa eso? No ha pasado nada. Y se

casará con Miranda. Que tampoco es precisamente un modelo en cuestiones de moral. Y despedirá a cientos de personas. Juega a un juego cuyas reglas no comprendo.

—¿Otra vez cavilando? —Isa se deja caer de nuevo en su silla—. ¿Oh, un espresso? ¿Has pedido algo más?

—De Joey —murmuro.

—El bueno de Joey —se sienta—. Hablando de cosas buenas, ¿sabes qué te vendría bien?

—¿Qué?

—Salir. Bailar. Karaoke. Lo que sea —deja su taza—. Lo importante es que no te quedes sola en casa pensando.

—Isa, no sé...

—Pero yo sí lo sé —se inclina hacia adelante—. Ahora vas a ir a casa, a arreglarte, y luego nos vamos de marcha.

—Estoy embarazada —le recuerdo—. No puedo...

—¿Bailar? ¿Cantar? ¿Divertirte? —resopla—. Tonterías. Puedes hacer todo, solo que sin alcohol.

—Pero...

—Sin peros —coge mi mano—. Anna, cariño, veo cómo te atormentas. Con los pensamientos sobre él. Sobre todo. Vamos a... desconectar. Por una noche.

La miro. Sus ojos verdes brillan con energía. ¿Cuántas veces me ha sacado ya de mi caparazón? ¿Cuántas veces ha estado ahí cuando la necesitaba? ¿Tiene razón quizás? Por supuesto, como casi siempre.

—Vale —me oigo decir—. Pero nada de discotecas con demasiada gente.

Ella resplandece. —¡Trato hecho! Conozco este pequeño bar de karaoke. Un poco cutre, pero seguro que allí no nos conoce nadie. Será totalmente relajado. Y después podemos decidir si queremos ir a bailar.

—¿Un bar entonces?

—Un bar de karaoke —me guiña un ojo—. Antes te encantaba cantar y cantar libera y distrae. Entonces, ¿qué me dices?

Tiene razón. Lo siento.

—Vale. Gracias —digo en voz baja.

—¿Por qué?

—Por ser... —trago saliva—. Por ser simplemente tú. La mejor amiga que se puede tener.

Ella aprieta mi mano. —Hey, para eso están las amigas. Y ahora... —se levanta de un salto—. A casa. ¡Te recojo en una hora!

—¿Una hora? Isa, eso...

—¡Sin protestas! —coge su bolso—. Ponte el vestido negro. Ese con el...

—Estoy embarazada —le recuerdo otra vez.

—Oh —sonríe—. Cierto. Entonces... ¿el azul? También te queda genial.

Tengo que reírme. Por primera vez hoy, se siente auténtico.

—Vale —digo—. El azul.

—¡Genial! —se inclina y me besa en la mejilla—. Hasta ahora, cariño. Y nada de pensamientos profundos, ¿vale?

Asiento, pero cuando ella se dirige a la puerta, mis pensamientos ya vuelven a Alexander.

—¿Y Anna? —Isa se gira una vez más en la puerta.

—¿Sí?

—Todo saldrá bien. De alguna manera. Siempre es así. Estoy aquí para ti. No estás sola.

La veo marcharse y siento lo agradecida que estoy de que sea parte de mi vida.

Quizás tenga razón. Quizás todo saldrá bien.

Pero cuando me levanto y cojo mi chaqueta, sé que el camino hasta allí será largo.

# Capítulo 14

## Alexander

¡Sr. Morgan! ¡Qué sorpresa! ¿Cómo está usted? Siéntese. ¿Cómo está su padre?

Pongo los ojos en blanco al reconocer al anciano caballero. Un inversor del club de golf de mi padre. Por supuesto que tenía que estar precisamente en este bar.

—Lo siento, tengo prisa —murmuro mientras doy media vuelta, inventándome una rápida excusa de que estoy esperando a un amigo y que acaba de enviarme un mensaje. Al mismo tiempo, toco mi teléfono para dar credibilidad.

Este es ya el segundo bar de Manhattan en el que me han reconocido. Primero ese pesado bróker de Goldman, que insistía en hablar sobre la nueva burbuja tecnológica, y ahora esto.

Fuera, me subo el cuello del abrigo. El viento se ha intensificado, trayendo consigo el típico olor de la gran ciudad: gases de escape, perritos calientes, asfalto húmedo.

Necesito una copa. Una copa de verdad, joder. Pero no aquí, no en Manhattan, donde tras cada esquina acecha algún contacto de negocios.

Abro Google Maps y me desplazo al azar por las zonas de Nueva York que normalmente evito. ¿Brooklyn? Demasiados hipsters. ¿Queens? Demasiados tipos de startups.

El Bronx. Una sonrisa se desliza en mi rostro cuando, como por casualidad, me llama la atención un marcador de Google llamado "The Karaoke Bar". ¿Quién de mis círculos iría voluntariamente al Bronx? ¿Y encima a un bar de karaoke?

El conductor de Uber me mira con escepticismo cuando le doy la dirección del bar que por alguna razón me ha llamado la atención de inmediato.

—¿Quiere ir al Bronx?

—¿Algún problema? —Se encoge de hombros y arranca.

Por el camino, le indico que se detenga cuando pasamos por una farmacia. Allí me compro una gorra de béisbol de los Yankees. Pega con la zona. Ya en el coche, me la calzo bien hasta la cara. Probablemente nadie me reconozca, pero después de los dos encuentros, realmente quiero asegurarme.

Poco después llegamos a nuestro destino. Le doy al conductor un billete de veinte como propina por la parada. Todavía me mira como

si no pudiera creer que quisiera ir de Manhattan al Bronx, pero me da las gracias, da la vuelta y parece dirigirse directamente de regreso a la parte de la ciudad donde se gana más. En el Downtown.

El bar de karaoke parece una reliquia de los 80. Neones que parpadean parcialmente. Un tipo de seguridad me hace un gesto con la cabeza cuando entro. Dentro huele a cerveza y a humo rancio. El revestimiento de madera en las paredes ha conocido días mejores. Perfecto.

Me siento en la barra y pido un whisky. El camarero me pone delante la botella de Jim Beam.

—¿Johnny Walker Blue Label? —pregunto.

Solo se ríe. En el pequeño escenario, un tipo está torturando "Sweet Home Alabama". Suena como si alguien estuviera estrangulando a un gato.

Antes yo también cantaba. En mi habitación, luego en el coro escolar. Una vez incluso en una función escolar. Y bastante bien, además. Pero entonces la vida real se interpuso. El programa MBA. La carrera. Las expectativas de mi padre y mi deseo de riqueza.

El siguiente "artista" es aún peor. "I Will Survive" en una versión que haría que Gloria Gaynor se revolviese en su tumba.

Pido otro Jim Beam. El sabor del whisky barato es horrible, pero cumple su propósito. Ahuyenta los pensamientos confusos sobre este día de locos.

—A continuación... —El DJ se aclara la garganta en el micrófono—. Anna con "Make You Feel My Love".

Ni siquiera quiero darme la vuelta. ¿Otra tortura de gatos? Pero entonces...

Una voz clara y brillante llena la sala. Cálida. Emotiva. Perfecta.

Mi corazón se salta un latido. Instintivamente me doy la vuelta y levanto la mirada de mi vaso.

¡No! ¡Imposible!

Pero ahí está ella. Con un vestido azul que resalta perfectamente su figura. El pelo le cae suavemente sobre los hombros. Tiene los ojos cerrados mientras canta.

Anna.

Canta sobre el amor. Sobre el anhelo. Sobre la esperanza.

Y por un momento, olvido todo lo demás. La fusión. La boda. Los documentos.

Por un momento, solo existe su voz.

Y es preciosa.

***

La última nota se desvanece. Anna abre los ojos y sonríe insegura al público. Estalla el aplauso, más fuerte que para todos los anteriores.

La sigo con la mirada mientras baja del escenario. Mi mirada está literalmente pegada a ella, casi como si estuviera bajo algún tipo de

hechizo.

Luego me vuelvo hacia mi vaso, doy un gran trago y me pregunto qué absurda coincidencia es encontrarla aquí, precisamente cuando estoy intentando huir de ella y de los pensamientos sobre ella.

¿Es esto una señal? No, esas cosas no existen.

Pero hay un impulso en mí que no cede, sino que se hace aún mayor. El impulso de hacer algo. Pocos segundos después, vacío el vaso y me armo de valor, me bajo más la gorra y me acerco a ella.

—Eso ha sido... impresionante —digo en voz baja.

Se queda paralizada. Se da la vuelta lentamente. Sus ojos se ensanchan.

—¿Alexander? ¿Qué... qué haces aquí?

—Podría preguntarte lo mismo. —Señalo hacia el escenario—. No sabía que cantabas así.

Se sonroja.

—Yo... no ha sido nada especial.

—Sí que lo ha sido. —Lo digo en serio—. ¿Dónde has aprendido a hacerlo?

—En ningún sitio, de verdad. Yo... —Se encoge de hombros—. En el instituto estaba en el coro. Pero eso fue hace mucho tiempo.

—Yo también —digo—. Chico de coro y todo eso.

Se ríe sorprendida.

—¿Tú? ¿En serio?

—Hasta que mi padre dijo que era una pérdida de tiempo. —Intento disimular el tono amargo.

—Alexander Morgan como niño de coro. —Sacude la cabeza—. No me lo habría esperado.

—Hay muchas cosas que no esperas de mí —digo, y al instante lamento haberlo formulado de manera tan ambigua.

Una mujer pelirroja aparece junto a Anna.

—¿Y este quién es? —pregunta, pero su mirada me dice que lo sabe perfectamente.

—Oh. —Anna se pone aún más roja—. Este es... Alexander Morgan. Alexander, esta es Isa. Mi mejor amiga.

Isa me examina de arriba abajo.

—Alexander, entonces.

El tono con el que pronuncia mi nombre no deja lugar a dudas: lo sabe todo.

—Encantado —digo, y le tiendo la mano.

Los ignora. —Voy a buscarnos algo de beber —le dice a Anna—. ¿Tú quieres un Virgin Mojito?

Anna asiente apresuradamente. Isa le susurra algo al oído a Anna, que suena como "Cuídate. Os estoy vigilando". Luego desaparece, no sin antes lanzarme una última mirada elocuente.

—Lo siento —murmura Anna—. A veces es un poco...

—¿Protectora?

—Sí —sonríe débilmente—. Eso también.

Se produce un silencio incómodo.

—Así que —digo finalmente—, ¿el Bronx?

—Podría preguntarte lo mismo. ¿Con gorra de béisbol?

—Camuflaje —me la quito brevemente—. En Manhattan ya me han reconocido dos veces hoy.

—Ah, la vida de los ricos y famosos. Debe ser una tortura.

—No siempre es tan glamurosa como parece —me vuelvo a poner la gorra—. A veces uno solo quiere...

—...¿ser normal? —termina mi frase.

—Sí —la miro—. Exactamente eso.

El DJ anuncia al siguiente cantante. Una versión horrible de "Sweet Caroline" llena la sala.

—¿Quieres...? —señalo una mesa libre en la esquina.

Duda, luego asiente.

Nos sentamos. La tenue iluminación hace que sus ojos brillen misteriosamente.

Después tuerce el gesto por el canto desafinado. Y se ve preciosa mientras lo hace.

Tengo que reírme. Ella también.

Nuestras miradas se encuentran. Ahí está de nuevo, esa chispa.

—Sobre lo de antes... quiero decir... solo quería decir que yo... —empiezo y me pregunto cuándo fue la última vez que le di tantas vueltas a algo.

Isa regresa con las bebidas. —Aquí —le dice a Anna—. Tu Virgin Mojito.

Se sienta con nosotros. Escucha la conversación, pero no participa realmente. Más bien observa. No me molesta, porque parece que Anna se siente mejor con ella a su lado. Ahí está otra vez: esa Anna natural y relajada que tanto me cautivó y todavía lo hace.

Hablamos de trivialidades: sobre el bar, sobre el karaoke, sobre Nueva York. Pero hay esta tensión. Esas palabras no pronunciadas

que van mucho más allá de los temas de conversación reales. Finalmente, no puedo aguantar más.

Entonces llaman a Isa. Es su turno para la siguiente canción. Y Anna y yo volvemos a estar solos. Aprovecho esta oportunidad.

—Anna —digo—. Lo siento.

Se queda inmóvil. —¿El qué exactamente?

—Todo. El despido. Fue una mierda, pero es más complicado de explicar de lo que parece. Es tan...

—Sé que tu padre lo firmó —dice. Me sorprende que lo sepa, pero eso facilita muchas cosas.

Asiento y continúo. —Pero no luché por ti. Y luego la forma en que yo... —Respiro hondo—. No quería eso. Nada de eso. Fue... fue bonito contigo. Especialmente aquella noche. Yo... pienso en ti a menudo.

Me mira fijamente. No dice ni una palabra. Sus ojos se ensanchan. Es como si hubiera dicho algo incorrecto.

—¿Anna? —pregunto en voz baja, extiendo mi mano hacia ella, pero ella la retira.

Entonces, sin previo aviso, se levanta de un salto.

—Yo... tengo que irme —balbucea.

—Anna, espera...

Instintivamente, decido correr tras ella. No puedo dejarlo así. Tengo que hablar con ella. Sobre todo. Se lo merece. Es una buena persona. Mucho mejor que yo. Vale la pena luchar por ella.

Fuera, el aire fresco de la noche me golpea. Mis pasos resuenan en el asfalto mojado. Ella es rápida, pero mis piernas más largas me dan ventaja. La alcanzo en la esquina.

—¡Anna, espera!

Se detiene, se da la vuelta. Lágrimas brillan en sus ojos, su respiración es rápida. El vestido azul se ciñe a su cuerpo con el viento.

—Déjame...

No puede continuar. Porque cuando la veo así, tan agitada, con las mejillas sonrojadas y sus lágrimas, sé lo que debo hacer.

En dos pasos estoy junto a ella, la atraigo hacia mí. Mis labios encuentran los suyos, y el mundo deja de girar. Por un momento se queda inmóvil, con las manos contra mi pecho, como si quisiera empujarme. Luego, como si alguien hubiera accionado un interruptor, responde al beso con una intensidad que me deja sin aliento. Sus dedos se aferran a mi camisa, tirando de mí hacia ella. La empujo suavemente contra la áspera pared del edificio. Una mano en su pelo, la otra en su cintura. Su cuerpo está cálido y suave bajo mis dedos.

El beso se vuelve más profundo, más exigente. Sus labios se abren bajo los míos, y cuando nuestras lenguas se tocan, se le escapa un suave gemido que casi me vuelve loco. Mi mano se desliza por su espalda, su cadera, encuentra el dobladillo de su vestido.

Ella muerde suavemente mi labio inferior, sus dedos recorren mi pelo. La gorra de béisbol cae al suelo, pero no me importa. Nada importa, excepto la sensación de su piel bajo mis dedos, su sabor en mis labios, el dulce aroma de su perfume.

Mis labios recorren su mandíbula, su cuello. Ella echa la cabeza hacia atrás, permitiéndome mejor acceso. Sus manos se deslizan por mi cuerpo. Siento el calor de su contacto a través de la fina tela. Mi mano encuentra su pierna, se desliza bajo el dobladillo de su vestido. Su piel es sedosa bajo mis dedos. Tiembla, presionándose más contra mí. Puedo sentir su corazón, latiendo salvajemente contra sus costillas, ¿o es el mío?

—Alexander —suspira, y mi nombre en su boca suena como una plegaria y una condena al mismo tiempo.

El beso se vuelve más hambriento, casi desesperado. Como si tuviéramos que comprimir años de anhelo en este único momento. Sus uñas arañan mi nuca, y el sonido que se me escapa apenas es humano.

Suena un claxon y nos sobresaltamos. Nos separamos, nos damos la vuelta, pero vemos que solo es un grupo de jóvenes adultos que nos saludan desde el coche y silban divertidos. Luego me giro de nuevo hacia Anna y nos miramos.

—¿Qué estamos haciendo? ... Esto no puede ser —su voz tiembla.

—Anna... —Mi voz es áspera, apenas la reconozco.

—No —sacude la cabeza. Las lágrimas corren por sus mejillas sonrojadas. Sus labios están hinchados por nuestros besos—. Esto fue un error.

Un taxi se acerca. Lo llama con la mano, que le tiembla.

—Por favor —digo y intento agarrarla—. Hablemos. No huyas.

Se aparta. —No hay nada de qué hablar —abre la puerta—. Estás comprometido. Esto... esto nunca debió ocurrir.

—Anna, yo...

—Déjame en paz, Alexander. Por favor. Esto no puede ser. —Su voz se quiebra.

La puerta se cierra. El taxi desaparece en la noche y Anna con él.

—Mierda —murmuro y golpeo con el puño un cubo de basura que está a mi lado. El dolor me recorre el brazo, pero no es nada comparado con el ardor en mi pecho.

Apoyo la frente contra la áspera pared. El olor de su perfume todavía permanece en mi ropa, su sabor en mis labios.

¿Qué he hecho? ¿He empeorado todo?

¡Seguramente sí!

# Capítulo 15

## Anna

**El día de la boda**

El aroma del café recién hecho inunda mi pequeña cocina. Me quedo mirando el calendario en la pared y el día de hoy, marcado con un círculo rojo. El día que he estado temiendo durante semanas. El día de la boda.

—¿No puedes enviar a Rick? Ya está recuperado —me dijo Isa ayer. Por centésima vez.

Pero tengo que ir. Es mi trabajo. Jessica Harold insistió en seguir conmigo incluso después de la recuperación de Rick. Está muy satisfecha conmigo. "Tiene intuición para esto", fueron sus palabras. Si supiera...

Mis manos tiemblan mientras me sirvo café. Algo se derrama.

—Maldita sea —¿cuántas veces he maldecido en las últimas semanas? ¿Cuántas noches me he quedado despierta pensando en aquel beso apasionado? Mi móvil vibra. Un mensaje de Isa: "¿Estás bien?"

"No", tecleo como respuesta. "Pero eso no importa. Solo hoy, luego se acabará".

Aparecen los tres puntos, luego desaparecen. Después: "Podrías ponerte enferma. Muy enferma. Con diarrea o algo así".

A pesar de todo, me río. "¡Isa!"

"¿Qué? Es una opción".

Suspirando, dejo la taza de café y me apoyo contra la encimera. Los últimos meses pasan ante mí como una película surrealista.

—Deberías dejarle el trabajo a tu jefe —me había dicho Isa cuando la llamé directamente desde el taxi, disculpándome por mi huida y contándole todo. De cómo me había apretado contra la pared. De sus manos por todo mi cuerpo. De la desesperación en su voz cuando me subí al taxi.

Pero no podía. Al principio por mi compromiso con Rick. Después, porque Jessica Harold intercedió personalmente ante Rick para que yo continuara, cuando él vio cómo estaba después de que le contara algo sobre "sobrecarga" y se ofreciera a encargarse del trabajo.

Al menos me ahorré volver a ver a Alexander. En las siguientes citas, él siempre parecía tener una razón para no estar presente, algo que Jessica Harold me contaba siempre con cierto recelo y

disculpándose. Yo intentaba mostrarme comprensiva y no revelar lo aliviada que me sentía.

Y tampoco dije nada de los mensajes que Alexander me escribía. Por supuesto que no. Me contactó varias veces, quería hablar. Pero yo sabía cómo acabaría si "hablábamos". Ignoré la mayoría de los mensajes. Pero al último le respondí que me dejara en paz y que era lo mejor para nosotros.

Y Miranda. Ella lo sabía... o al menos sospechaba algo. Estoy segura. Me ha mirado con esa mirada fría en cada reunión. No ha intercambiado ni una palabra conmigo. ¿O era porque la había visto con su guardaespaldas? Cuanto más se acercaba la fecha, más ausente parecía en nuestras reuniones. Cualquiera diría que es Jessica Harold quien se casa y no su hija.

Mi móvil vuelve a vibrar. Su nombre aparece en la pantalla.

"Por favor, hablemos. Antes de la ceremonia".

Mi corazón se acelera. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que quiso hablar conmigo? Me detengo, pero luego me obligo a reaccionar y borro el mensaje, como todos los demás. ¿Qué más hay que decir? Hoy se va a casar. Con otra. La mujer adecuada para un Morgan. ¿O no?

Los recuerdos de nuestros momentos juntos los he guardado en un cajón de mi mente y he jurado no volver a abrirlo jamás. Es mejor así.

"Pasaré por tu casa esta noche", escribe Isa. "Con un tetrabrik de té helado. O dos".

"Gracias", respondo. ¿Qué haría sin ella?

Mi mirada se posa en el reloj. ¿Ya tan tarde?

—¡Mierda!

Me levanto apresuradamente. En una hora debo estar en la iglesia. Controlarlo todo. Las flores, la decoración, el catering.

Mientras me apresuro hacia el dormitorio, intento no pensar en ello y busco el vestido nuevo que compré para la ocasión. Un vestido que disimula perfectamente mi barriga, ya visiblemente abultada.

Luego voy al baño. En el espejo veo ojeras que el maquillaje apenas puede ocultar. Los últimos meses han dejado huella.

—Contrólate —le digo a mi reflejo—. Solo es un trabajo. Solo hoy. — Pero mi rostro pálido me devuelve la mirada, luego baja hacia mi vientre y sabe que es una mentira. Ahí dentro crece una parte de Alexander. Y mía.

Después voy al pasillo y reviso mi bolso. Todo está en su sitio: listas de control, números de emergencia, un par extra de medias para la novia, quitamanchas para pequeñas manchas en el vestido. Todo como siempre. Como si fuera un encargo completamente normal.

Me detengo brevemente en la puerta. Respiro hondo.

—Puedes hacerlo —me susurro—. Es solo una boda. Una de tantas.

Respiro profundamente, sin sentir ningún tipo de alivio.

***

La iglesia se alza majestuosa ante mí cuando mi taxi se detiene frente a la Catedral de San Patricio. Jessica Harold me recibe con besos y parece totalmente emocionada. Esbozo una sonrisa mecánica, la tranquilizo. Me lo agradece y saluda a más invitados.

Compruebo por última vez la decoración floral en la entrada. Rosas blancas y orquídeas, exactamente como quería Jessica. Perfectamente dispuestas, cada flor exactamente alineada.

—¿Señorita Meyer? —una de las floristas se acerca a mí—. Los centros para el altar están en su sitio.

Asiento y la sigo dentro de la iglesia. Mis tacones resuenan en el suelo de mármol. El eco parece aplastarme, pero no parece molestar a nadie más. La mayoría de los invitados ya están sentados, otros buscan aún su sitio.

Cinco meses. En solo cinco meses hemos montado todo esto. Una boda para la que otros necesitarían dos años de planificación. El lugar, el catering, la música, la decoración... todo perfectamente coordinado. Debería estar orgullosa.

—Las orquídeas tienen que estar más juntas —indico a una de las floristas—. Y las velas...

Entonces todo sucede muy rápido. Coordino los últimos detalles, ofrezco a los invitados una sonrisa profesional y compruebo por centésima vez que todo esté perfecto.

Entonces oigo un murmullo entre la multitud. Pasos sobre mármol.

Ha llegado.

Me obligo a no mirar. Me concentro en mi lista de verificación. Pero mi cuerpo me traiciona. Cada fibra siente su presencia.

Alexander avanza por el pasillo hacia el altar. Su esmoquin le queda perfecto. Por supuesto que sí. Parece sacado de una revista. Como un semidiós griego en traje.

Como si hubiera sentido mis pensamientos, gira la cabeza. Nuestras miradas se encuentran.

El mundo a nuestro alrededor enmudece. Por un momento volvemos a estar allí, frente al bar en el Bronx. Sus manos sobre mi piel, sus labios sobre los míos...

Me libero, aparto la mirada. Mis mejillas arden. El bebé en mi vientre patalea, como si sintiera mi excitación.

Los últimos invitados toman sus asientos. Los bancos se llenan de vestidos de diseñador y trajes a medida. El quién es quién de la alta sociedad neoyorquina.

Vuelvo a mirar hacia adelante, pero Alexander está conversando con un hombre de pelo entrecano, seguramente algún rico neoyorquino. Pero cuando la conversación termina, vuelve a girar la cabeza, busca algo entre la multitud... y entonces nos miramos de nuevo. Tuerce la boca en una sonrisa, como si yo fuera todo lo que estaba buscando.

Aparto la mirada otra vez y ocupo mi lugar.

Entonces suena el órgano y comienza la música nupcial. Wagner. Tal como lo había planeado.

Las pesadas puertas se abren. Un suspiro colectivo recorre la multitud.

Miranda aparece del brazo de su padre. Su vestido —una pieza única de Vera Wang— es impresionante. El velo ondea suavemente con cada paso. Parece una princesa de cuento.

Retrocedo hacia la sombra de una columna. Observo cómo avanza por el pasillo. Lenta, digna, exactamente como lo habíamos ensayado.

Alexander está en el altar. Su espalda recta, su postura perfecta. Pero sus manos... están cerradas en puños.

El bebé patea otra vez. Pongo una mano sobre mi vientre, intentando calmarlo. ¿O calmarme a mí misma?

Miranda llega al altar. Su padre la entrega a Alexander. Ella sonríe, pero la sonrisa no llega a sus ojos.

El sacerdote se aclara la garganta, empieza a hablar. Sus palabras resuenan por la catedral cuando todo queda en silencio y comienza la ceremonia.

Siento el impulso de irme o de desaparecer. Todo va perfecto. Pero sé que debo quedarme, porque la fiesta después requerirá mucho de mí y yo...

—Estamos aquí reunidos...

Los hombros de Alexander se tensan. ¿O me lo estoy imaginando?

El bebé patalea otra vez, con más fuerza esta vez. Como si quisiera decirme algo.

Por supuesto que quiere hacerlo.

Pero me mantengo en silencio y escucho al sacerdote y su discurso.

***

—Si alguien tiene alguna objeción a esta unión, que hable ahora o calle para siempre.

Las palabras del sacerdote me golpean como un puñetazo. Mi corazón se acelera. El tiempo parece detenerse.

Imágenes pasan por mi mente: Alexander riendo. Hablando conmigo en el bar. Cómo me ha mirado desde el primer día en la oficina. Sus manos sobre mi piel. Sus labios sobre los míos. Los documentos sobre su escritorio: planes para desmantelar la empresa de Harold. Y Miranda en brazos de su guardaespaldas. La forma en que lo miraba —nunca había mirado así a Alexander.

Mi mano se dirige a mi vientre. Ahí crece su hijo. Nuestro hijo. Un niño que crecerá sin padre si callo ahora.

"Hazlo", susurra una voz en mi cabeza. "Levántate. Di algo".

Mis piernas tiemblan. Mis dedos se aferran al banco de madera.

Alexander está allí delante, rígido como una estatua. Los músculos de su mandíbula trabajan. No parece feliz. No como un hombre que

está a punto de casarse con el amor de su vida. Me parece que está considerando decir algo.

"¡Hazlo!"

¿Realmente puedo permitir esto? ¿Esta farsa de boda? ¿Esta mentira? ¿La manera en que Alexander quiere desmantelar la empresa? Y más importante aún: ¿realmente quiero dejar ir a Alexander?

La respuesta llega de inmediato, cristalina: ¡No!

Mis músculos se tensan. Quiero levantarme, quiero gritar, quiero...

—Yo... —la voz de Miranda, apenas más que un susurro, rompe el silencio—. Yo tengo objeciones.

Jessica Harold jadea audiblemente. En algún lugar cae un himnario al suelo.

Parece que el mundo deja de girar.

¿Puede ser real? ¿Realmente acaba de decir eso?

# Capítulo 16

## Alexander

Las suaves palabras de Miranda resuenan por la iglesia y me pregunto si estoy soñando o si realmente ha dicho eso. Giro lentamente la cabeza. La miro fijamente e intento comprender lo que acaba de ocurrir. ¿Realmente ha dicho eso? ¿Aquí? ¿Ahora?

Los flashes de las cámaras destellan. Por supuesto. La maldita prensa está por todas partes. Mañana apareceremos en todas las portadas. El fracaso matrimonial Morgan-Harold. La boda del año, desbaratada. Miranda y yo nos miramos. Por primera vez en mucho tiempo, sonríe y forma un inaudible "lo siento" con sus labios. Solo asiento. Porque en el fondo, me siento igual que ella.

Maldita sea, ¿por qué demonios me presté a participar en este circo? Sé por qué, por la fusión. Un año de matrimonio y después la habría dejado. Según lo planeado. De alguna manera habría funcionado, aunque no tuviera nada que ver con lo que realmente quiero. Especialmente desde que...

Mi mirada recorre la multitud, buscando involuntariamente a ella. Anna. Está de pie en la sombra de una columna, al margen. Nuestras miradas se cruzan durante una fracción de segundo. Y en ese momento me alegro de no haberme casado con la mujer equivocada, acuerdo o no.

—¡Miranda! —chilla Jessica Harold—. ¿Qué estás haciendo?

El silencio en la iglesia es ensordecedor. Se podría oír caer un alfiler.

Entonces algo se mueve en las filas traseras. Jake, el guardaespaldas, se pone de pie. Sus pasos resuenan por la catedral mientras avanza por el pasillo.

—Señorita Harold —dice, con voz firme y clara—. Miranda...

—Jake, no —susurra ella, pero no suena a rechazo.

—Sí —se detiene frente a ella—. Tengo que decirlo ahora. Delante de todos. Te quiero. Desde el primer día que trabajé para ti. Todo el mundo debe saberlo.

Algunas de las damas mayores en las primeras filas contienen audiblemente la respiración.

—Eres lo primero en lo que pienso por la mañana, y lo último antes de dormirme —continúa Jake—. Sé que solo soy tu guardaespaldas. Pero lo que tuvimos... —se detiene. Probablemente se da cuenta de que cualquier palabra adicional podría sonar como si Miranda hubiera sido infiel antes del día de hoy. Los flashes atraviesan la iglesia, por supuesto. Este es el titular del año y los reporteros en la iglesia se llevarán hoy un buen pellizco con este espectáculo.

Miranda tiembla. Las lágrimas corren bajo su velo. Lágrimas que solo yo veo, porque está de pie junto a mí. Me lanza una mirada. Debería decir algo. Cualquier cosa. ¿Pero qué? *¿"Buena suerte"? ¿"De todos modos no era buena idea"?*

—Venga, ve —susurro. Sonríe, me hace un gesto de asentimiento y entonces Miranda se arroja a los brazos de Jake. Su velo se descoloca cuando le besa. Las cámaras hacen clic frenéticamente.

—¡Esto... esto es un escándalo! —ruge Harold Senior desde su asiento. Se levanta de un salto, con el rostro rojo como la grana—. No permitiré...

—Déjalo, papá —dice Miranda y luego mira a Jake, su expresión se suaviza y dice—: ¿Nos vamos?

Él asiente. Y entre más flashes de cámaras e invitados atónitos, la novia abandona la iglesia con su más reciente conquista. Vaya espectáculo.

Entonces me doy cuenta de que debo parecer un idiota, de pie ahí solo, viendo cómo el plan perfectamente organizado de la razón y el dinero se derrumba. Entonces se me ocurre una idea. Mis ojos buscan apresuradamente a ella... a la persona cuya cercanía no puedo olvidar, a...

—¡Henry! —chilla Jessica Harold.

Harold Senior se tambalea, sus ojos se agrandan.

—¡Está teniendo un infarto! —grita alguien—. ¿Hay algún médico aquí?

—¡Llamad a una ambulancia!

La iglesia se hunde en el caos. Jessica Harold llora y pide ayuda. Los invitados se levantan, gritan confundidos. Un movimiento en mi visión periférica. Anna. Se abre paso entre la multitud, con el teléfono en la oreja.

—Sí, Catedral de San Patricio —la oigo decir—. Posible infarto. El paciente tiene unos sesenta años...

Siempre la profesional. Incluso ahora. Se arrodilla junto a Harold mientras habla con el servicio de emergencias. Su vestido se tensa sobre su vientre. Parece como si hubiera engordado un poco, aunque el resto está delgado. Aparto ese pensamiento.

—Pulso débil, pero presente —dice Anna por teléfono—. Sí, está consciente.

El sol entra por las coloridas vidrieras, envolviéndola en una luz sobrenatural. Parece un ángel. Mi ángel.

Entonces se oyen sirenas a lo lejos.

***

Poco después, los sanitarios se abren paso entre la agitada multitud. De manera profesional y eficiente atienden a Harold Senior, que ahora yace pálido como la cera en uno de los bancos de la iglesia.

—Por favor, atrás —ordena uno de los sanitarios a los invitados—. Necesitamos espacio.

Jessica Harold se aferra llorando a la mano de su marido mientras los sanitarios lo suben a la camilla. —¡Henry, cariño, aguanta!

A mi alrededor estalla el completo caos. Los invitados se levantan, hablan desaforados. Las cámaras siguen destellando. Los reporteros se frotarán las manos con esta historia.

—¡Esto es un escándalo! —oigo decir a una señora mayor en la primera fila—. ¡Esta generación no tiene ningún respeto!

—¡Silencio! ¡Silencio, por favor! —intenta calmar la situación el sacerdote—. Tomemos todos un momento para...

Nadie le escucha. Los invitados están demasiado ocupados comentando lo sucedido.

—Primero la novia se fuga con el guardaespaldas y luego este colapso...

—La pobre familia Harold...

—Qué vergüenza...

Mi padre se abre paso hasta mí. Su expresión es sombría. Conozco esa mirada: se acerca uno de sus sermones.

—Alexander —comienza con severidad—. Tenemos que hablar. La fusión...

—Ahora no —le interrumpo.

—¡Sí, exactamente ahora! Sabes lo que está en juego. Todavía podríamos...

—Papá —mi voz suena más cortante de lo que pretendía—. Ahora no.

—Alexander, escúchame, hijo, yo...

—¡Papá! Maldita sea. Cierra la boca.

Me mira completamente desconcertado. Debería haberle hablado así mucho antes. Quiere decir algo más, pero ya me estoy dando la vuelta. Busco a Anna con la mirada. Está algo perdida junto a una de las columnas masivas, con su tableta de planificación del evento inútil entre las manos. Por supuesto: la boda que organizó tan perfectamente acaba de fracasar espectacularmente.

Mientras me acerco a ella, noto de nuevo cómo el vestido se tensa sobre su vientre. ¿O me lo estoy imaginando?

—Hola —digo en voz baja cuando llego a su lado.

Se sobresalta, como si no esperara que le hablara. —Alexander, yo...

—¿Tienes algo más que hacer hoy?

Parpadea confundida. —¿Qué?

—Bueno... —señalo el caos a nuestro alrededor—. Tu cuidadoso plan de horarios obviamente ya no sirve.

Una débil sonrisa cruza su rostro. —Supongo que es cierto.

—¿Querrías...? —respiro hondo. Maldita sea, ¿por qué estoy tan nervioso?—. ¿Querrías ir a tomar un café conmigo? Ahora mismo tengo mucho tiempo libre.

Me mira fijamente. —¿Ahora?

—Sí, ahora —la miro directamente a los ojos—. Me gustaría pasar más tiempo contigo y creo que es hora de la verdad. Toda la verdad.

Su mirada titubea. Duda, mira a un lado y otro, y parece indecisa sobre cuál es la decisión correcta en este momento.

—Anna —digo con suavidad—. Por favor.

Traga saliva, luego asiente lentamente. —De acuerdo.

—¡Sr. Morgan! —grita alguien—. ¿Alguna declaración sobre la boda cancelada?

—Alexander, esto sería importante —la voz pertenece a mi padre.

—Ven —tomo la mano de Anna. Nos abrimos paso entre la multitud alterada, pasando junto a invitados indignados y reporteros que nos llaman. A través de una pequeña puerta lateral salimos al exterior, lejos del tumulto en la iglesia. El sol primaveral nos deslumbra cuando salimos al aire libre.

Anna se detiene, suelta su mano de la mía. —Alexander, no puedo simplemente irme de aquí.

—Claro que puedes. La celebración se cancela —digo.

Duda y me mira. —¿Estás seguro de que...?

—Sí —la interrumpo—. Debería haber hecho esto mucho antes. Hablar contigo. Hablar de verdad.

Ella asiente lentamente. —Vale. ¿Adónde vamos?

—Hay una pequeña cafetería a unas calles de aquí. Se llama Joey's. ¿La conoces? Tranquila, discreta —sonrío—. Y hacen un café excelente.

—Sí, conozco el lugar —vacila—. Pero quizás debería avisar antes a Isa. Seguro que está preocupada. Y a mi jefe, Rick. Esto no le va a gustar. Y tengo que asignar rápidamente algunas tareas para que recojan la decoración y...

—Por supuesto.

Mientras escribe unos mensajes breves, la observo. La forma en que se coloca un mechón de pelo detrás de la oreja. El ligero rubor en sus mejillas. La suave curva de su vientre bajo el vestido.

¿En qué estaba pensando cuando la dejé marchar? ¿Al tratarla así? Es una reina y merece ser tratada como tal.

—Lista —dice guardando el móvil.

—Entonces vamos —le ofrezco mi brazo. Tras una breve vacilación, se agarra a él.

Detrás de nosotros se filtran amortiguadas las voces excitadas desde la iglesia. Delante de nosotros está la calle, el futuro, la verdad.

Ya es hora.

# Capítulo 17

## Anna

El Joey's. Claro que conozco este café. Mi refugio y lugar de conversación con Isa. Un espacio de tranquilidad y comunicación. Pero hoy se siente diferente. Los clientes se giran, susurran. No es de extrañar: un hombre vestido con traje de novio, que debería estar casándose en este mismo momento, está sentado frente a mí.

Y menuda imagen ofrece. El esmoquin a medida le queda perfecto, resaltando sus anchos hombros. Los botones superiores de su camisa están desabrochados, la pajarita aflojada. Parece sacado de una revista de lujo, pero más real, más tangible.

—¿Cappuccino? —me pregunta, a lo que asiento con la cabeza.

—Dos cappuccinos —pide cuando la camarera se acerca a nuestra mesa.

—El mío sin cafeína, por favor —corrijo rápidamente. La camarera asiente y se marcha.

Su mirada se desvía hacia mí, inquisitiva. —Ha habido suficiente emoción por hoy, ¿verdad? —Asiente comprensivo.

—¿Cómo estás? ¿Te has tranquilizado? —pregunta tras un momento de silencio.

—Eres gracioso —le digo—. En realidad, debería ser yo quien te preguntara cómo estás. Al fin y al cabo, es TU boda la que se ha cancelado.

Suelta una carcajada. —Eso es cierto.

—¿Qué tal está el señor Harold?

—¿Has oído algo? —añade.

—Jessica me ha enviado un mensaje. Está estable. Lo tienen en la clínica por precaución, pero está bien dadas las circunstancias —respondo.

—¿Y tú? ¿Tienes que hacer algo más? ¿Avisar al pastelero de que puede comerse él mismo la tarta, o algo así?

—No. Rick, mi jefe, se está ocupando de todo. Me dijo que me tomara libre el resto del día.

La camarera trae nuestras bebidas.

—Gracias —dice Alexander. Después, dirigiéndose a mí—: ¿Te ha dicho alguien ya que estás preciosa con ese vestido negro?

Mis mejillas se calientan. —Yo... gracias.

—No, en serio. —Su voz se vuelve seria—. Siempre estás preciosa. También entonces, cuando viniste a mi despacho por primera vez.

Miro fijamente mi cappuccino. Mi corazón martillea.

—Anna. —Se inclina hacia delante—. Tengo que decirte algo. Algo importante.

Levanto la mirada, encontrándome con la suya.

—Lo de mi padre... —Traga saliva—. Fue idea suya. El despido. Lo hizo sin mi conocimiento. Tienes que creerme. —Se detiene, se pasa la mano por el pelo—. Sé que eso no lo mejora. De hecho, lo hace peor. Debería haber intercedido por ti. Pero... eso no es todo. Necesitas conocer toda la verdad.

Mis manos tiemblan ligeramente. Agarro la taza con más fuerza.

—La boda con Miranda... nunca fue real. Un acuerdo. Una conexión de negocios. Un año de matrimonio y luego el divorcio. Ese era el plan. Por eso mi padre probablemente te despidió, porque... mierda, porque debe haberse enterado de lo nuestro de alguna manera.

—¿Por qué me cuentas esto? —pregunto, y mi voz suena quebrada y baja mientras recuerdo la breve conversación telefónica con su padre y la mención de las fotos. ¿Alexander no sabe nada de eso?

—Porque... —Me mira directamente a los ojos—. Porque en los últimos meses he pensado en ti más que en cualquier otra cosa. Porque me quedo despierto por las noches preguntándome qué estarás haciendo. Porque en cada reunión esperaba que estuvieras allí y a la vez temía que lo estuvieras, porque... bueno, por cómo te despidieron y, sobre todo, porque fui un completo idiota.

Mi corazón se salta un latido, abro la boca, pero la vuelvo a cerrar, incapaz de decir nada. Mis pensamientos se aceleran. Pienso en el bebé en mi vientre. Su bebé. Nuestro bebé. ¿Qué diría si...

—Sé que lo hice todo mal. Que te hice daño. Que fui un egoísta desgraciado. —Su voz se vuelve ronca—. Pero aquella noche contigo... fue real. Cada segundo.

Los recuerdos me inundan. Sus manos sobre mi piel. Sus labios. La desesperación en su voz cuando me fui.

—Lo siento —continúa—. Todo. Y sé que una disculpa no es suficiente. Pero quiero que sepas que nunca dejé de pensar en ti.

Las lágrimas me arden en los ojos. Parpadeo para alejarlas.

—Di algo —pide en voz baja.

—¿Qué quieres que diga? —Mi voz tiembla—. A sabiendas, dejaste que tu padre me despidiera. Eres el director general, ¿no? Ibas a entrar en un matrimonio de conveniencia. Tú...

—Lo sé. —Extiende la mano por encima de la mesa, toma la mía. La suya está caliente, fuerte—. Y pasaré el resto de mi vida compensándotelo. Si me dejas.

El bebé da una patada, como si sintiera la tensión.

—No es tan sencillo —susurro.

—Es cierto. No lo es. —Aprieta mi mano—. Pero nada importante lo es nunca.

A nuestro alrededor, la gente sigue susurrando. Pero me da igual. El mundo se ha reducido a este momento, a su mano sosteniendo la mía, a la verdad en sus ojos.

—Anna —dice suavemente—. Yo...

Mi móvil vibra. Un mensaje de Isa: «¿Estás bien?»

La realidad me alcanza. Retiro mi mano y le respondo que estoy con Alexander en el Joey's.

—¿Te acostaste con ella? ¿Con Miranda? Después de que nosotros... —la pregunta sale de mí antes de que pueda pensarlo. Sé que no tengo derecho a saberlo. Pero no puedo evitarlo.

—No. Nunca —dice y hace una pausa—. Para ambos solo fue parte de un acuerdo de negocios. Nunca la he amado, ni besado, ni nada por el estilo. Solo nos tomamos de la mano en público para las cámaras. Eso fue todo. En general, fue una idea de mierda —hace una pausa y me mira. Espera.

—De alguna manera lo había intuido —digo en voz baja, y una débil sonrisa cruza mi rostro—. Pero necesitaba saber si... —Me callo un momento, buscando las palabras adecuadas—. Si el sexo también formaba parte de un matrimonio falso. Todo era tan extraño entre vosotros. Todo ese compromiso, la planificación de la boda...

Una risa se me escapa y me sorprende a mí misma. El alivio de saber que no tuvo nada con Miranda es abrumador. Sé que no tengo derecho, pero la idea de que esa noche conmigo realmente significó algo más para él y que se mantuvo abstinente en el tiempo transcurrido... Eso me hace algo por dentro. —Miranda tampoco parecía estar realmente interesada en ti y... —Me detengo, mordiéndome el labio.

Alexander de repente sonríe, sus ojos brillan divertidos. —¿Ah, sí? ¿Sabes algo más? ¿Los pillaste a ella y a su guardaespaldas?

Siento cómo el rubor sube a mi cara. —Solo he...

—Eso me imaginaba. —Se recuesta, todavía sonriendo—. De lo contrario, probablemente habrías parecido más sorprendida en la iglesia cuando Jake hizo su gran entrada.

—Aun así fue dramático —me defiendo—. Y también romántico. De una manera completamente loca.

—Lo fue. —Toma un sorbo de su capuchino—. ¿Sabes? En retrospectiva, estoy agradecido a Miranda. Hizo lo que yo no pude: tener el valor de mandarlo todo a la mierda. Joder, en realidad estoy furioso conmigo mismo por haber participado en esto solo para... — entonces se detiene.

Miro fijamente mi taza, girándola lentamente entre mis manos. Sé a dónde quiere llegar y la pregunta me arde en la lengua.

—¿Alexander?

—¿Sí?

—Esos documentos en tu ordenador. La fusión. Los despidos de empleados... —Respiro hondo y lo miro, porque ahora sabe que mentí y que sí vi los documentos—. ¿Realmente lo habrías hecho? ¿Despedir a toda esa gente? ¿Eres... eres ese tipo de persona?

La ligereza desaparece de su rostro. Guarda silencio un momento, parece pensar cuidadosamente su respuesta.

—Sí... No —dice finalmente—. No, no lo soy. O al menos... ya no quiero serlo. —Se pasa la mano por el pelo, un gesto que ya reconozco como señal de su nerviosismo—. Eso era parte de todo el plan. Mi padre quería hacerse con la empresa. Hacerse aún más grande. Lo más fácil habría sido dar una señal con la boda. Acepté porque... —Se interrumpe, sacude la cabeza—. Porque soy un cobarde. Porque pensé que ese sería el precio del éxito.

Su honestidad me impacta inesperadamente. El bebé vuelve a patear, esta vez más suavemente, como si quisiera decirme algo.

—¿Y ahora qué? —pregunto.

—¿Ahora? —Se inclina hacia adelante, sus ojos buscan los míos—. Ahora mismo solo quiero ser la persona que debería ser. La que podría ser. Cuando estás cerca... —Se calla, inseguro.

Mi corazón late con fuerza. Debería contarle lo del bebé. Ahora. Aquí. Pero las palabras se me atascan en la garganta. ¿Y si lo cambia todo? ¿Y si entonces solo por obligación...?

—¿Anna? —Su voz es suave—. ¿Estás bien?

Asiento mecánicamente. —Sí, yo... solo necesito procesarlo.

—Por supuesto. —Suena decepcionado, pero comprensivo—. A mí me pasa lo mismo. Algunos días me odio por el papel que estoy interpretando. Pero eso se acabó. Definitivamente. Y para siempre.

De repente, me asalta un pensamiento. Me enderezo y lo miro directamente.

—Un momento —digo, y siento cómo mi frente se arruga—. ¿Qué quieres decir exactamente con que eres diferente cuando estoy cerca? Admites que eras y sigues siendo un capullo capitalista, que mueves a la gente como piezas de ajedrez, y ahora... —Respiro hondo—. ¿Ahora se supone que yo soy tu salvación? ¿Tu camino hacia la redención?

Se estremece como si lo hubiera golpeado. Su mirada se vuelve insegura, por primera vez desde que nos sentamos aquí.

—No, eso... —Se interrumpe, vuelve a pasarse la mano por el pelo —. Maldita sea, Anna. No lo sé, ¿vale? Solo sé que te quiero a ti. Que pienso en ti. Que yo...

—¿Disculpen? —De repente la camarera está junto a nuestra mesa —. Vamos a hacer un descanso para comer. ¿Desean pedir algo más?

Alexander me mira, una pregunta silenciosa en sus ojos. —¿Quieres otro café? ¿En mi casa?

Mi corazón da un vuelco. Sé exactamente lo que significa esta invitación. Y no se trata de café. Al menos eso creo.

—Alexander, yo...

—Por favor —dice en voz baja—. Solo hablemos. Nada más.

La camarera espera pacientemente. A nuestro alrededor, empiezan a recoger las primeras mesas.

Pienso en su ático. Las vistas. Y que ahora podría estar allí por primera vez no como organizadora de bodas.

—¿Señores? —pregunta la camarera una vez más.

Debería decir que no. Debería irme a casa, pensar, aclarar mis ideas. Pero...

—Vale —me oigo decir—. Hablemos.

Una sonrisa se extiende por su rostro. Saca su cartera y pone un billete en la mesa.

—Quédese con el cambio —le dice a la camarera, que asiente agradecida y se marcha.

Se levanta y me ofrece su mano. Cuando la agarro, un escalofrío familiar me recorre. Su piel está cálida, su tacto suave.

—¿Cogemos un taxi? —pregunta.

Asiento en silencio. Juntos salimos del café, su mano todavía en la mía. El sol me deslumbra cuando pisamos la calle.

¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Es inteligente? ¿Correcto?

Pero quizás este sea el momento. El momento adecuado para hablarle del bebé. En la tranquilidad de su piso, donde nadie nos observa, donde ninguna camarera nos interrumpe.

—¿Todo bien? —pregunta Alexander, que ha notado mi mirada pensativa.

—Sí —digo y aprieto su mano—. Todo bien.

***

¡Mierda! ¿Qué estamos haciendo aquí?

La puerta se cierra de golpe tras nosotros mientras entramos en su ático besándonos con pasión, y sus manos ya vuelven a estar sobre mi piel, como si le perteneciera. Un sordo *clinc* – sus llaves aterrizan en alguna parte del suelo de mármol. Respondo al beso que comenzó en el ascensor. Cuando las puertas se cerraron, todo cambió. Prácticamente nos abalanzamos el uno sobre el otro. Como aquella vez frente al bar de karaoke. Sé que está mal, pero no puedo evitarlo.

—Espera —jadeo, aunque mis dedos ya están desabrochando su cinturón. Sus labios trazan una línea desde el lóbulo de mi oreja hasta la vena que pulsa en mi cuello—. Se suponía que íbamos a... *hablar*.

Muerde suavemente el punto donde mi pulso se acelera. —Sí, claro. Hablemos —dice, mientras su mano se desliza bajo mi vestido, con el pulgar trazando círculos sobre la seda de mis bragas. Echo la cabeza hacia atrás y exhalo entrecortadamente.

—Eres un cabrón —susurro, pero mis caderas siguen presionándose contra las suyas. La tela de su traje raspa contra mis muslos.

—Tienes toda la razón. —Agarra mis manos, las lleva por encima de mi cabeza contra la pared a mis espaldas, contra la que ahora me presiona. Sus dientes se hunden en la banda de encaje de mi sujetador, tirando—. Pero estoy mejorando. Por ti.

Un tirón – el tirante se rompe. Aire fresco en mi pecho, luego su lengua. Me agarro a su pelo, siento cómo sonríe cuando gimo suavemente. En algún lugar cae un zapato. O dos. Su chaqueta cruje al caer al suelo, mientras me empuja hacia delante, en dirección a la mesa de centro. El borde se clava en mis muslos.

—Déjame hacer esto. —Mis dedos tiran de los botones de su camisa. La abro poco a poco, deslizo las manos por su maravilloso y musculoso torso.

Se detiene, levanta la mirada lentamente. Sus ojos brillan, haciendo que mis rodillas se debiliten. —Eres tan hermosa —susurra y continúa desnudándome también. El vestido yace ahora en el suelo. Solo me quedan las bragas. Poco después, él también está solo en ropa interior.

Entonces me agarra, me coloca sobre la mesa y se pone encima de mí. Su boca se cierra sobre mi pezón, succionándolo con la fuerza suficiente para que me agarre a la mesa. El mundo se reduce a ese punto, a esa tensión entre mis piernas que apenas puedo controlar ya. Siento cómo su polla dura reposa sobre mí y presiona contra mi vientre.

—Interesante... —dice mientras baja besándome hasta mis bragas y desliza la punta de su nariz por debajo—. Hueles a...

—Termina esa frase y te pateo la cara.

Su risa vibra contra mi vientre. Su lengua traza un círculo alrededor de mi ombligo. Seguro que ve la curvatura, pero no hace preguntas. —Siempre luchas, incluso cuando no tienes que hacerlo.

De repente siento sus palmas bajo mis muslos, me levanta. Me aferro a sus hombros mientras me lleva al sofá. Huele a cuero y a su aftershave – todo se mezcla con el dolor sordo en mi costado. El moretón bajo la última costilla, que él ve cuando me tumba.

Su pulgar lo roza. Una vez. En silencio.

Me tenso. Espero la pregunta. El "¿quién?" o "¿cuándo?". Pero en lugar de eso, se inclina hacia delante, besa el punto con tanta suavidad que contengo la respiración. Sus labios se desplazan hacia arriba, sobre la curva de mi pecho, el cuello, la sien. Como si la herida fuera solo una parte de mí que acepta. *Ahora no. Más tarde.*

—Tú —susurra contra mi oído, mientras sus dedos empujan mis bragas hacia un lado—. Me vuelves loco.

—Demuéstralo.

Lo hace. Lentamente. Dolorosamente lento. Su lengua traza cada fibra muscular de mi cuerpo como si fuera un mapa que quisiera memorizar. Cuando me estremezco, me sujeta con una mano en mi cadera. Firme, no duro. Siempre ese maldito control.

—Por favor —se me escapa cuando finalmente se desliza entre mis piernas. Pero se detiene, solo respira cálidamente sobre la piel húmeda.

—¿Por favor qué? —Su voz es ronca—. Dímelo.

Me muerdo el labio, siento cómo mi cara arde. —Ya lo sabes.

—Anna. —Un beso en mi muslo interno—. *Dilo*.

—Fóllame. —Agarro su pelo, tiro—. Ahora.

Se ríe – ese sonido profundo y oscuro que me hace palpitar entre las piernas. —No. No antes de que grites.

Tarda. Dios mío, tarda. Su lengua gira, chupa, me abre como una fruta de la que quiere cada gota. Me revuelvo en los cojines, muerdo mi brazo cuando llega la primera ola. Pero no se detiene. *No debe detenerse*.

—Demasiado —balbuceo, pero mantiene mis caderas con un agarre firme—. Alexander, yo...

El segundo orgasmo me quita la voz. Me inclino, me agarro a sus hombros cuando por fin, *por fin* entra en mí. Cada centímetro es una batalla ardiente. Gime contra mi cuello, un ronco "Dios mío", cuando lo envuelvo con mis piernas.

—Tan estrecha —murmura temblando—. Como si no quisieras... dejarme ir nunca.

Respondo con mis caderas, atrayéndolo más profundamente. Su respiración se entrecorta. El deseo en su mirada se mezcla con algo más, algo que sabe a dolor. A un anhelo más antiguo que esta noche.

Nos movemos juntos. Sin prisas. Cada embestida es una promesa que él sella con sus labios en mi hombro. Su mano me encuentra de nuevo, frotando exactamente el punto que me vuelve loca.

—Mírame —ordena cuando mi respiración se vuelve más superficial —. Anna. *Mírame.*

Nuestras miradas se entrelazan cuando llego al clímax. Él me sigue inmediatamente, con un gemido como cristal roto en mi oído. Su nombre en mi lengua, amargo y dulce.

Cuando podemos respirar de nuevo, su cabeza descansa sobre mi pecho. Mis dedos juegan con las puntas de su pelo, húmedas por el sudor. En algún lugar hace tictac un reloj. Un coche toca la bocina en la distancia.

—Esto —dice contra mi corazón—, no ha sido solo hablar.

Le pellizco la cadera. —Es cierto, pero tú empezaste.

—Tú pulsaste el botón del ascensor.

—Tú me apretaste contra la pared.

Levanta la cabeza, me sonríe y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja. —Es tan hermoso estar contigo.

Le empujo, pero él atrapa mi mano y besa la palma. El silencio se expande, cargándose con todo lo que no he dicho. Nada sobre la curva de mi vientre. Nada sobre cómo todo esto...

—¿Te quedas? —Su pregunta es suave, en la penumbra del sofá, casi invisible.

Cierro los ojos. Siento su peso, el dolor en mi costado, la humedad entre nosotros. —¿Cuánto tiempo?

No responde. En cambio, se levanta, me alza como si quisiera llevarme en brazos para cruzar un umbral. Los pasos hacia el dormitorio duran una eternidad. Cuando me deposita en la cama, le miro.

—Todo el tiempo que dure —susurra, antes de que su boca me haga callar de nuevo y su mano sobre mi pecho me haga volver a jadear. Y lo permito.

# Capítulo 18

## Alexander

Los primeros rayos de sol bailan a través de las persianas cuando abro los ojos. El cuerpo cálido de Anna descansa acurrucado contra el mío, su respiración es regular y tranquila. El aroma de su piel se mezcla con los recuerdos de anoche.

Cielos, vaya noche. No solo el sexo —aunque fue impresionante—. La forma en que ella se entregó a mí, cómo yo me entregué a ella. Como si ambos hubiésemos dejado de luchar. Contra nosotros mismos, el uno contra el otro, contra todo. Como si nos hubiéramos convertido en uno solo. Y no solo físicamente.

Me separo con cuidado, me escabullo hacia la cocina. El suelo de mármol está frío bajo mis pies descalzos. Preparo café —descafeinado, como ella lo pidió ayer— y reviso los armarios. Una sonrisa se extiende por mi rostro al pensar en su voz adormecida y su pelo revuelto sobre mi almohada.

—¿Necesitas ayuda?

Me doy la vuelta. Anna está en la puerta, llevando solo mi camisa blanca de ayer. Los botones superiores abiertos, sus piernas desnudas por debajo. Mi corazón da un vuelco.

—En realidad quería sorprenderte con el desayuno en la cama —digo.

Se acerca, rodea mi cintura con sus brazos. —Sorpresa lograda. Estoy despierta.

—Ya lo veo. —Me inclino hacia delante, beso su cuello. Ella suspira suavemente—. ¿Cruasanes? ¿Huevos revueltos?

—Mmh. —Sus dedos acarician mi espalda—. Suena bien.

Me vuelvo hacia ella y la levanto hasta la encimera de la cocina, haciendo que la camisa se suba un poco. Ella suelta un gritito de sorpresa, luego se ríe.

—Pero primero... —Me coloco entre sus piernas—... necesito probar otra cosa.

—Alexander... —Suena sin aliento. Sus manos en mi pelo mientras me agacho.

—Shhh. —Rozo con mis labios su muslo—. Déjame.

Esta vez es diferente a anoche. Más suave. Ya no hay desesperación salvaje, sino algo más profundo. Mi lengua se desliza por su piel suave, saboreándola, mientras sus dedos se clavan en mis hombros.

—Vale —susurra—. Me has convencido.

Me incorporo, la beso. Sabe a nosotros dos, a la noche. Sus piernas rodean mis caderas, atrayéndome más cerca.

—¿Segura? —pregunto contra sus labios.

Como respuesta, ella alcanza hacia abajo, guiándome hacia ella. Ya estoy duro desde hace tiempo y entro en ella. Suave, con cuidado. Ambos gemimos. Es tan estrecha, tan perfecta. Sus talones presionan mi espalda, empujándome más profundo dentro de ella.

—Anna... —Entierro mi cara en su cuello—. Se siente tan bien.

Responde con un beso que me deja sin aliento. Su lengua recorre mi labio inferior, provocándome. Agarro sus caderas con más firmeza, cambio el ángulo. Ella echa la cabeza hacia atrás.

—Sí —jadea—. Justo ahí.

Mis movimientos se vuelven más rápidos, más urgentes. La camisa se desliza de su hombro, dejando al descubierto su pecho. Me inclino, tomo su pezón en mi boca. Ella tiembla.

—Alex... yo...

—Córrete para mí —murmuro contra su piel—. Déjate llevar.

Se contrae a mi alrededor, todo su cuerpo se tensa. La sostengo mientras llega al clímax, bebiendo sus gritos de sus labios. Segundos después la sigo, perdiéndome en ella.

Nos quedamos así, sudorosos y sin aliento. Su frente apoyada en mi hombro. Acaricio su espalda, siento cómo su corazón se calma lentamente.

—Esto —dice finalmente—, fue definitivamente mejor que los cruasanes.

Me río, beso la punta de su nariz. —Aun así los tendrás. En cuanto recupere la sensibilidad en las piernas.

Sonríe, tira suavemente de mi pelo.

—¿Me despertaré así todas las mañanas? —me pregunta.

La pregunta me pilla por sorpresa. La miro, todas las palabras no dichas entre nosotros. —Si quieres —digo en voz baja.

Algo parpadea en sus ojos. ¿Esperanza? ¿Miedo? Abre la boca, la cierra de nuevo.

—Eh. —Acaricio su mejilla—. Sin presiones. Primero desayunemos.

Asiente, pero su mirada sigue pensativa. La bajo de la encimera, la beso una vez más. Luego me dispongo a preparar el desayuno prometido. Ella se sienta en uno de los taburetes, con las piernas cruzadas. La camisa sigue siendo lo único que lleva puesto.

—Sabes —digo mientras rompo los huevos—, podría acostumbrarme a esto.

—¿A qué?

—A verte así. En mi cocina. Con mi camisa.

Sonríe, pero la sonrisa no llega del todo a sus ojos. —Alexander...

—Lo sé. —Me vuelvo hacia la cocina—. Más tarde. Disfrutemos del momento.

El aroma del café llena la cocina. La luz del sol entra por las ventanas, dibujando patrones en su piel desnuda. Se ve tan bien aquí. Tan perfecta. Como si fuera la pieza que faltaba de un puzle que nunca pude completar.

Esta vez es diferente. No como antes, cuando se fue y yo la dejé marchar. Esta vez lucharé. Por ella. Por nosotros. Por todo lo que podríamos ser.

***

—No pensaba que de verdad serías capaz de preparar huevos revueltos. Están buenos —dice Anna mientras se lleva a la boca el último tenedor de huevos revueltos. Sigue sentada con mi camisa puesta, pero esta vez en la barra de la cocina, con las piernas balanceándose desde el taburete.

—Uno de mis muchos talentos ocultos —respondo mientras guardo los platos en el lavavajillas. El desayuno fue perfecto. No por la comida, sino por ella. Cómo se ríe de mis malos chistes. Cómo rompe los croissants precocinados en trozos diminutos antes de comérselos. Lo natural que se siente todo esto.

—¿Ah, sí? —Levanta una ceja—. ¿Y qué más sabes hacer?

Me coloco detrás de ella y rodeo su cintura con mis brazos. —¿Quieres que te lo demuestre? ¿Otra vez?

Se recuesta contra mí, su cabeza cae sobre mi hombro. —Quizás más tarde. Primero debería ducharme.

—Mmh. —Le beso el cuello—. ¿Necesitas ayuda con eso?

Se ríe y me aparta. —No. Si no, nunca saldré de este ático.

Mi corazón se encoge. Claro. Tendrá que irse. Volver al mundo real, donde no todo es tan sencillo como aquí.

—Las toallas están en el armario a la izquierda de la ducha —digo, con la voz más ronca de lo que pretendía.

Se da la vuelta hacia mí y me besa suavemente. —Vuelvo enseguida.

La observo mientras se dirige al baño. La camisa apenas le llega a la mitad de los muslos. Se mueve por mi apartamento con tanta naturalidad, como si siempre hubiera estado aquí. Como si perteneciera a este lugar. Justo como lo había imaginado. Solo que sin la boda cancelada, sin todo ese caos. Simplemente ella y yo, una mañana completamente normal.

Está también su vientre con esa evidente curva y la pregunta que me está rondando. Pero no quiero ser indiscreto, no quiero perderla de nuevo y... El sonido de la ducha se filtra a través de la puerta cerrada del baño. Me apoyo contra la encimera de la cocina y cierro los ojos por un momento. Entonces veo mi móvil sobre la encimera. No lo he mirado desde ayer.

47 llamadas perdidas. Mi padre. Miranda. Rick. Jessica Harold. Socios comerciales. Miembros de la junta directiva. La pantalla se ilumina constantemente con nuevas notificaciones. 99+ mensajes de WhatsApp.

Cojo el móvil y desplazo por los mensajes.

"¿Dónde demonios estás?" —Padre. "Tenemos que hablar. AHORA MISMO." —Padre. "Alexander, por favor responde." —Miranda. "La prensa está haciendo cola. ¿Qué les digo?" —de mi asistente Janet. "Tu padre está enloqueciendo. Llama." —de nuevo mi asistente.

Me siento mal. La realidad cae sobre mí como una ducha fría. La boda. La fusión. El acuerdo. Todo está en ruinas. El agua de la ducha sigue corriendo. Oigo a Anna tarareando suavemente. Una sonrisa se dibuja en mi rostro. Aquí dentro, en este apartamento, con ella... todo está bien. Todo se siente correcto.

Mi móvil vibra de nuevo. Mi padre llamando. Otra vez.

Rechazo la llamada. Ahora no. No mientras ella siga aquí, mientras este momento continúe. Es lo único que importa en este instante y es perfecto.

La ducha se detiene. Poco después, escucho sus pies descalzos sobre el suelo de mármol.

—¿Alexander? —Su voz suena amortiguada a través de la puerta—. ¿Puedes traerme una toalla limpia? No hay ninguna.

Sonrío de oreja a oreja, dejo mi móvil y voy a buscar una toalla del armario. Cuando abro la puerta del baño, está ahí, empapada, con

los brazos cruzados sobre el pecho. Las gotas de agua resbalan por su piel.

—¿Me has mentido con las toallas? —sonríe.

—En realidad no. Mira, aquí están —digo mientras saco una del cajón superior izquierdo. La envuelvo con la toalla y la atraigo hacia mí. Huele a mi champú.

—¿Sabes —murmuro contra su pelo húmedo—, quizás deberíamos quedarnos aquí. Para siempre.

Se tensa entre mis brazos. —Eso no es muy realista y además...

—Lo sé, lo sé. —Beso su frente—. Solo era un pensamiento.

Se separa de mí y me mira. Hay algo en sus ojos que no logro descifrar completamente. —Tenemos que hablar.

Mi corazón se salta un latido. —¿Tenemos que hacerlo?

—Sí. —Se envuelve más en la toalla—. Sobre ayer. Sobre nosotros. Sobre...

Mi móvil vibra de nuevo en la encimera de la cocina, interrumpiéndola. Ambos miramos en dirección al sonido.

—¿Tu padre? —pregunta en voz baja.

Asiento. —Entre otros.

—Deberías contestar.

—Lo sé. —Me paso la mano por el pelo—. Pero ahora no. Ahora solo quiero... ¿Qué ibas a decir?

Pone su mano en mi mejilla. —¿Qué quieres tú?

—Estar contigo —digo—. Solo eso.

Su mirada se suaviza. Se pone de puntillas y me besa. Sus labios saben a pasta de dientes y café.

—Deberías contestar —susurra contra mi boca.

—Lo sé —digo, acercándola más y sintiendo su piel húmeda a través de la toalla—. Finjamos por un momento. Solo un poco más.

Lentamente le quito la toalla, respiro el aroma del champú, la beso y acaricio sabiendo exactamente que esto es lo único que quiero ahora mismo.

Ella respira profundamente y se apoya en el lavabo, lista para lo que viene a continuación. Fuera, suena la bocina de un coche. La ciudad despierta. Pero aquí dentro, en este momento, solo existimos nosotros.

Mi móvil vibra otra vez. Y otra. El mundo exterior no espera. Pero por ahora lo ignoro. Abrazo a Anna. Saboreo su cuerpo perfecto y disfruto de sus suaves gemidos.

A veces, escapar de la realidad es exactamente lo correcto. Al menos por un tiempo.

# Capítulo 19

## Alexander

—Bueno... sí, todo en orden... no, de verdad... estoy descansando —dice Anna al teléfono. Está tumbada atravesada en mi cama, envuelta solo en una sábana. No puedo ver su cara, pero por el tono de su voz sé que está sonriendo.

—Isa, te prometo que estoy bien... Sí... No, estoy en casa —me lanza una mirada rápida, mordiéndose el labio—. Por así decirlo.

Sonrío, me estiro a su lado. Mi mano encuentra su espalda bajo la sábana, dibujando pequeños círculos sobre su piel. Ella la aparta juguetonamente.

—Te llamo luego, ¿vale?... Sí... Adiós.

Cuelga y deja caer el móvil en la cama.

—Eres imposible.

—¿Yo? —la atraigo hacia mí—. Si no he hecho nada.

—Me has distraído. Con tus... manos.

—Es verdad —mis labios rozan su nuca—. ¿Y qué?

Ella se gira entre mis brazos, me mira. Su pelo está revuelto después de todo el día en la cama, sus labios hinchados por nuestros besos. Parece... desaliñada. Preciosa.

—Rick también ha llamado —dice—. Mientras estabas en la cocina.

—Mmm —le beso el hombro—. ¿Todo bien?

—Quería saber si estoy bien. Si estoy... —se interrumpe cuando mi mano se desliza bajo la sábana—... sobrellevándolo.

—¿Y? ¿Lo estás sobrellevando?

Me da un golpecito en el pecho.

—Eres un idiota y lo sabes.

Me río y ruedo sobre ella.

—Mientras sea tu idiota, me parece bien.

—Eres imposible —pero sonríe mientras dice esto, con sus manos en mi pelo.

—Lo sé —la beso, lenta y profundamente. Ella suspira en mi boca—. Por eso te gusto.

—¿Quién dice que me gustas?

—Tu cuerpo —mi mano se desliza más abajo—. Que no miente.

Gime suavemente cuando mis dedos encuentran su objetivo.

—Alexander...

—¿Sí? —muevo mi mano lentamente, disfrutando de cómo se aprieta contra mí—. ¿Algo va mal?

—Tú... —se muerde el labio—. Tú eres...

—¿Qué soy?

En lugar de responder, me atrae hacia ella y me besa duramente. Su lengua acaricia la mía, exigente, hambrienta. Como si no hubiéramos pasado todo el día amándonos.

Apenas hemos salido de la cama desde esta mañana. Solo para tomar café y un pequeño desayuno. El resto del tiempo... No recuerdo la última vez que tuve tanto sexo. Tan buen sexo. Sexo tan significativo.

—Te deseo —susurro contra sus labios.

—¿Otra vez? —sonríe—. ¿Esta es qué? ¿La séptima vez hoy?

—La sexta —corrijo. Ella envuelve sus piernas alrededor de mis caderas—. Como mínimo.

La siento caliente y húmeda contra mí. Mi cuerpo reacciona al instante, como si no acabáramos de...

—Me vas a matar —murmuro mientras me deslizo dentro de ella.

Jadea, sus uñas se clavan en mi espalda.

—Nada más lejos de mi intención.

Esta vez es diferente a la de esta mañana. Más lento. Ahora nos conocemos, sabemos lo que le gusta al otro. Su mano encuentra la mía, nuestros dedos se entrelazan junto a su cabeza.

—Mírame —le digo cuando está a punto de cerrar los ojos.

Lo hace. En su mirada hay algo vulnerable, algo que me deja sin aliento. Me muevo más profundamente dentro de ella, quiero estar más cerca, todavía más cerca...

—Dios mío —susurra—. Yo...

—Con Alexander basta —la beso, saboreando el café y el sexo y nosotros.

Se corre con mi nombre en los labios, todo su cuerpo tensándose alrededor de mí. La sigo segundos después, perdiéndome en ella como tantas veces hoy.

Nos quedamos tumbados, aún unidos, sudorosos y sin aliento. Sus dedos dibujan patrones en mi espalda. El sol de fuera está bajo, bañando la habitación en una cálida luz vespertina.

—Deberíamos levantarnos —dice después de un rato.

—Mmm —me aparto de ella y la atraigo a mi lado—. ¿Por qué?

—Porque... —se calla cuando mi estómago gruñe sonoramente. Ambos nos reímos—. Por eso.

—¿Quieres ir a cenar? —pregunto, cogiendo mi móvil. Ignoro las 78 llamadas perdidas, los más de 200 mensajes.

—Suena bien —se acurruca contra mí—. Pero...

—¿Qué?

—Nada —sacude la cabeza—. ¿Sabes adónde?

—Hay un italiano a la vuelta de la esquina, es pequeño y tiene platos maravillosos —la miro, veo que hay algo en su mirada—. Eh. ¿Qué pasa?

Suspira.

—Esto... es como una burbuja. Una burbuja preciosa. Pero en algún momento...

—Tendremos que salir —termino su frase—. Lo sé.

—Pero ahora vamos a cenar primero, ¿vale? —pregunto.

—De acuerdo —dice Anna y sonríe.

Es esa sonrisa la que me hechiza una y otra vez. ***

Una suave música italiana nos recibe al entrar en el restaurante. El aroma de hierbas frescas y pan horneado llena la estancia. Las velas parpadean en las pequeñas mesas de madera, proyectando sombras danzantes en las paredes pintadas con enredaderas. Miro a Anna a mi lado, que lo está absorbiendo todo. Por su expresión, el local es de su agrado.

—¡Alexander! —María, la camarera, se acerca a nosotros con una amplia sonrisa—. Hace siglos que no te veo.

—He estado ocupado —pongo mi brazo alrededor de la cintura de Anna.

—Oh, vienes acompañado. ¿Quién es esta encantadora dama? —pregunta la camarera.

—Ésta es Anna, mi novia. —Las palabras habían salido de mi boca antes de que pudiera pensarlo. Anna se quedó inmóvil a mi lado. Por el rabillo del ojo, vi cómo me miraba. Mierda, espero no haber estropeado todo ahora.

—¡Ah, qué bien! —exclamó María radiante—. Tu mesa favorita está libre. Seguidme.

Nos condujo a una pequeña mesa en un rincón, algo apartada del resto del restaurante. Perfecta para una velada íntima.

—¿La carta de vinos? —preguntó María.

—No, gracias —dijo Anna rápidamente—. Solo agua para mí.

Yo también pedí agua. María desapareció con una sonrisa.

—Así que... —Anna jugueteaba con su servilleta—. ¿Tu novia?

—Perdona, fue algo atrevido. No quería... —Pero en lugar de terminar la frase, me incliné sobre la mesa y la besé. En medio del restaurante, delante de toda la gente. Sabía a sorpresa y deseo. A esperanza. Noté cómo atraíamos las miradas, pero me daba igual. Que todo el mundo supiera de nosotros.

Cuando me retiré, sus mejillas estaban sonrojadas. —Eso no es una respuesta.

—Sí lo es —cogí su mano—. La mejor que puedo dar.

Abrió la boca, quería decir algo, pero María regresó con los menús.

—La pasta con salsa de trufa está especialmente buena hoy —dijo—. Recién hecha.

Pedimos: pasta con trufa para mí, rigatoni al forno para Anna. Cuando María se marchó, Anna me miró desde el otro lado de la mesa.

—¿Cómo va a seguir esto? —preguntó en voz baja.

—¿A qué te refieres?

—A esto. —Hizo un gesto vago entre nosotros—. No podemos quedarnos eternamente en tu ático o salir a comer italiano, y

además está...

—¿Por qué no?

Puso los ojos en blanco, pero vi su sonrisa. —Hablo en serio.

—Yo también —acaricié el dorso de su mano con el pulgar—. Te quiero, Anna. Para siempre.

Tragó saliva con dificultad. —Alexander, tengo que...

—No, déjame terminar. —Acerqué mi silla—. Sé que es complicado. Sé que está la empresa y mi padre y tu trabajo y mil cosas más. Pero nada de eso es más importante que esto. Que nosotros.

Sus ojos brillaban a la luz de las velas. —Hay algo más...

—¿Qué?

Respiró hondo. —Tengo que decirte algo. Algo importante.

Mi corazón latió más rápido. —Vale. Suena serio. ¿Qué pasa?

—Se trata de... —Se calló de repente, sus ojos se abrieron. Miraba fijamente por encima de mí.

—¿Anna? —pregunté.

—Alexander. —Esa voz. Fría como el hielo. Me di la vuelta. Mi padre estaba allí, con un traje perfectamente ajustado. Sus ojos grises me miraron primero a mí, luego a Anna.

—Padre —dije. Mi voz sonaba más tranquila de lo que me sentía—. ¿Qué haces aquí?

—Qué... oportuno. —Se acercó a nuestra mesa—. Mientras la empresa y nuestro imperio arden en llamas, tú estás aquí en una cena romántica. Con ella.

La última palabra la escupió prácticamente. Anna se estremeció.

—Basta ya. —Me levanté—. Vete. Además, ni siquiera quiero saber cómo me has encontrado y...

—¿Qué y...? —Una fría sonrisa apareció en su rostro—. ¿Debería esperar hasta que os retiréis de nuevo a tu ático y...

—¿Me estás vigilando? —pregunté.

—¿Tienes idea de lo que has provocado? —Su voz se alzó y no respondió a mi pregunta—. La fusión se ha cancelado. Las acciones están por los suelos. ¿Y tú? Tú te paseas por la ciudad follando con...

No completó la frase. Un silencio pesado se cernió sobre nosotros. También el resto de los comensales nos miraban. La dura mirada de Anna seguía fija en mi padre. Entonces se levantó y se volvió hacia mí. —Creo que debería irme.

—No —dijo Alexander—. Quédate, Anna. Mi padre es quien se va. ¡Ahora! —Luego me volví hacia él y le toqué el pecho con el dedo—. Y cuando yo lo considere oportuno, me explicarás qué mierda estás montando aquí. ¿Está claro? Y ahora, déjame en paz, por favor. Esta es mi vida. ¡Arregla primero la tuya!

# Capítulo 20

## Anna

El aire del restaurante parece vibrar de tensión. Alexander y su padre están frente a frente como dos boxeadores antes del combate. Siento las miradas de los otros comensales sobre nosotros, oigo los murmullos amortiguados.

—¿Podríamos hablar de todo lo demás fuera? —pregunta el padre de Alexander con voz tensa.

—No —Alexander cruza los brazos—. Hemos terminado. ¡Vete! Y la próxima vez avisa antes de visitarme en cualquier sitio —espeta Alexander.

—Alexander... —dice su padre—. Me alegra ver que tienes carácter, pero... ¡tiene que ser!

—No tiene que ser nada, padre. Y si acaso, primero explícame cómo me has encontrado aquí. Aquí en uno de los miles de restaurantes

de Nueva York. ¿Me estás vigilando? ¿Con esto? —Alexander agita su móvil en el aire. Puedo ver lo furioso que está.

Cojo mi bolso.

—Realmente debería...

—Por favor, quédate —la mano de Alexander encuentra la mía bajo la mesa. Sus ojos me suplican. Asiento en silencio, aunque mi estómago se encoge. No quiero estar aquí. No debería estar aquí. Nada de esta conversación tiene que ver conmigo.

—Ah, padre —dice Alexander, suspira y se vuelve hacia él—. Si eso te hace feliz: adelante. Cualquier cosa que tengas que decir, puedes decirla aquí.

—Hijo, por favor —por primera vez, su padre suena casi suplicante —. Se trata de asuntos familiares. Realmente deberíamos...

—Entonces lárgate. AHORA, maldita sea —la voz de Alexander se vuelve más fuerte con cada palabra de esa frase.

—¿Sabes qué, Alexander? Como quieras: no me dejas elección. Pero recuerda mis palabras. Quería hablar contigo en privado.

Saca su móvil y teclea algo. La mala sensación en mi estómago se intensifica.

—¿Qué va a ser esto? —pregunta Alexander—. ¿Un análisis de indicadores? ¿O qué?

—Noticia de última hora —su padre gira la pantalla hacia nosotros. Muestra una página de noticias del New York Post. Mi corazón se salta un latido.

«MIRANDA HAROLD EMBARAZADA DE ALEXANDER MORGAN», grita el titular.

El mundo a mi alrededor se difumina. Oigo la brusca inspiración de Alexander, siento cómo su mano se agarrota.

—¿Qué demonios...? —se queda mirando la pantalla.

—Oh, espera —su padre hace scroll—. Aquí está su publicación de Instagram de hace diez minutos. Escrita muy emocionalmente. Está de tres meses, por cierto. ¿Debo felicitarte? No estoy seguro, porque la mujer de la mesa no es la mujer que te dejó plantado en el altar y ahora dice que está embarazada de ti, ¿verdad?

No puedo respirar. Tercer mes. Es posible. Definitivamente posible. Pero eso significaría... Que Alexander ha mentido y que sí lo hizo con ella y yo... No puedo terminar el pensamiento. Mi pulso se acelera.

—Eso es una estupidez —la voz de Alexander tiembla de rabia—. ¡Es una maldita mentira! Noticias falsas.

—¿Lo es? —su padre guarda el móvil—. Miranda lo ve de otra manera. Y la prensa también.

Mi propio móvil vibra en mi bolso. Una vez, dos veces, una y otra vez. Mensajes. Probablemente de Isa, de Rick, de todos los que están viendo la noticia ahora.

—Solo salí con ella unas pocas veces —dice Alexander. Su voz suena ronca—. Apariciones públicas. Nada más.

—¿Estás seguro? —su padre sonríe levemente—. Pero no te preocupes, lo arreglaremos. Miranda es razonable. Hablaré con su padre, haremos un trato y...

—¿Un trato? —Alexander se ríe. Suena amargo—. ¡Has perdido la cabeza! No vamos a hacer nada.

—Al contrario. Estoy pensando con mucha claridad. Esta es la solución perfecta. La fusión puede salvarse, la prensa lo adorará, y tú... —me lanza una mirada fría—. Puedes terminar con tu pequeña aventura aquí y...

—¡Anna no es una aventura! —Alexander golpea la mesa con el puño. Los vasos tintinean.

—Alexander —mi voz apenas es un susurro—. ¿Es verdad? ¿Es cierto? Quiero decir... ¿es posible? —tengo miedo de la respuesta, pero debo hacer la pregunta.

—¿De verdad crees que soy ese tipo de persona? —pregunta malhumorado en mi dirección, evadiendo la pregunta.

—¿Ves? —dice su padre—. Tu... señorita Meyer. También piensa así de ti. Y en menos de una hora, todo el país conocerá esta historia. Tu nombre, tu reputación, todo por lo que hemos trabajado...

—Por lo que TÚ has trabajado —interrumpe Alexander—. Ese siempre fue tu sueño, no el mío.

—Alexander —digo de nuevo con voz ronca. Él se vuelve hacia mí—. ¿Es posible que esto sea verdad? —me mira, a punto de decir algo, cuando su padre toma la palabra.

—¡Oh, por favor! Iban a casarse. Por supuesto que pasó algo —entonces teclea en su móvil y me muestra una imagen—. ¿O crees que se dejaron fotografiar en ropa interior para la revista VOGUE así sin más?

Miro fijamente la pantalla, veo la portada de la famosa revista. En ella, Alexander y Miranda. Ambos en ropa interior. Apoyados sensualmente el uno contra el otro.

—Esto debía publicarse después de la boda —añade su padre.

Mi mundo se tambalea. Miro a Alexander. Maldita sea, ¿por qué no dice nada? ¿Por qué me hace esto?

—¿Así que una sesión en ropa interior y está embarazada? ¿De ti? —repito mi pregunta e ignoro al padre de Alexander.

—Solo fue la sesión de fotos y un único beso. Para las cámaras, eso fue todo.

—Ah... ¿antes no hubo nada? Ahora es un beso, una sesión en ropa interior, ¿y qué será lo siguiente? ¿También recordarás el sexo? —la náusea crece dentro de mí. Mi mano se mueve involuntariamente hacia mi vientre. Justo iba a contarle sobre nuestro bebé. Sobre nuestro futuro. Y ahora... No quiero oír estas historias mentirosas.

—Tengo que salir de aquí —digo sin emoción. Mi silla rechina contra el suelo cuando me levanto.

—¡Anna, espera! —Alexander agarra mi brazo—. Déjame...

—¿Qué? —Me suelto bruscamente—. ¿Explicar? ¿Como me explicaste que no había nada entre vosotros? ¿Que podía confiar en ti?

—¡En verdad no hubo nada! Ella... —Se detiene, buscando palabras. Su vacilación dice más que mil explicaciones.

—No mientas —susurro—. No otra vez. ¡No como todas las veces anteriores!

Las lágrimas me queman los ojos. Me doy la vuelta, tropezando hacia la salida. Tras de mí oigo la voz de Alexander, la de su padre, el murmullo de los otros invitados.

El aire cálido de la noche me golpea como una bofetada. Empiezo a correr. Lejos de aquí, lejos de él, lejos de todo.

—¡Anna! —oigo gritar a Alexander—. ¡Por favor! ¡Hablemos!

Sus pasos detrás de mí. Como aquella vez que me persiguió. Cuando le di una segunda oportunidad. Qué estúpida fui.

Doblo en una calle lateral, luego en otra. Mis pies me duelen dentro de los tacones altos, pero sigo corriendo. Esta vez no me alcanzará. Esta vez no quiero ser alcanzada.

Un taxi baja por la calle. Le hago señas frenéticas, abro la puerta de un tirón.

—¡Anna! —La voz de Alexander está más cerca—. ¡Por favor!

—Arranque —le digo al conductor mientras subo—. Rápido.

El taxi se pone en marcha. En el retrovisor veo a Alexander parado en medio de la calle. Su figura se va haciendo más pequeña, desaparece.

Mi móvil vibra sin parar. Mensajes, llamadas. Lo apago.

Las luces de la ciudad pasan a mi lado. En mi cabeza se repiten los titulares, el silencio de Alexander, su vacilación.

Mi mano descansa sobre mi vientre. Protectora. Como si pudiera preservar a nuestro hijo de todo este dolor.

—¿Está bien, señorita? —pregunta el taxista preocupado.

Niego con la cabeza. Nada está bien. Nada en absoluto.

Las lágrimas brotan ahora, calientes y amargas. Las dejo correr.

Esta vez no hay segunda oportunidad. Ni explicaciones. Ni excusas.

Esta vez se acabó.

Definitivamente.

# Capítulo 21

## Alexander

Nueva York de noche. Desde mi despacho aquí arriba, la ciudad parece un mar de luces. Normalmente esta vista me relaja. Hoy no.

Estoy sentado en la oscuridad, solo la pantalla de mi portátil arroja una luz azulada. Por centésima vez compruebo mi móvil. Ningún mensaje de Anna. Su teléfono está apagado. Simplemente no puedo contactar con ella.

—Maldita sea —lanzo mi smartphone sobre el escritorio. Las últimas horas pasan como una película ante mis ojos. La cara de Anna cuando salió corriendo y se subió al taxi. Ya estaba en un taxi y le había dicho al conductor que la siguiera, pero luego cancelé. Quizás simplemente necesitaba tiempo. Seguramente no habría mejorado las cosas si la hubiera seguido.

Pero ahora me arrepiento. ¿Y si la he perdido para siempre? La única maldita razón por la que dudé fue la sesión de fotos para Vogue, con las fotos inéditas de nosotros en ropa interior, posando en la cama. No quería mentirle de nuevo a Anna, pero tampoco exponer ante todo el mundo esa vergonzosa sesión. Ahora para ella suena como si me hubiera acostado con Miranda.

Mi móvil vibra. Lo agarro con prisa. Pero solo es mi padre, que no ha dejado de enviar mensajes desde lo ocurrido en el restaurante. "Mira esto. Quizás así lo entiendas por fin". Un enlace a un video. No quiero abrirlo. No quiero oír nada más sobre esta historia. Pero mis dedos se mueven solos.

Aparece el directo de un canal de noticias. Miranda está sentada en un estudio, perfectamente arreglada como siempre. A su lado, un reportero.

—Señorita Harold, esta noticia ha sorprendido a todos hoy —dice—. ¿Puede contarnos más?

Miranda sonríe con su sonrisa de escenario. —Por supuesto. Estoy embarazada de tres meses. El padre es Alexander Morgan —Mis manos se cierran en puños—. Mentirosa —siseo.

—Un giro sorprendente —dice el reportero—. Después de todo, ¿no canceló usted la boda con el señor Morgan?

—Así es —baja la mirada. Falsa modestia—. No se puede elegir dónde cae el amor, ¿sabe?

—¿Y ahora qué?

—Ahora... —respira hondo—. Ahora debo ser sincera. Con Alexander, con el público y sobre todo conmigo misma.

La cámara hace un zoom. Dramaturgia perfecta.

—Estoy embarazada de él. Pero no lo amo —se gira hacia un lado—. Amo a otro hombre.

La cámara se desplaza. En el fondo hay un hombre grande y musculoso. Reconozco su cara. Es su guardaespaldas.

—Jake y yo... —Miranda toma su mano—. Simplemente ocurrió. No queríamos, pero...

Me levanto de un salto, caminando de un lado a otro en la oficina. Así que este es su gran plan. Hacerme quedar como el malo mientras ella interpreta a la heroína trágica.

Mi móvil vibra. Un mensaje de mi padre: "¿Ves ahora lo que has causado? Podríamos haberlo evitado".

Escribo una respuesta: "¿Evitarlo? Venga ya".

Su respuesta llega al instante: "Todo se puede arreglar. Si uno está suficientemente dispuesto, hijo".

La ira crece en mí. Caliente y clara. "¿Pensabas que yo haría de marido, me la follaría y todo estaría bien? ¿Has pensado alguna vez en mí y en lo que yo quiero?"

"Se trata de algo más que de ti, Alexander. La fusión, la empresa..."

Tiro el móvil sobre mi escritorio. Me gustaría lanzarlo por la ventana.

El vídeo sigue reproduciéndose. Miranda ahora llora con maestría. — Espero que Alexander pueda perdonarme. Es una buena persona. Demasiado buena para mí.

Cierro el portátil. El silencio se instala.

Anna. Tengo que hablar con ella. Mostrarle la verdad. Pero su teléfono está apagado. Tengo su dirección del expediente de personal, ¿quizás debería ir directamente? ¿Pero entonces qué? ¿Y si no quiere hablar?

En lugar de eso, escribo un mensaje: "Querida Anna, si estás leyendo esto..." Me detengo. Lo borro todo. Nada de mensajes. Tengo que decírselo personalmente, también lo de la sesión de fotos. No más secretos. Voy a luchar. Por ella. Por nosotros.

Y lo peor es que no entiendo qué está tramando Miranda. ¡Todo estaba claro entre nosotros! Claro que era un matrimonio falso. Claro que no queríamos nada el uno del otro. ¿Por qué este espectáculo? ¿Por qué este teatro mediático? ¿Qué demonios quiere? Estábamos de acuerdo en que el matrimonio falso no tenía importancia para ninguno de los dos. Pero evidentemente ella sigue una estrategia completamente diferente.

La vibración de mi móvil me saca de nuevo de mis pensamientos. Otra vez mi padre. Quiero ignorar el mensaje, pero la vista previa despierta mi interés:

"Los Harold lo están haciendo a propósito. Acaba de llamarme el abogado. Robert Harold está peor. No pinta bien".

Me detengo y no sé qué responder. ¿Ahora mi padre se preocupa por Robert Harold? Normalmente le dan igual los demás. ¿Y cómo sabe esto de los abogados de los Harold? Veo que sigue escribiendo, así que espero antes de contestar. "La fusión se ha cancelado. Sus abogados amenazan con demandas. Miles de millones, Alexander. Quieren llevarnos a la ruina".

Me río. Tiene que ser una broma de mal gusto.

"¿Miles de millones? ¿Por qué?"

"Difamación. Manutención de tu hijo y, sobre todo, los planes secretos han salido a la luz de alguna manera".

"Joder", escribo.

"Sí, joder. ¿Tu señorita Meyer no tendrá algo que ver, por casualidad?"

"Padre, ni se te ocurra. Ella está limpia. Por ella pongo la mano en el fuego".

"¡Si tú lo dices, hijo! Pero no pinta bien para nosotros".

"Claro que es molesto, pero la empresa está en buena posición", tecleo. "Conozco los números. Superaremos esto".

"No conoces los números", responde inmediatamente. "Solo conoces lo que yo te he dejado ver".

Algo frío me recorre la espalda.

—¿Qué quieres decir con eso? —escribo mientras espero.

—Mañana por la mañana, a las 7, en mi despacho. Entonces te enterarás de todo.

—No. Ahora mismo.

—Necesito dormir sobre ello, hijo mío. ¡Deberías hacer lo mismo!

Dejo el móvil a un lado, abro el portátil y empiezo a buscar. Accedo a los informes trimestrales, examino los informes de flujo de caja y los análisis DAFO. Todo parece normal. ¿Demasiado normal?

Después de horas, mi mirada se fija en una pequeña carpeta: "Proyecto_RH". Extraño. No la conozco.

Protegida con contraseña.

Intento todas las combinaciones habituales. Nada.

Maldita sea.

Llamo frenéticamente al número de nuestro jefe de informática. Contesta al tercer tono. —¿Sr. Morgan? ¿A estas horas?

—Dave, necesito acceso a la carpeta Proyecto_RH. Inmediatamente.

Silencio al otro lado. —Eso... eso no puedo hacerlo, señor. Órdenes estrictas de su padre.

Mi estómago se contrae. —Dave, soy el maldito director general.

—Lo siento mucho.

La línea se corta.

El sudor me corre por el cuello. ¿Qué diablos está pasando aquí?

Abro el balance del último trimestre. Las cifras se difuminan ante mis ojos. Algo no encaja. Las sumas... son demasiado redondas. Demasiado perfectas.

Entonces abro de nuevo la carpeta y me propongo probar todas las combinaciones imaginables. Voy a llegar al fondo de esto. Aquí y ahora.

Por mí.

Quiero saber de una vez qué está pasando.

Y sobre todo. Por Anna.

# Capítulo 22

## Anna

Mi despertador marca las 7:13. Llevo una hora despierta, mirando al techo. La noche ha sido un infierno. Siempre las mismas imágenes: Alexander en el restaurante. Su padre contando la verdad. El silencio de Alexander y luego todos esos mensajes en redes sociales donde Miranda revela lo que realmente pasó.

Isa me llamó ayer, quería hablar. Pero no pude. No quise. Me froto las sienes. Me retumba la cabeza. Demasiado poco sueño, demasiadas lágrimas.

—Vale —murmuro—. Levántate. La vida sigue.

Justo cuando saco las piernas de la cama, alguien aporreea mi puerta. Al mismo tiempo suena el timbre.

¿Isa? ¿Acaso está preocupada? Pero ¿por qué golpea así la puerta? ¿Ha pasado algo? ¿Algo más? No sé cuántas noticias más puedo

soportar.

—¡Anna! —resuena una voz amortiguada a través de la puerta y mi corazón se salta un latido. No es Isa. Es... Alexander—. Por favor. Sé que estás ahí.

Me pongo rápidamente un albornoz, me miro en el espejo. Dios, tengo un aspecto horrible. ¿Qué debo hacer? ¿De dónde ha sacado mi dirección? Seguro que de los archivos de personal. Pero... Me deslizo hasta la cocina, intentando no hacer ningún ruido, queriendo simplemente fingir que no estoy en casa.

—Anna, por favor. Cinco minutos.

Su voz suena ronca. Diferente. Pienso en el bebé y sé que tendré que decírselo en algún momento. Así que ¿por qué no ahora, ya que está aquí? No me dejaré engatusar y le diré las cosas claras y... Con dedos temblorosos abro la puerta.

Alexander está ahí, con el mismo traje que ayer. La corbata floja, la camisa arrugada. Ojeras oscuras bajo los ojos.

—Tienes un aspecto horrible —le digo.

Una sonrisa cansada cruza su rostro.

—Tú también.

Nos quedamos de pie frente a frente. El aire chisporrotea, aunque no quiera admitirlo.

—¿Puedo entrar?

Debería decir que no. Debería cerrar la puerta de golpe. Pero...

—No —digo—. ¿Qué quieres? Sé breve.

—¿Aquí entre la puerta y la pared? —pregunta. Nos miramos en silencio. Intento no ceder y, sobre todo, no echarme a llorar otra vez, y me pregunto cuánto tiempo podré sostenerle la mirada.

Aparentemente lo suficiente, porque asiente brevemente.

—Está bien.

—Alexander, ¿qué haces aquí? ¿Qué significa esta visita tan temprano?

—Nunca me acosté con Miranda —suelta de golpe.

Las palabras quedan suspendidas en el aire.

—¿Qué?

—La sesión de fotos. Esas estúpidas fotos en ropa interior en la cama —se pasa la mano por el pelo—. Quería decírtelo. Pero me pareció tan ridículo. La boda ya se había cancelado y la portada no se iba a publicar. Yo quería...

—Deberías habérmelo dicho de todas formas.

—Lo sé. Fue estúpido por mi parte —intenta cogerme la mano. La retiro—. No más secretos. Lo prometo.

—¿Y qué hay de su embarazo? —pregunto—. Del embarazo de Miranda —añado, pensando en el hijo suyo que llevo en mi vientre.

—Imposible —se ríe con amargura—. Es de Jake, o es mentira, o se ha inseminado ella misma.

Quiero creerle. Lo deseo tanto.

—¿Por qué está haciendo esto?

—Eso es lo que intento averiguar desde ayer —quiere cogerme la mano de nuevo, pero nota que me echo atrás, así que lo deja—. Aquí está pasando algo. Algo grande.

—¿Qué quieres decir?

Y entonces me cuenta sobre la última noche, que la pasó en su oficina frente al ordenador, de la conversación con su padre, las insinuaciones, la misteriosa carpeta, los balances, entrando en tantos detalles que solo entiendo la mitad.

—¿Proyecto RH? —pregunto.

—Robert Harold. El padre de Miranda —Alexander se inclina hacia delante—. Anna, la empresa... no pinta bien. Mi padre lleva años... todavía no sé qué exactamente. Creo que ha malversado fondos. Es grave.

Miro al suelo y siento que me mareo. Es demasiado.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Porque... —vacila—. Porque eres la única en quien confío.

Ahora lo miro. De verdad.

—No has dormido, ¿verdad?

Niega con la cabeza.

—Solo sé que aquí hay algo turbio. Se está jugando algún juego más grande y es la razón por la que entre nosotros siempre sale todo mal. Y creo que todos están metidos: mi padre, el viejo Harold, Miranda... todos.

—Pero... —intento procesar lo que me ha dicho—. ¿Por qué piensas eso? ¿Qué había en la carpeta?

—Números. Contratos. Todavía no lo he revisado todo —mete la mano en el bolsillo de su chaqueta y saca un pendrive—. Pero lo que he visto... Anna, la empresa podría estar en quiebra. O a punto.

—¿Morgan Industries? ¿En quiebra?

Alexander asiente lentamente y da un paso hacia mí. Mi corazón late con fuerza. Está demasiado cerca. Muchísimo.

—Anna —su voz ahora es muy baja—. Sé que todo esto suena a locura. Pero tengo que aclararlo. Por la empresa —da otro paso—. Por nosotros.

—¿Nosotros? —mi voz tiembla y es apenas un susurro. Debería cerrar la puerta urgentemente, apartarlo, gritarle y evitar que me vuelva a hacer daño. ¿Y si lo de Miranda es solo una mentira?

¿Puedo creerle realmente que no pasó nada? Quiero hacerlo. Muchísimo. Parece alterado y sincero. ¿Y si tiene razón y...?

—Sí, por nosotros —su mano acaricia mi mejilla. Debería echarme atrás, pero no puedo—. Estoy loco por ti, Anna. Y más aún...

—Alexander, yo...

—Déjame terminar —sus ojos buscan los míos—. Voy a averiguar qué está pasando aquí. Qué juego se traen mi padre y Miranda. O quienquiera que esté involucrado. Y entonces... —apoya su frente en la mía—. Entonces solo te querré a ti. Nada más.

Su aliento roza mis labios. Todo en mí grita que debo huir. Que esto es un error. Que primero debo comprobar si dice la verdad y sobre todo: que debo contarle lo del bebé. Pero entonces me besa. Muy suavemente. Como una promesa.

El mundo a nuestro alrededor se difumina por un momento. Luego la realidad regresa. Y con toda la fuerza que todavía puedo reunir, lo aparto. —No —mi voz suena más firme de lo que me siento—. No quiero ser tu conejita de cama. O lo que sea que soy o fui para ti.

—¡No eres eso!

—¿Ah, no? —Me río con amargura—. Pues así es como me sentí con el despido y también ayer, y además hay una cosa que no sabes de mí, yo...

Me interrumpe besándome de nuevo. Esta vez con más intensidad. Antes de que pueda apartarlo, se separa y acaricia mi mejilla con ternura y suavidad. —Voy a aclarar esto —murmura contra mis labios—. Todo saldrá bien.

—Alexander, por favor. Tienes que escucharme. Es importante...

—Quiero saberlo todo sobre ti, Anna. Absolutamente todo. Pero primero quiero ganármelo. Todo o nada. Cuéntamelo cuando haya aclarado esto, ¿vale? ¡Entonces tendremos tiempo! ¡Para nosotros! Todo el que quieras. Me pondré en contacto en cuanto sepa más.

Y entonces se va. La puerta se cierra de golpe.

Me deslizo hasta el suelo con la espalda contra la pared y coloco una mano sobre mi vientre abultado. —Genial —susurro—. Esto ha salido exactamente como lo planeé.

Mi móvil vibra. Un mensaje suyo: "Ya te echo de menos. Y voy en serio".

Quiero creerle. Pero, ¿y si descubre que realmente hay un bebé? ¡Su bebé! En mi vientre.

Escribo una respuesta, la borro otra vez. ¿Qué debería escribir? "Oye, por cierto, ¡YO soy la que está embarazada de ti!"

En lugar de eso, me levanto y voy al baño. En el espejo veo a una mujer que apenas reconozco. Con los ojos llorosos, confundida, enamorada. Cuando en realidad debería odiarlo, desconfiar de él. Pero no puedo evitar desear que me bese de nuevo.

—Contrólate —le digo a mi reflejo—. Puedes con esto. Con él o sin él.

Pero cuando me meto en la ducha, todavía siento sus labios sobre los míos. Sus palabras resuenan en mi cabeza. "Todo o nada".

Si tan solo lo dijera en serio. Si solo supiera lo que significa "todo" en este caso.

Un bebé. Su empresa al borde del abismo. Miranda, que afirma estar embarazada de él. Y solo tengo su palabra de que no es así. ¿Qué debo hacer? ¿Exigir una prueba de ADN? En realidad, sería legítimo y me pregunto por qué no se me ocurrió antes, cuando estaba en la puerta.

Pero parecía tan... diferente... tan vulnerable.

Es comprensible, si es cierto que su padre hace negocios turbios. Eso también me volvería loca en su lugar.

Es un lío enorme. Y yo estoy en medio. La ex asistente embarazada, ex organizadora de bodas, ex algo, que se ha enamorado del hombre equivocado.

El agua cae sobre mí, pero los pensamientos no se pueden lavar.

Salgo de la ducha, me seco, me visto y entonces oigo la vibración de mi móvil. Es Isa.

—Hola —digo cansada.

—Dios mío, suenas fatal. Voy para allá.

—No, yo... —dudo—. En realidad... sí, ven. Creo que te necesito.

—Estoy ahí en veinte minutos. Con desayuno.

Cuelgo y miro de nuevo al espejo.

—Todo o nada —susurro.

Pero, ¿qué es "todo", cuando solo conoces la mitad de la verdad?

# Capítulo 23

## Alexander

Tres días. Setenta y dos horas. Miro fijamente mi móvil y veo el último mensaje que Anna me envió, después de que le pidiera vernos y quisiera ponerla al día. «Necesito tiempo. Por favor, entiéndelo. Creo que nos vendrá bien algo de distancia.»

Por supuesto que lo entiendo. Después de todo lo que ha pasado. Después de todas las mentiras y secretos, el despido, la boda falsa, la visita al restaurante. Seguramente su amiga le habrá aconsejado así, algo que cualquier buena amiga haría. Y sin embargo...

—¿Señor Morgan? —Mi asistente está en la puerta—. Su padre está al teléfono.

—Dígale que estoy en una reunión.

—Eso mismo le dijo ayer. Y anteayer.

Me froto los ojos.

—Entonces estoy muy ocupado.

Ella vacila.

—Dice que es urgente. Sobre los resultados trimestrales.

—Por supuesto que lo es. —Me levanto y voy hacia la ventana—. Dígale que le devolveré la llamada.

Cuando se marcha, cojo mi móvil y escribo un mensaje para Anna. «Te echo de menos». Luego lo borro. «¿Podemos hablar?». También borro eso.

Su penúltimo mensaje se me clava en el cerebro: «Si Miranda realmente no está embarazada de ti, ¿por qué no exiges una prueba de ADN?».

La pregunta me golpeó. No porque dude —tiene todo el derecho—. Quizás me pasaría lo mismo si estuviera en su lugar. No, la pregunta me golpeó porque yo mismo no había caído en ello.

Mi mirada se dirige a las impresiones sobre mi escritorio. Columnas de números, balances, contratos. Llevo días escarbando en el contenido de la carpeta.

El teléfono vibra. Mi padre, otra vez.

—¿Ha encontrado algo? —pregunta una voz detrás de mí.

Me doy la vuelta. Dave, nuestro jefe de informática, está en la puerta.

—¿Cómo ha...?

—Su asistente me ha dejado pasar. —Cierra la puerta—. Debería tener más cuidado con esos documentos.

—¿Por qué?

—Porque su padre no es el único que tiene acceso a los servidores. —Dave se acerca—. Y porque algunas personas podrían estar muy interesadas en lo que está haciendo.

Recojo rápidamente los papeles.

—¿Qué quiere?

—Ayudar. —Saca un sobre de su chaqueta—. Esto... debería echarle un vistazo.

—¿Qué es?

—Los números reales. De hace cinco años. —Deja el sobre sobre mi escritorio—. Compárelos con los de la carpeta RH.

—¿Cómo...?

—Llevo 15 años trabajando aquí, señor Morgan. Uno ve cosas.

Con eso se marcha. Me deja con el sobre.

Mis manos tiemblan cuando lo abro. Los números se difuminan ante mis ojos. Entonces lo veo.

—Mierda —susurro.

Cojo el teléfono y pulso el pequeño botón que me conecta con mi asistente.

—Necesito concertar una cita. Es sobre Miranda Harold y una prueba de ADN.

Luego abro mi portátil y escribo los números que Dave me ha traído. Uno tras otro.

Pasan las horas. El cielo fuera oscurece.

Entonces lo veo. El patrón. Los desvíos.

—No puede ser...

Millones. Desviados durante años. Escondidos. Malversados.

¡Mierda!

Pienso frenéticamente en qué debo hacer ahora. ¿Llamar a Anna? ¿Contarle todo? Mi instinto me dice que sería lo correcto. Es la mujer que no puedo quitarme de la cabeza. Pero he prometido aclararlo y no quiero molestarla con resultados parciales.

Entonces se me ocurre una idea: con dedos temblorosos, me desplazo por mis contactos mientras los números en la pantalla se difuminan ante mis ojos. Me detengo en «Mike Thompson», el

nombre despierta recuerdos de nuestros tiempos universitarios y un incidente muy particular en el que le salvé el cuello más de una vez. Sin pensarlo mucho, pulso «Llamar». Trabaja en la CIA y quizás sea exactamente el hombre que puede ayudarme ahora.

—Thompson. —Su voz suena profesional y distante.

—¿Mike? Soy Alex Morgan. —El silencio al otro lado de la línea es elocuente, casi como si hubiera estado esperando mi llamada.

—¿Alexander? —Una breve risa—. Vaya sorpresa. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Seis, siete años?

—Quizás incluso más —digo.

—Joder, ¿te acuerdas todavía de lo del equipo de baloncesto? —pregunta y se ríe. Me recuesto en mi silla, con los documentos extendidos ante mí como un complicado rompecabezas, y me obligo a escucharlo antes de lanzarme con mi petición—. Cuando fallé el tiro libre casi al final del partido, ¿pero tú cogiste el rebote y lo encestaste para ganar? Eso realmente me salvó el culo.

—Más bien te salvó de una paliza de los chicos, dirás —digo, y una sonrisa fugaz cruza mi rostro al recordar aquella época despreocupada.

—Seguro que no llamas por los viejos tiempos, ¿verdad? ¿Qué necesitas, Alex? —pregunta, y me alegro de que vaya directo al grano, sin que tenga que hacer ninguna transición.

—Tu experiencia. —Respiro hondo, sabiendo que esto lo cambiará todo—. Tanto como viejo amigo como agente de la CIA.

El silencio que sigue pesa como el plomo.

—¿Qué ocurre?

Le cuento todo lo que tengo sin omitir nada. Le informo sobre las cuentas offshore, los flujos de dinero encubiertos, los millones que aparecen de la nada y desaparecen en ninguna parte. Mi voz suena ronca. Se trata de Morgan Industries.

—Se trata de tu padre, quieres decir —no es una pregunta.

Me sobresalto, aunque él no pueda verme. —De nuestra empresa. Yo soy el director general. Mi padre... —me detengo—. Sí, él construyó todo esto. Tiene que ver... Yo... no sé exactamente cómo.

—Vale, Alex —se oye el crujido de papeles al fondo—. Envíame todo lo que tengas. Dame 24 horas.

—Gracias —después terminamos la conversación y tras fracasar dos veces al intentar enviar los documentos por correo, vuelvo a llamar a Dave de informática, quien idea una forma de transmitir los datos a Mike de manera segura.

Luego toca esperar. Noto lo nervioso que estoy y me pregunto si fue correcto recurrir a Mike. ¿Y si esto manda a mi padre a la cárcel, o a mí?

Mierda, ¿no debería haber reflexionado antes de actuar? ¿Tiene razón mi padre? ¿Soy demasiado impulsivo y en realidad no sirvo como director general?

¿Y por qué Mike me ofreció ayuda de inmediato y no pareció nada sorprendido? ¿La CIA ya estaba al tanto? Siento cómo mis

pensamientos se atropellan y me pregunto si estoy camino a volverme loco.

***

Cuando Mike llama a la noche siguiente, ya voy por el tercer espresso y soy un manojo de nervios; apenas he dormido, no he trabajado y he escrito a Anna Dios sabe cuántos mensajes que nunca he enviado. La he llamado y me ha rechazado la llamada, lo que puedo entender. Solo le he escrito un mensaje: que hay novedades y que pronto todo saldrá a la luz. Y espero que sea cierto.

—¿Alexander? —su voz suena diferente a la de ayer, tensa—. ¿Estás solo?

—Sí, qué...

—Tu padre está metido hasta el cuello —me interrumpe sin rodeos —. La evasión fiscal es el menor de los problemas. Hablamos de blanqueo sistemático de dinero, conexiones con carteles internacionales, socios comerciales dudosos en países que ni siquiera tienen acuerdos de extradición.

—¿Y qué significa eso? ¿Para él? —pregunto vacilante.

—No puedo decírtelo en este momento. Pero lo único seguro es... — se detiene.

—¿Y para mí? —pregunto y noto cómo me tiembla la voz—. ¿Como director general?

Mike suspira profundamente. —Sinceramente? No pinta bien. La fiscalía hará preguntas. Muchas preguntas.

—¡Pero yo no sabía nada!

—Eso tendremos que demostrarlo —hace una pausa—. Alex, escucha. Deberías contratar a un abogado. Uno condenadamente bueno.

Me dejo caer en mi silla, mirando fijamente por la ventana de mi oficina. Las luces de la ciudad se difuminan ante mis ojos. —Voy a ir a la cárcel, ¿verdad?

—No si puedo evitarlo —su voz se suaviza—. Pero debes confiar en mí. Completamente.

Pienso en Anna. En su sonrisa. En nuestro último beso. —Hay algo más, Mike.

—¿Qué?

—Una mujer —las palabras me salen con dificultad—. Ella... lo significa todo para mí. Y ya he estropeado muchas cosas.

—¿Quién es?

—Anna Meyer. Mi antigua asistente —añado rápidamente, antes de que sospeche—. Nunca estuvo involucrada en todo esto. Pero si la prensa...

—Su dirección —me interrumpe—. Necesito su dirección.

Dudo. —¿Para qué?

—Alexander —su voz se vuelve severa—. Confía en mí. Su dirección. Ahora.

Con el corazón pesado, se la doy.

Escucho el tecleo al otro lado de la línea.

—Un momento... —de repente suena alarmado—. Anna Meyer... aparece en los documentos.

Mi corazón se detiene. —¿Qué? No, eso... eso es imposible.

—Déjame verificarlo —dice rápidamente—. No te preocupes. Podría ser una coincidencia. Es un nombre bastante común.

—Mike, si le pasa algo...

—Yo me encargo. Quédate donde estás.

Cuelga. Miro fijamente mi móvil, como si pudiera darme respuestas. ¿Anna en los documentos? ¿Cómo es posible? No he visto su nombre y no entiendo en absoluto en qué dirección está evolucionando todo esto. Desconcertado, me quedo mirando al vacío pensando en cómo sería la vida en prisión para mí y para mi padre, y que seguramente esto me costará todo lo que he tenido en mi vida y, sobre todo, una cosa: la relación con Anna. Esta vez definitivamente.

Mi teléfono suena y me saca de mis pensamientos. Miro la pantalla y veo cuatro letras que hacen que mi corazón dé un vuelco. A N N A.

Mi corazón se acelera. No me ha llamado, nunca me ha contactado. Pero ahora lo hace. ¿Debería decirle que Mike preguntó por su dirección? ¿Y decirle que aparece en los documentos y...

—¿Anna? —mi voz suena ronca.

—¡Alexander! —suena pánico, sin aliento. Oigo ruidos de fondo—. ¿Quiénes son esta gente?

—¿Qué gente? Anna, ¿qué ocurre?

—Hombres con trajes negros. Enmascarados. Están... están frente a mi puerta —su voz se quiebra—. Alexander, ¿qué está pasando? Están gritando algo sobre... —luego un fuerte estruendo en la línea.

¿Hombres con trajes negros y máscaras? No pueden ser los hombres de Mike y jamás llegarían tan rápido a casa de Anna.

—Anna, escúchame. No les dejes entrar. Voy ahora mismo...

Un fuerte estruendo me interrumpe y oigo gritar a Anna.

—¡Anna!

Voces de fondo. Voces masculinas. Algo cae al suelo. El sonido de cristales rompiéndose.

—¡ANNA!

La línea se corta.

—¡Joder!

# Capítulo 24

## Anna

**El mismo día – poco antes**

Mi móvil suena. Una llamada de Alexander. Me quedo mirando su foto en la pantalla y suspiro mientras rechazo la llamada.

—Tienes que ser fuerte —me dijo Isa hace tres días cuando le conté todo—. La distancia es lo mejor ahora. Para los dos.

Naturalmente tiene razón. Como siempre. Por eso le escribí que necesitaba tiempo.

Mi móvil vibra. Un mensaje suyo: "Pronto todo saldrá a la luz. Te lo prometo. Entonces podré contártelo todo".

Leo las palabras una y otra vez. ¿Qué quiere decir con eso? ¿La prueba de ADN de Miranda? ¿La habrá hecho ya siquiera? ¿O se trata de esas extrañas insinuaciones sobre la empresa de su padre?

Y además: ¿importa realmente todo eso cuando sepa que su hijo está creciendo en mi vientre?

—Ten cuidado —oigo la voz de Isa en mi cabeza—. Quizás esto sea otro de sus juegos. No sería la primera vez.

El pensamiento me golpea más fuerte de lo que debería. La boda falsa también fue uno de sus juegos. La teoría de Isa no está tan descabellada. ¿Quizás solo quiere salvar su pellejo?

Mi móvil zumba de nuevo. Un mensaje de Rick, mi jefe. Al menos creo o espero que siga siendo mi jefe. La última llamada fue bastante ambigua, algo que no puedo reprocharle después de cómo terminó la boda Morgan-Harold y que me vieran como wedding planner en el café con el novio. El sentimiento de culpa se arrastra dentro de mí.

—Ahora mismo es difícil conseguir nuevos encargos. La gente sigue hablando demasiado sobre la boda Morgan.

Trago saliva. —Entiendo. Lo siento de verdad.

—Dejemos que las aguas se calmen primero. Me pondré en contacto contigo cuando surja algo.

Ni una palabra de ánimo. Ni un "Ya pasará" o "No es culpa tuya". Nada.

En cierto modo es lógico, porque para él debe parecer que yo acepté este caos. Suspirando, abro mi portátil y entro en la mediateca. Un culebrón me distraerá. Quizás haya alguna serie ligera en Netflix que me distraiga hasta que tenga las ideas claras... aunque dudo que

pueda encontrar claridad en medio de todo este caos. Pero la página de inicio carga primero las noticias:

*ESCÁNDALO MORGAN: La ex prometida embarazada habla claro. El CEO playboy abandona a mujer e hijo. Informante revela: Así de manipulador es realmente Alexander Morgan.*

Irritada, cierro el portátil de nuevo y cuando mi móvil suena otra vez, me pregunto si no debería simplemente tirarlo a la basura e irme al campo una temporada. Sin teléfono, sin televisión ni internet. Descarto la idea porque sé que huir no sirve de nada y que mis pensamientos, dudas y sentimientos de culpa solo me alcanzarían con más fuerza. Así que cojo el móvil y compruebo aliviada que el mensaje es de Isa. Mi único rayo de esperanza en estos momentos.

"¡Hola, guapa! Estoy en tu casa en 30 minutos. ¿Quieres que te lleve los muffins de chocolate de Joey's?"

Una sonrisa cruza mi rostro. ¿Qué haría yo sin ella?

"Eres un ángel", le respondo. "¡Sí, por favor!"

"Todo saldrá bien", contesta. "Lo resolveremos juntas".

Me acurruco más profundamente bajo la manta del sofá, enciendo la tele y decido intentarlo con la televisión tradicional, ya que ahí no tengo que ver las noticias antes. Pero cuando encuentro el canal de los culebrones, justo están poniendo un anuncio de vestidos de novia. Justo lo que me faltaba.

"Pronto todo saldrá a la luz", las líneas del mensaje de Alexander cruzan mi mente mientras busco otro canal y finalmente me quedo en un documental sobre la selva tropical. Un tema inofensivo y

seguramente en el Discovery Channel no pondrán anuncios de novias entre medias.

Pero mis pensamientos no me dejan en paz. Sea lo que sea ese "todo", ya no sé si puedo creerle. O si quiero.

Isa tiene razón. Ya jugó una vez con mis sentimientos. La pregunta es: ¿lo está haciendo de nuevo?

Poco después, el timbre de la puerta me saca de mis pensamientos. Debe ser Isa con los muffins prometidos. Un sentimiento cálido se extiende por mi pecho. Al menos puedo contar con ella.

***

Me dirijo a la puerta, con una sonrisa ya en los labios, lista para saludar a Isa. Pero cuando miro por la mirilla, la sangre se me congela en las venas. No es Isa.

En su lugar hay tres hombres con trajes negros. Sus rostros están cubiertos por máscaras.

Mi corazón se acelera. —¿Quién... quién está ahí? —grito con voz temblorosa a través de la puerta cerrada.

—¿Señorita Meyer? —La voz suena mecánica, sin emoción—. Tenemos que hablar con usted.

—¿Qué queréis de mí?

—Seguro que sabe algo sobre el asunto en el que está metido el señor Morgan, ¿verdad?

¿Alexander? ¿Qué tiene que ver él con esto? El pánico crece dentro de mí. Coloco la pequeña cadena de la puerta, ese tipo de cierre adicional que me parece ridículamente débil contra estos tres hombres, y me pregunto qué hacer. Rápidamente agarro mi móvil y con dedos temblorosos marco su número, mientras detrás de mí siguen golpeando la puerta cada vez con más fuerza.

Contesta inmediatamente.

—¿Anna?

—¡Alexander! —Mi voz se quiebra—. ¿Quiénes son esta gente?

—¿Qué gente? Anna, ¿qué está pasando?

—Hombres con trajes negros. Enmascarados. Están... están frente a mi puerta. —Las palabras brotan de mí—. Alexander, ¿qué está pasando? Están diciendo algo sobre...

Un estruendo ensordecedor me hace dar la vuelta. La puerta se astilla fuera de sus bisagras.

Grito.

—¡Anna! Escúchame. No les dejes entrar. Estoy ahí en un momento...

Me arrancan el teléfono de la mano. Cae al suelo.

—¡NO! —Me defiendo cuando unas manos se cierran alrededor de mis brazos—. ¡Suéltenme!

—Señorita Meyer, no se resista. Solo lo empeorará —Pero no escucho y golpeo con más fuerza y como una salvaje. Pero contra tres hombres que son todo menos débiles, no tengo ninguna posibilidad.

—¡SOCORRO! —grito—. ¡POR FAVOR! ¡AYUDA!

Pero nadie viene. Ni vecinos. Ni transeúntes. Y cuando uno de los tres me presiona un trozo de cinta adhesiva en la boca, mis posibilidades de hacerme notar disminuyen drásticamente.

Pero no me rindo, me zafo, corro por mi apartamento, intento ganar tiempo, grito de nuevo, vuelven a atraparme y poco después tengo otra vez cinta adhesiva en mi boca. Uno de los hombres me sujeta las manos detrás de la espalda como si estuvieran fijadas en un tornillo de banco. Ya no puedo liberarme. Me arrastran hacia la puerta rota, fuera del apartamento, escaleras abajo. Pateo e intento zafarme. Inútil. Los agarres se hacen cada vez más fuertes y no sé qué más hacer mientras me pregunto qué está pasando.

Cuando se abre la puerta principal abajo, albergo un poco de esperanza. Pero es solo un cuarto hombre con el mismo atuendo, y justo delante de la entrada hay una furgoneta blanca que bloquea cualquier mirada y no me da ninguna oportunidad de llamar la atención de los transeúntes. La puerta corredera está abierta como una boca hambrienta.

—Por favor —suplico a través de la mordaza y siento cómo las lágrimas me suben a los ojos.

Un horror frío me atraviesa cuando me siguen empujando hacia la furgoneta. ¿Es esto? ¿Mi fin? ¿Así termina? ¿Conmigo y el bebé en una furgoneta blanca?

—Suba —dice uno de los hombres.

Una mano en mi espalda me empuja hacia delante. Intento resistirme con todas mis fuerzas, porque sé que si entro ahí... entonces estaré perdida.

De repente, uno de los hombres grita. Me empujan hacia un lado y entonces todo sucede muy rápido. Se oyen disparos. Uno de los hombres que me sujetan maldice y sale corriendo. Respiro jadeante y aunque ya nadie me sujeta, me quedo paralizada, ni siquiera me quito la cinta adhesiva de la boca y siento cómo me invade el sudor del miedo. Intento respirar, pero tengo la sensación de que apenas puedo conseguir aire.

—¡FBI! ¡Todos al suelo!

Más disparos. Pero ninguno de los hombres cae al suelo. ¿Quizá solo disparos de advertencia? Uno de mis secuestradores me embiste mientras también intenta huir y yo me tambaleo hacia delante. Por todas partes hay movimiento, gritos, el sonido de lucha y huesos rompiéndose.

—¡Bájenla! —ruge alguien.

Unas manos fuertes me agarran, pero esta vez con suavidad, me apartan a un lado. Un hombre con chaqueta del FBI me protege.

—Está a salvo, señorita Meyer.

Tiemblo en todo el cuerpo mientras observo cómo reducen a mis secuestradores. Hombres con chaquetas azul oscuro que pone FBI. Me quitan la cinta adhesiva de la boca, lo que duele un poco. Pero cuando finalmente puedo respirar de nuevo, se siente como una

liberación infinita. Entonces vislumbro unas figuras que aparecen detrás de la furgoneta. Trajes negros y gafas de sol, casi como de una película de Hollywood. Solo observan, no intervienen. Uno de ellos asiente al agente del FBI a mi lado.

—¡Paramédicos! ¡Aquí! —Solo ahora veo las luces azules por el rabillo del ojo y cuando me empujan desde el lateral de la furgoneta, veo el mar de vehículos de emergencia que parece que han aparecido justo a tiempo. No puedo pensar, me dejo guiar por el hombre con la chaqueta del FBI y todavía no entiendo lo que acaba de pasar. Una paramédica envuelve una manta alrededor de mis hombros, comprueba mi pulso.

—Shock —la oigo murmurar—. Pero estable por ahora.

Un hombre alto con traje se acerca a mí. Su postura irradia autoridad.

—¿Señorita Meyer? Mike Thompson, CIA. ¿Cómo se encuentra?

¿CIA? ¿Qué tiene que ver la agencia de inteligencia con esto?

—Yo... —Mi voz tiembla—. ¿Qué... qué querían de mí?

—Aclararemos todo eso —dice con calma—. Ahora está a salvo, eso es lo más importante por el momento.

—¡ANNA!

Esa voz. Me doy la vuelta.

Alexander corre hacia mí, su rostro pálido de preocupación. En tres grandes zancadas llega hasta mí, me estrecha entre sus brazos.

—Dios mío, Anna —Su voz es áspera—. Lo siento tanto. Infinitamente.

Me aferro a él y siento cómo vienen las lágrimas. Toda la tensión estalla fuera de mí.

—¿Qué significa esto? ¿Quiénes eran esos hombres? —sollozo en su hombro.

—No lo sé... solo sé que yo... Oh Dios, estoy tan aliviado de que estés bien.

—¿Y esta gente del FBI? ¿La CIA? ¿Los enviaste tú?

—Solo hablé con Mike Thompson cuando me llamaste. Nos conocemos de la universidad. Él... reaccionó inmediatamente.

Thompson se acerca más. —Sin la ayuda de Alexander no habríamos llegado tan rápido —dice y le da una palmada amistosa en el hombro, luego asiente y dice—: Os dejo solos un momento.

—Anna —dice Alexander—. Estoy tan feliz de que estés bien. Yo... creo que esto tiene que ver con todo el asunto que he descubierto —Alexander respira profundamente—. Pero es más complicado. Mucho más complicado de lo que pensaba.

Alexander toma mi mano. —Te explicaré todo. Aquí y ahora, si quieres.

Dudo. Después de todo lo que ha pasado... Entonces miro a sus ojos. La preocupación en ellos. La desesperación. ¿Y quizás incluso amor?

—Vale —susurro.

Aprieta mi mano como si tuviera miedo de perderme otra vez.

—Pero antes de empezar, hay algo más que deberías saber sobre el embarazo de Miranda —su mirada es indescifrable mientras pronuncia estas palabras.

¡Dios mío! ¿Otra sorpresa? Creo que no puedo soportarlo.

# Capítulo 25

## Alexander

El test de ADN —vacilo y miro a Anna, que aún sigue envuelta en la manta frente a mí. Parece tan pequeña y vulnerable. Quiero abrazarla, decirle que todo saldrá bien, pero primero debe saber esto. Y quiero que me crea—. No ha podido proporcionar ningún resultado.

Sus ojos se abren de par en par. —¿Qué? ¿Qué quieres decir?

—Ayer llegó el resultado. Quería decírtelo inmediatamente, pero... —trago saliva—. Tú pediste tiempo y luego... luego recibí esa llamada tuya.

—¿Qué significa eso? —Un temblor recorre su cuerpo. Quiero abrazarla, sostenerla, decirle que ahora todo irá bien. Pero veo las dudas en sus ojos.

—Significa que no hay ningún bebé. Miranda no está embarazada. No me preguntes por qué siquiera accedió a hacerse la prueba. Pero es verdad, tengo el resultado aquí y puedo mostrártelo si tú... —alcanzo el bolsillo interior de mi chaqueta.

—No es necesario. Yo... Te creo. Pero ¿por qué...? —dice Anna, y me mira interrogante.

—¿Por qué Miranda está jugando a esto? Bueno, a eso llegaré enseguida... espero. Si me permites explicártelo. —Anna vacila, pero luego asiente, lo que me alegra de verdad. A nuestro alrededor todavía reina el caos. Los agentes van de un lado a otro, las luces azules parpadean, pero parece que solo existiéramos nosotros.

—Cuando me llamaste —continúo, mientras el sanitario discretamente da unos pasos atrás—, acababa de hablar por teléfono con Mike. Me había explicado que tu nombre había aparecido en los documentos, quería tu dirección y...

—¿Mi nombre? —Se envuelve más fuerte con la manta—. ¿Por qué?

—Aún no lo sabemos. Pero cuando me llamaste... Inmediatamente contacté con Mike de nuevo, exactamente como ha dicho antes.

—Por suerte, ya teníamos equipos en posición. Por este asunto... —dice Mike, que se acerca a nosotros y aparentemente ha escuchado algo.

—¿Este asunto? ¿El asunto con su padre? —pregunta ella en voz baja.

—Exacto —confirma Mike—. Cuando Alex me dio tu dirección, pude reaccionar de inmediato. El equipo del FBI fue el primero en llegar.

Veo cómo procesa esta información. Sus ojos se mueven entre Mike y yo.

—Anna —digo y doy un paso hacia ella—. Sé que he cometido muchos errores. Lo del despido de mi padre, la boda, las mentiras... Pero una cosa nunca fue mentira: lo que siento por ti.

No retrocede, pero veo cómo se tensan sus hombros. —Alexander...

—Déjame terminar. Por favor. —Mi voz tiembla—. Desde la primera noche, desde esa maldita tarde en la oficina... Tantas veces quise decirte lo que sentía. Pero entonces surgió toda esta historia con la empresa, el embarazo de Miranda, las intrigas de mi padre...

—¿Y ahora? —susurra.

—Ahora... —Respiro hondo—. Ahora sé que seguí el camino equivocado. Debería haber escuchado a mi corazón. No a mi padre, no a la empresa, no a ninguna otra cosa.

Una ambulancia pasa con las luces azules encendidas. La luz brillante se refleja en sus ojos, que relucen húmedos.

—Te quiero, Anna —digo. Las palabras salen de mí como una presa que finalmente se rompe—. Te quiero desde esa primera noche. Quizás incluso desde antes. Y fui un completo idiota por no haberlo reconocido antes.

Traga con dificultad. Una lágrima rueda por su mejilla.

Quiero besarla, quiero abrazarla, quiero demostrarle lo en serio que voy. Pero veo las dudas en sus ojos, la incertidumbre. Después de todo lo que ha pasado, ¿tengo siquiera derecho a hacerlo?

—Alexander —su voz apenas es más que un susurro—. Yo...

—No, espera —la interrumpo apresuradamente. Tengo que soltarlo ahora, o perderé el valor—. Debo decirte algo más. Algo importante.

Ella abre la boca, quiere responder algo, pero yo continúo hablando rápidamente: —No soy ese tipo de persona que todos creen que soy. El rico heredero, el CEO playboy. —Me paso la mano por el pelo—. Todo era solo una fachada. Un maldito espectáculo. Yo mismo me lo creí. Antes. Pero... a través de ti me he dado cuenta de lo que realmente importa. —Las palabras brotan literalmente de mí. Nada de esto lo había pensado antes. Pero me doy cuenta: ¡Es cierto! Siempre fui solo quien debía ser. Renuncié al baloncesto por la carrera, dejé que mi padre me diera órdenes, fui una pieza de ajedrez en su juego. Incluso como CEO, cuando me consideraba el semental más increíble del planeta y cambiaba de mujer como otros cambian de ropa. Pero ahora sé lo que quiero: quiero a Anna.

—Alexander, yo... —Su voz suena extrañamente tensa.

—Mi padre ha arruinado la empresa. Con sus maniobras, sus negocios turbios. Eso lo tengo claro. —Me preocupa que me rechace, que me diga que no quiere volver a verme, así que sigo hablando lo más rápido que puedo—. La fusión con los Harold, la boda falsa... todo fue idea suya. Su intento desesperado de salvar su trasero. Y yo fui un estúpido idiota y participé porque pensé que así es como funcionan las cosas en el mundo de los ricos y poderosos.

Veo cómo traga con dificultad. Su piel de repente parece pálida.

—¿Pero sabes qué? Estoy harto. De sus juegos, de sus mentiras. —Me acerco más a ella—. Volveré a levantarme. Fundaré mi propia empresa. Sin él, sin su influencia.

Anna ahora respira más rápido. El sudor se acumula en su frente.

—Y quiero hacerlo contigo. Si tú quieres. Por supuesto, primero habrá un proceso, el asunto con mi padre. Y yo también tendré que rendir cuentas, porque soy el CEO. No tendré secretos y contaré todo lo que sé, y Mike dijo que existe la posibilidad de que...

—Alexander —jadea.

Solo entonces noto lo pesada y entrecortadamente que está respirando. Lo pálida que se ha puesto.

—¿Anna? —El pánico crece dentro de mí—. Oh Dios, ¿qué pasa?

Jadea como un pez fuera del agua. La manta de los servicios sanitarios se desliza de sus hombros.

—¡Ayuda! —grito—. ¡Sanitario!

Anna se tambalea. La agarro, la sostengo. Todo su cuerpo tiembla.

—Yo... —Las palabras salen más como un estertor que como habla —. Estoy embarazada.

Mi corazón se detiene. —¿Qué?

—De ti —suspira.

Entonces pone los ojos en blanco y se desploma en mis brazos.

—¡ANNA! —Mi voz se quiebra—. ¡Dios mío, ANNA!

El sanitario corre hacia nosotros mientras la sostengo, con su cabeza contra mi pecho. Es tan ligera, tan frágil.

Embarazada. De mí.

—¡Túmbela! —ordena el sanitario—. ¡Con cuidado! Está en estado de shock.

Como en trance, sigo sus instrucciones. Mis manos tiemblan. A nuestro alrededor surge una actividad frenética.

—Colapso circulatorio —oigo decir a alguien—. Antes sufrió un shock. Debe haberse alterado o algo.

—¿Tensión?

—Demasiado baja.

—¡Oxígeno!

Quiero quedarme con ella, sujetar su mano, pero alguien me aparta.

—Deja que los sanitarios hagan su trabajo —dice Mike a mi lado.

Miro fijamente el cuerpo inmóvil de Anna. Los sanitarios trabajan rápida y profesionalmente, pero para mí el tiempo parece haberse detenido.

Un bebé. Nuestro bebé.

Observo cómo le ponen una vía y la conectan a numerosos aparatos. Cuando un sanitario va a ponerle una inyección, le agarro del

hombro.

—Eh, quita las manos —dice con brusquedad.

—Perdón. Es solo que... —digo angustiado y siento cómo el corazón me late con fuerza en el pecho—. Está embarazada. ¿Puede... —señalo la jeringa—, dañar al bebé? El sanitario me mira, luego asiente con reconocimiento, da instrucciones a su colega y poco después recibe otra jeringa.

—Está estable —dice el sanitario unos minutos después, que para mí han parecido una eternidad y más.

—La llevamos al Hospital Trinity —añade mientras suben a Anna a una camilla—. Puede venir en el segundo vehículo. Asiento mecánicamente. No puedo apartar la mirada de ella y me pregunto: ¿Es culpa mía? ¿La presioné tanto que otra vez no me di cuenta de cómo se sentía realmente? ¿Sigo siendo un capullo egoísta que solo piensa en sí mismo? ¿Por qué no me di cuenta de que tenía algo que decirme?

¡Esto tiene que cambiar!

Tengo que conseguirlo: ¡Por ella! ¡Por nosotros! Por nuestro hijo. Mi corazón se acelera. Miedo, alegría y preocupación se mezclan en una tormenta dentro de mi pecho. —Te quiero —susurro mientras observo cómo la introducen en la ambulancia—. Y cuidaré de vosotros dos. Lo juro. Para siempre.

# Capítulo 26

## Anna

Un pitido constante penetra en mi consciencia. Es lo primero que percibo, incluso antes de abrir los ojos. Mi cabeza se siente pesada y al mismo tiempo adormecida, como si estuviera rellena de algodón. Tengo los labios secos y mi cuerpo parece de alguna manera no pertenecerme.

Lentamente abro los ojos. Una luz intensa me deslumbra, y parpadeo varias veces hasta que mi visión se aclara. Un techo blanco. Paredes blancas. Estoy tumbada en una cama que no es la mía. ¿Un hospital? ¿Cómo he llegado hasta aquí?

Intento incorporarme, pero mi cuerpo protesta. Una ligera sensación de mareo me invade y vuelvo a hundirme en las almohadas.

—¿Anna?

Esa voz. Giro la cabeza hacia un lado y le veo. Alexander está sentado en una silla de plástico de aspecto incómodo junto a mi cama. Tiene el pelo revuelto, como si hubiera pasado las manos por él varias veces. Su corbata cuelga floja alrededor del cuello y su camisa, normalmente impecable, está arrugada.

—¿Qué... qué ha pasado? —grazno. Mi voz suena extraña en mis oídos.

Alexander se mueve inmediatamente, acercándose a la cama, tomando mi mano entre las suyas. Su contacto es cálido, firme, reconfortante.

—Te desmayaste —dice en voz baja—. Delante del edificio, después de... —Se detiene un momento. Sus ojos están llenos de preocupación.

Lentamente los recuerdos vuelven. El intento de secuestro. El FBI, la CIA. El caos. Alexander, contándome sobre la prueba negativa, su declaración de amor bajo las luces de emergencia. ¿Hubo algo más? No lo recuerdo.

—Estaba tan preocupado —dice mientras aprieta mi mano. En sus ojos reconozco miedo, pero también algo más. ¿Alivio? ¿Ternura? Me resulta difícil descifrar sus emociones, pues mi propia cabeza aún está confusa.

—¿Qué me pasa? —pregunto. Mi voz suena áspera, como si llevara tiempo sin usarla.

—Debes descansar —dice suavemente—. Fueron las primeras complicaciones del embarazo, intensificadas por el estrés extremo. Todo irá bien.

Embarazo. La palabra me golpea como un puñetazo. Ahora lo recuerdo: se lo dije justo antes de que todo se volviera negro. Una nueva oleada de miedo me invade.

—¿Está bien el bebé? —pregunto inmediatamente, llevando instintivamente la mano a mi vientre.

Una suave sonrisa se extiende por el rostro de Alexander. Es tan cálida, tan llena de afecto, que mi corazón se salta un latido.

—Todo está bien —me tranquiliza—. Te hicieron una exploración mientras estabas inconsciente.

Hace una breve pausa, y veo cómo sus ojos brillan extrañamente húmedos. —Pero son LOS bebés, Anna. Gemelos.

—¿Gemelos? —La palabra sale como un suspiro de mis labios. Le miro incrédula, apenas puedo procesar lo que acaba de decir.

—Sí —confirma, y ahora reconozco claramente la alegría en su mirada—. Gemelos.

Mi mano sigue sobre mi vientre, como si pudiera sentir a través de la piel las dos diminutas vidas que crecen ahí dentro. Dos bebés. No uno. Dos.

—Gemelos —repito en un susurro, como si tuviera que acostumbrarme a la palabra—. Dos bebés.

Alexander asiente, y su mano encuentra el camino hasta la mía, que aún descansa sobre mi vientre. Sus dedos se posan suavemente sobre los míos.

—Dos bebés perfectos y sanos. Eso ha dicho la médica —explica, y su voz está tan llena de emoción que me sorprende. El Alexander que conocí —frío, calculador, siempre bajo control— parece haber desaparecido.

Me quedo ahí tumbada, abrumada por la noticia. Apenas me había acostumbrado a la idea de tener un hijo. Un hijo de Alexander. ¿Y ahora me dice que son dos? No sé si reír o llorar.

—Alexander, yo... —No sé qué decir. Mi cabeza es un caos de emociones y pensamientos. Alegría, miedo, confusión, esperanza. Todo se mezcla en una tormenta abrumadora.

—Shh —dice con suavidad—. No tienes que decir nada. No ahora. Ahora debes descansar. Ya dije demasiado delante de la ambulancia. Todo irá bien.

Una lágrima se desprende de la esquina de mi ojo y se desliza lentamente por mi mejilla. Ni siquiera sé por qué estoy llorando. ¿Estoy feliz? ¿Preocupada? ¿Sobrepasada? Quizás todo a la vez.

Alexander limpia cuidadosamente la lágrima. Su contacto es tan tierno que vuelvo a sorprenderme. ¿Es este el mismo hombre que me manipuló, que estaba dispuesto a casarse con otra mientras yo era su amante?

—Estoy aquí —dice en voz baja—. No voy a ninguna parte. Superaremos esto juntos.

Juntos. La palabra resuena en mi cabeza y pienso en el momento frente al edificio, en sus palabras: "Te quiero, Anna". Sonaban tan auténticas, tan sin filtro.

—Gemelos —digo una vez más, como si todavía no pudiera creerlo del todo—. Tus... nuestros gemelos.

Alexander sonríe, y la sonrisa llega a sus ojos, haciéndolos brillar con un azul más profundo. —Sí, nuestros gemelos.

Cierro los ojos un momento, intento asimilar la realidad. Ha pasado tanto en tan poco tiempo. Del odio hacia él, la boda, el intento de secuestro, sus numerosas confesiones... y ahora... está sentado aquí, conmigo. Cuidando de mí. De nosotros. Siento que todavía hay miedo e inseguridad, pero hay algo más: si escucho profundamente dentro de mí, encuentro bajo todo ese miedo y confusión algo que no había sentido desde hace mucho tiempo: una chispa de esperanza. Esperanza de que todo saldrá bien. Porque por su forma de hablar: sobre nosotros, sobre los gemelos... no deja duda de que está feliz por ello. Me había imaginado a un Alexander que se reiría de mí, me rechazaría y se burlaría cuando le contara sobre el embarazo. Pero este hombre aquí junto a mi cama... este Alexander... es exactamente aquel del que me enamoré cuando todavía era su asistente.

Abro los ojos de nuevo y miro a Alexander. Parece agotado, pero en sus ojos hay una determinación que nunca antes había visto en él.

—Descansa —dice y aprieta suavemente mi mano—. Necesitas descansar ahora. Por ti y... —una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios—, por nuestros hijos.

Nuestros hijos. Esta vez le devuelvo la sonrisa, aunque débilmente. El futuro es incierto, lleno de preguntas y desafíos. Pero en este momento, en esta aséptica habitación de hospital, con la mano de Alexander cálida sobre la mía, me siento extrañamente segura. Entonces mis ojos se cierran.

***

Vuelvo en mí y no sé qué hora es. Al abrir los ojos, siento nueva energía en mi interior y por la vista a través de la ventana, deduzco que debe ser el atardecer. ¿Cuánto tiempo he dormido?

Alexander sigue aquí y aprieta suavemente mi mano, me regala una sonrisa y vuelve a acercarse a mi cama. Sus ojos buscan los míos, y reconozco en ellos una intensidad que extiende un agradable calor dentro de mí y provoca un hormigueo placentero en el estómago.

—Anna —susurra, como si no quisiera molestar a nadie más, aunque estamos solos en la habitación—. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor. Mucho mejor —digo y sonrío.

—Sé que la he cagado. Más que eso. He abusado de tu confianza, varias veces, te he traicionado, te he ocultado cosas...

—Alexander... —comienzo.

—Lo siento. Ya estoy volviendo a hacerlo: abrumarte con mis disculpas, ¿verdad?

—No, no es eso —digo—. Está bien.

—No. —Su voz es suave pero firme—. Necesito decirte esto mientras tenga el valor. —Me quedo en silencio y asiento ligeramente.

—He sido un idiota —continúa—. Un idiota cegado y egoísta que se dio cuenta demasiado tarde de lo que realmente importa. —Su mano

acaricia suavemente mi mejilla—. Y ahora... ahora, cuando por fin lo sé, casi te pierdo.

—Pero no lo has hecho —digo en voz baja—. Estoy aquí.

—Y por eso estoy infinitamente agradecido. —Un ligero temblor recorre su cuerpo—. Cuando te vi derrumbarte en mis brazos... pensé que mi corazón se detendría.

—Lo recuerdo —digo—. Todo lo que dijiste. Frente al edificio. Cada palabra.

Sus ojos se ensanchan ligeramente. —¿De verdad?

Asiento. —Dijiste que me amabas. Desde la primera noche. Quizás incluso desde antes.

Una suave sonrisa ilumina su rostro. —Sí. Y es verdad. Cada maldita palabra. Te amo.

Antes de que pueda responder, se inclina y me besa. Es un beso suave, casi reverente, tan diferente de los besos apasionados y exigentes que hemos compartido hasta ahora. Sus labios son cálidos sobre los míos, y por un momento olvido todo lo demás: el hospital, los monitores, el miedo.

Cuando se separa, veo lágrimas brillando en sus ojos. —Estaré ahí para vosotros —dice con voz entrecortada—. Para ti y para nuestros hijos. Si me lo permites.

La determinación en su voz me conmueve profundamente. Este hombre, sentado frente a mí, ya no es el arrogante CEO que ignoró

mi renuncia. Este es el Alexander que he visto en raros momentos inadvertidos: vulnerable, honesto, humano.

—Tenemos mucho de qué hablar —digo finalmente—. Hay tantas cosas que debemos aclarar.

Asiente seriamente. —Lo sé. Y estoy dispuesto. A todo.

Por un momento ambos guardamos silencio, dejando que las palabras floten en la habitación. Entonces recuerdo algo que mencionó antes. —¿A qué te referías con "todo saldrá bien"? Cuando dijiste que habría un juicio en el que tendrías que justificarte.

Alexander suspira profundamente y se frota los ojos. El agotamiento está escrito en su rostro. —Es complicado. Pero hay novedades. —Duda un momento—. Ahora se sabe quién envió a esos tipos que intentaron... llevarte.

Un escalofrío me recorre la espalda. —¿Quién?

—Harold Enterprises —dice con voz dura—. Estaban en su nómina. Disfrazados de personal de seguridad, pero en realidad... —Se interrumpe, sacudiendo la cabeza—. Todo esto apesta.

—Pero tu padre no tiene nada que ver con eso, ¿verdad? —pregunto, aunque ya conozco la respuesta.

Alexander se encoge de hombros. —Todo apunta a que sí. Le he escrito que necesitamos hablar. Urgentemente. Mientras aún no esté detenido, lo que de alguna manera es un pequeño milagro. No lo entiendo del todo. En cualquier caso, ha aceptado y ha dicho que vendrá a mi ático esta tarde.

Cierro los ojos un momento, intentando asimilarlo. El padre de Alexander, el hombre que dirige una empresa que vale millones, quizás intentó secuestrarme. Tal vez algo peor. El pensamiento me hace estremecer.

—¿Qué pasará ahora? —pregunto en voz baja.

—El FBI está investigando. La CIA —responde Alexander—. Habrá un proceso. Contra mi padre, contra la gente que contrató. Posiblemente también contra otros en la empresa que estuvieron involucrados.

—¿Y tú? —La pregunta flota entre nosotros como una nube oscura. Él se encoge de hombros.

—No estuve involucrado en las actividades ilegales, hasta donde sé. Pero como CEO... bueno, debería haberlo sabido. Habrá consecuencias, eso está claro.

Aprieto su mano. —Lo siento.

—Yo no —dice con sorprendente determinación—. Ya es hora de que mi padre rinda cuentas por lo que ha hecho. Aunque eso signifique que la empresa se hunda.

Lo miro asombrada. Este no es el hombre que conocí, el que habría hecho cualquier cosa por la empresa familiar, el que estaba dispuesto a casarse solo para salvar la compañía.

—¿Y qué pasa con los Harold? —pregunto de repente—. ¿Con Miranda?

Una sonrisa amarga aparece en sus labios. —El viejo Harold sigue en el hospital. Miranda está en prisión preventiva. Estaba más implicada en el asunto de lo que pensaba. El embarazo solo era una parte de su... estrategia. —Sacude la cabeza—. Ella sabía de los negocios ilegales de su padre. Incluso ayudó a encubrir algunos.

Tengo que admitir que esta noticia me impacta menos de lo que debería. Miranda siempre tuvo algo calculador. Que sea capaz de tales cosas no me sorprende realmente.

Una enfermera entra en la habitación, interrumpiendo nuestra conversación. Comprueba mis signos vitales, anota algo en una ficha.

—La doctora vendrá a verla enseguida —me dice amablemente—. Todo parece estar bien. Si no surge ningún contratiempo, podrá irse a casa en unas horas.

Después de que se marcha, se hace el silencio entre nosotros por un momento. La perspectiva de recibir pronto el alta flota en el aire como una pregunta no pronunciada: ¿adónde iré? ¿A casa, a mi pequeño apartamento, sola con esta nueva y abrumadora realidad? La idea me asusta.

Como si hubiera leído mis pensamientos, Alexander habla: —Ven conmigo. Al ático.

Lo miro sorprendida. —Alexander...

—No para siempre —añade apresuradamente—. Solo por ahora. Hasta que... hasta que descubramos cómo seguir adelante. Necesitas descanso, un lugar seguro. Y yo... —Duda—. Quiero estar cerca de ti. Si tú quieres.

La súplica en sus ojos es tan sincera, tan transparente, que me resulta difícil decir que no. Y sinceramente, tampoco quiero hacerlo. La idea de estar sola en mi apartamento después de lo que ha pasado es aterradora.

—De acuerdo —digo en voz baja—. Pero solo temporalmente. Hasta que hayamos aclarado todo.

El alivio que cruza su rostro es casi palpable. —Por supuesto. Y te prometo que no te daré motivos para arrepentirte.

***

Unas horas más tarde, ya vestida, estoy sentada al borde de la cama mientras Alexander habla con la doctora. Los exámenes han confirmado que tanto yo como los bebés estamos bien. Mi cuerpo simplemente reaccionó al estrés extremo, intensificado por el embarazo, y ahora además son gemelos.

Gemelos. Todavía apenas puedo creerlo. Mi mano va instintivamente a mi vientre. Ahí dentro están creciendo dos pequeños seres. La idea es a la vez maravillosa y aterradora.

—¿Lista? —pregunta Alexander cuando regresa. En la mano sostiene unos papeles: mis documentos de alta.

Asiento, aunque mis piernas se sienten débiles cuando me levanto. Alexander está inmediatamente a mi lado, sujetándome suavemente por el codo.

—Despacio —dice preocupado—. Tenemos todo el tiempo del mundo.

El camino por los pasillos del hospital, bajando en el ascensor y saliendo al fresco aire de la mañana es como un sueño. Alexander no se aparta de mi lado, con su brazo firmemente alrededor de mi cintura, como si temiera que pudiera desmayarme de nuevo.

Frente a la entrada espera su coche, el Aston Martin negro que conozco del aparcamiento subterráneo de la empresa. Me abre la puerta, me ayuda a entrar con cuidado, como si estuviera hecha de cristal.

—¿Tienes suficiente calor? —pregunta después de sentarse al volante—. Puedo subir la calefacción.

—Está perfecto —le aseguro. Los asientos de cuero son suaves y agradablemente cálidos. Apoyo la cabeza y cierro los ojos brevemente mientras él arranca el motor.

Mientras nos deslizamos por las calles matutinas de la ciudad, miro hacia Alexander. Su perfil se dibuja nítidamente contra la luz del sol naciente. Parece cansado, pero al mismo tiempo decidido.

—¿Has citado a tu padre en el ático? —pregunto de repente, recordando sus palabras de antes.

Alexander asiente sin apartar la mirada de la carretera. —Para mediodía. Necesito hablar con él. Aclarar todo.

—¿Es prudente? ¿Después de todo lo que ha hecho?

Una sonrisa dura juega en sus labios. —Probablemente no. Pero es necesario. Además... —Duda un momento—. Mike me lo aconsejó.

—¿Mike? ¿El agente de la CIA?

—Sí. Cuando le pregunté cómo debíamos proceder, me dijo que hablara con mi padre. —Alexander frunce el ceño—. Sonaba extraño. Como si supiera algo. Más de lo que me contaba.

—¿Qué quieres decir? —pregunto confundida.

Alexander sacude ligeramente la cabeza. —No lo sé. Solo fue una sensación. Parecía... demasiado bien informado sobre los procedimientos internos de la empresa. Casi como si nos hubiera estado vigilando desde hace tiempo.

Una sensación incómoda se extiende por mi estómago. —¿Crees que sigue su propia agenda?

—Todo el mundo sigue su propia agenda —responde Alexander con amargura—. Eso es lo que he aprendido en los últimos días. Y ahora yo sigo la mía. —Al decir esto, pone suavemente su mano sobre mi regazo y me sonríe.

Giramos hacia la entrada de un impresionante rascacielos, el edificio donde vive Alexander. El portero nos saluda respetuosamente cuando entramos en el garaje subterráneo. Alexander aparca el coche y viene a mi lado para ayudarme a salir.

El ascensor nos lleva directamente al ático, a su espacioso y lujoso apartamento con ventanales del suelo al techo que ofrecen una vista impresionante de la ciudad.

—Siéntete como en casa —dice Alexander, mientras se quita la chaqueta—. Puedes quedarte en la habitación de invitados o... —se interrumpe, pareciendo inseguro de sus palabras—. Bueno, puedes dormir donde quieras. El ático es lo suficientemente grande.

Asiento agradecida, demasiado agotada para pensar ahora en dónde dormir.

—¿Te apetece comer algo? —pregunta—. Podría prepararnos el desayuno. O pedimos algo.

—Me vendría bien un té —digo—. Y quizás una tostada. No tengo mucha hambre.

Asiente comprensivo y se dirige a la cocina. Me siento en el gran sofá de cuero del salón, dejando que mi mirada vague por el horizonte de la ciudad. Es un día espléndido, soleado y despejado, un fuerte contraste con el caos que es nuestra vida ahora mismo.

Alexander regresa pocos minutos después con una taza de té humeante y un plato con pan tostado. Se sienta a mi lado, pero manteniendo una distancia respetuosa.

—En unas horas vendrá mi padre —dice en voz baja—. No tienes que estar presente. Deberías descansar y...

Doy un sorbo a mi té, disfrutando del calor que se extiende por mi cuerpo. —¿Qué le vas a decir?

Alexander mira a lo lejos, su rostro duro como la piedra. —La verdad. Que sé lo que ha hecho. Que se acabó: su influencia sobre mí, sobre la empresa, sobre todo.

—¿Y después?

Se vuelve hacia mí, sus ojos suaves, vulnerables. —Entonces empezaremos de nuevo. Tú y yo. Y —su mano encuentra suavemente el camino hacia mi vientre— nuestros hijos.

Pongo mi mano sobre la suya, sintiendo el calor de su piel. A pesar de todas las dudas, todas las incertidumbres, este momento se siente correcto. Como si fuera aquello hacia lo que ambos, sin saberlo, siempre habíamos estado avanzando.

—Paso a paso —digo en voz baja.

Alexander sonríe, una sonrisa auténtica y cálida que llega a sus ojos. —Paso a paso —repite.

Fuera, el sol sube más alto, bañando la ciudad en una luz dorada. Un nuevo día. Un nuevo comienzo. Para todos nosotros.

—¿Qué te parece si antes damos un paseo por Central Park? —pregunto, sintiendo una nueva energía dentro de mí.

—Nada me gustaría más —dice mientras coge mi mano, y por primera vez siento que realmente todo va a salir bien. Aún nos quedan algunas pruebas por delante, pero juntos lo superaremos todo.

# Capítulo 27

## Alexander

El cálido sol primaveral calienta mi rostro mientras paseamos lentamente por Central Park. La mano de Anna descansa en la mía, cálida y suave. La presión de sus dedos me da una sensación de conexión que nunca antes había experimentado. Con ninguna otra mujer. No con Miranda, y mucho menos con las innumerables mujeres anteriores. Eso pertenece a otra época. Solo esto es real.

—Por aquí —digo y la guío por un pequeño sendero de grava que conduce al lago—. En primavera es cuando más bonito está.

Anna sonríe y me sigue de buen grado. Su rostro ha recuperado el color, ya no tan alarmantemente pálido como en el hospital. El sol hace que su cabello brille con un cálido tono dorado.

—¿Sabías que Central Park fue completamente diseñado de forma artificial? —pregunto mientras pasamos junto a cerezos en flor—. Cada colina, cada lago... todo creado por la mano del hombre.

—Sí, creo que lo leí alguna vez. Pero nunca me había parado a pensarlo —Anna mira a su alrededor, con los ojos llenos de admiración—. Parece tan natural.

—Esa era la intención —explico—. Los arquitectos querían crear un oasis, un refugio de la ciudad. Un lugar donde uno pudiera olvidar que está en pleno Manhattan.

Me detengo y la observo. Mientras está ahí a mi lado, con la ligera brisa que acaricia su cabello, de repente la veo con nuevos ojos. No como mi ex asistente, no como la organizadora de bodas para aquella boda absurda, no como la mujer con la que tuve una aventura, sino como la madre de mis hijos no nacidos. Como la mujer que amo.

Sí. Es amor. Y me pregunto por qué he tardado tanto en comprenderlo. Pero al menos ahora lo entiendo y todavía no es demasiado tarde.

—¿En qué piensas? —pregunta Anna, con la cabeza ligeramente inclinada.

—En ti —respondo con sinceridad—. En nosotros. En el futuro.

Ella sonríe, un poco tímida, un poco insegura. —Eso suena bien.

—Sí, así es —aprieto su mano—. Se siente tan... correcto estar aquí contigo. Como aquel primer día.

—¿Qué primer día? —pregunta ella—. ¿Te refieres a cuando pasamos la noche en la oficina y luego me despediste?

Río suavemente. —No, al primer día que fuiste mi asistente. Cuando entraste a la oficina con aquel vestido rojo y mirada tímida. Creo que me enamoré de ti al instante. Pero nunca había estado enamorado, pienso ahora, y en realidad no sabía qué me estaban diciendo mis pensamientos.

Sus ojos se abren de par en par. —¿Incluso recuerdas lo que llevaba puesto entonces?

—Por supuesto que lo recuerdo —no aparto la mirada de sus ojos—. Recuerdo todos los momentos que hemos tenido. Los pequeños flirteos, los... muchos momentos poco honorables que vinieron después. Y espero que a partir de ahora solo vengan buenos momentos.

Anna me mira seriamente. —Nunca me trataste como si...

—¿Como si pudiera haber algo más? —completo—. No, no lo hice. Me comporté como un completo imbécil. Porque tenía miedo.

—¿Miedo? ¿Tú? —Suelta una breve carcajada—. ¿De qué podrías tener miedo?

Me detengo, la atraigo suavemente hacia mí hasta que estamos uno frente al otro. —De lo que sentía por ti. Ya desde entonces. De la forma en que me mirabas, no como el rico heredero, el CEO, sino como... yo. Como si pudieras ver directamente a través de todas las fachadas.

Su sonrisa se vuelve más suave, más vulnerable. —No tenía ni idea.

—No debías tenerla —digo—. Hice todo lo posible para ocultarlo. Incluso de mí mismo —meneo la cabeza ante mi propia estupidez—.

Ha hecho falta un intento de secuestro, una falsa boda cancelada y dos bebés para que finalmente entre en razón.

Anna se ríe, una risa clara y libre que calienta mi corazón. Se inclina hacia delante y me besa brevemente en los labios. —Más vale tarde que nunca —dice.

Continuamos nuestro paseo, tranquilamente, sin prisa. De vez en cuando nos detenemos para disfrutar de las vistas o usar un banco del parque. Soy extremadamente cauteloso, preguntando constantemente si necesita descansar, si se encuentra bien.

—Alexander —dice finalmente con un tono divertido—, estoy embarazada, no enferma. Y aún faltan unos meses para que lleguen los gemelos. Puedo perfectamente dar un pequeño paseo.

—Lo sé —me disculpo—. Solo estoy preocupado. Después de todo lo que ha pasado.

Ella aprieta mi mano. —Lo entiendo. Pero estoy bien. Estamos bien —pone su mano libre sobre su vientre, un gesto inconsciente que me conmueve cada vez.

—Gemelos —murmuró, todavía un poco incrédulo—. ¿Puedes creerlo?

Ella niega con la cabeza. —Sinceramente, no. Se siente como un sueño. O como la trama de una de esas telenovelas exageradas de la televisión privada.

Me río. —Tienes razón. Nuestra vida en las últimas semanas haría palidecer de envidia a cualquier guionista.

—Volvamos —digo finalmente mirando el reloj—. Mi padre viene dentro de unas horas, antes cocinaré algo para nosotros y luego puedes irte y te llamaré cuando hayamos hablado, ¿vale?

Dudo, porque no sé si sería mejor que estuviera presente en la conversación. ¿Y si ocurre algo malo? Su padre es capaz de cualquier cosa. ¿Y si...?

—Eh, no tengas miedo. Todo irá bien —dice Alexander, como si pudiera leer mis pensamientos, y me besa tiernamente.

***

El ascensor se detiene con un suave *ding* en el último piso. Las puertas se abren silenciosamente. Alargo la mano hacia mis llaves mientras salgo del ascensor, pero entonces me detengo. Algo no está bien.

La puerta de mi ático está entreabierta.

Extiendo mi brazo, deteniendo a Anna. —Espera —susurro.

—¿Qué pasa? —pregunta ella en voz baja, su cuerpo inmediatamente tenso.

—La puerta. No debería estar abierta. —Miro por la rendija, pero no puedo distinguir nada en la penumbra del pasillo—. Espera aquí —le digo a Anna—. Voy a ver.

Su mano agarra mi brazo con fuerza. —Alexander, no. Deberíamos llamar a la policía.

—Probablemente no sea nada. Quizás no la cerré bien antes de salir a pasear. —Intento sonar confiado, aunque mi instinto grita lo contrario—. Simplemente espera aquí. Vuelvo enseguida.

Antes de que pueda protestar, me libero suavemente de su agarre y empujo la puerta con cuidado. El pasillo está en penumbra. Extraño. Es pleno día, y las grandes ventanas del salón deberían dejar entrar más que suficiente luz.

Me muevo lenta y silenciosamente hacia delante, con los sentidos agudizados. Un leve crujido bajo mis pies me hace detenerme. ¿No era esa una sombra moviéndose en el salón?

—¿Hola? —llamo, con la voz más firme de lo que me siento—. ¿Hay alguien ahí?

Ninguna respuesta. Solo ese silencio antinatural. Busco a tientas el interruptor de la luz en la pared, lo pulso varias veces. No ocurre nada. Las luces siguen apagadas.

Mi corazón late más rápido. Con cuidado, me dirijo hacia el salón. Cuando mis ojos se acostumbran a la penumbra, distingo una figura sentada en mi sillón favorito.

—¿Padre? —pregunto incrédulo.

Suena un clic, y luego se enciende la pequeña lámpara junto al sillón. En la luz tenue puedo ver su expresión: fría, calculadora, casi divertida.

—Alexander —dice, con voz tranquila y controlada—. Pensaba que ya no vendrías. —Sus ojos se deslizan por encima de mi hombro, y

sé que Anna me ha seguido a pesar de mi advertencia—. Y la señorita Meyer. Qué... oportuno.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, mientras inconscientemente doy un paso lateral para proteger mejor a Anna—. Nuestra reunión estaba programada para más tarde.

—Los planes cambian —contesta él con despreocupación—. El tiempo es valioso. Especialmente ahora.

Mi mirada cae sobre la mesa de centro frente a él. Ahí hay algo que me hiela la sangre: una pistola. Negra y letal, yace allí como un siniestro presagio.

—¿Qué significa esto? —pregunto, con la voz repentinamente ronca —. El arma...

—A eso llegaremos enseguida —dice mi padre con una sonrisa tenue —. Uno nunca sabe con quién puede encontrarse, ¿verdad? Especialmente en estos... tiempos inciertos.

Siento la mano de Anna clavándose en mi brazo, oigo su respiración contenida. La tensión en la habitación es palpable, electrifica el aire entre nosotros.

—¿Por qué estás realmente aquí? —pregunto, esforzándome por mantener la voz calmada—. ¿Para amenazarme? ¿Para amenazar a Anna?

Mi padre suspira, como si estuviera decepcionado por mi reacción. — Siempre tan dramático, Alexander. Eso lo has heredado de tu madre. —Se recuesta en el sillón, su postura relajada, como si estuviéramos

charlando sobre el tiempo—. Estoy aquí para hablar. Para aclarar las cosas. Antes de que sea demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde para qué? —pregunto con brusquedad.

—Para la verdad —responde simplemente. Sus ojos, tan similares a los míos, me miran fijamente con una intensidad que me pone nervioso—. Es hora de que conozcas la verdad. Sobre mí. Sobre la empresa. Sobre los Harold.

Siento cómo Anna se tensa a mi lado. Da un pequeño paso adelante, ya no completamente oculta detrás de mí. Su rostro está pálido, pero decidido.

—¿Qué verdad? —pregunto. El arma sobre la mesa atrae mi mirada una y otra vez como un imán—. ¿A qué juego estás jugando?

Mi padre suspira profundamente y se frota la frente con la mano. Por un breve momento, parece cansado, casi vulnerable —una imagen a la que no estoy acostumbrado en él. Luego dirige su mirada directamente a Anna.

—Señorita Meyer. Primero a usted —dice, y su voz de repente suena diferente. Más suave—. Le debo una disculpa. Por el... despido. Y la llamada posterior, en la que le pedí que guardara silencio. Fue... poco delicado.

Anna lo mira incrédula. Evidentemente, ella tampoco puede creer lo que está oyendo. —¿Usted vigilaba el despacho de Alexander? ¿Las fotos?

—Sí. —Un breve asentimiento—. Me preocupaba que le pudiera pasar algo.

Mis pensamientos se aceleran. ¿Mi padre llamó a Anna? ¿Intentó hacerla callar? ¿Por qué?

—¿Qué significa todo esto? —pregunto, ahora con voz más alta—. ¿Qué juego te traes entre manos?

—No es ningún juego, Alexander. —Mi padre se inclina hacia delante, con las manos entrelazadas—. La verdad es... más complicada de lo que piensas. —Hace una breve pausa, parece estar luchando consigo mismo—. Soy un investigador encubierto no oficial. Para la CIA.

Las palabras quedan suspendidas en el aire como una broma absurda. Miro fijamente a mi padre, buscando en su rostro signos de una broma enferma. Pero sus ojos son serios, su expresión abierta.

—¿La CIA? —repito incrédulo—. ¿Trabajas para la CIA? ¿Desde cuándo? ¿Por qué?

—Desde hace más de veinte años —responde tranquilamente—. Mike Thompson es ahora mi contacto. Ya lo conoces. Él dirige la operación.

Mike. ¿Mi amigo de la época universitaria? ¿El que me aconsejó hablar con mi padre?

—Esto es una locura —digo sacudiendo la cabeza—. ¿Esperas que me crea esto? ¿Tú, un agente de la CIA?

—Investigador no oficial —me corrige—. Y sí, espero que lo creas. Porque es verdad.

Mi mirada vuelve al arma. —¿Y eso qué es? ¿Parte de tu disfraz como espía?

Una fugaz sonrisa cruza su rostro. —El arma forma parte de las pruebas contra los Harold. Se utilizó en el intento de secuestro de la señorita Meyer. Con las huellas dactilares de los hombres de Harold Senior. —Solo ahora veo que el arma está guardada en una fina bolsa de plástico. Una prueba. No destinada a ser utilizada.

La atmósfera en la habitación cambia, se vuelve más densa, más intensa. Siento la mano de Anna buscando la mía, sus dedos se entrelazan con los míos.

—Los Harold —dice mi padre, y su rostro se endurece—, llevan años involucrados en fraude económico, blanqueo de dinero y otras actividades ilegales. Estructuras offshore, evasión de impuestos, sobornos... la lista es larga.

—¿Y nuestra empresa? —pregunto, todavía aturdido por estas revelaciones—. ¿Todos los problemas financieros? ¿La inminente insolvencia?

Mi padre niega con la cabeza. —La empresa no está en quiebra, Alexander. Todo está bien. La crisis financiera... era parte de la fachada.

Me dejo caer lentamente en el sofá, atrayendo a Anna junto a mí. De repente, siento las piernas débiles.

—¿Fachada? —repito.

—Sí. —Mi padre se recuesta en el sillón—. Sabía que los Harold estaban interviniendo nuestros teléfonos, supervisando nuestros

correos. Así que falsifiqué pruebas: documentos que sugerían que nuestra empresa también estaba involucrada en negocios turbios. Para atraerlos.

—¿Atraerlos? —Anna suena estupefacta—. ¿Ha utilizado su propia empresa como cebo?

Asiente con severidad. —Era la única manera de acercarnos a ellos. Son extremadamente cautelosos, tienen toda una red de espías e informantes. La única forma de ganar su confianza era mostrarles que jugábamos en la misma liga. —Suspira—. La estrategia funcionó. Se acercaron a nosotros, propusieron la fusión. Esa fue nuestra oportunidad de acceder desde dentro a sus sistemas, sus documentos.

Sacudo la cabeza, tratando de procesar toda esta información. —¿Y la boda? ¿También era parte de tu gran plan?

Una sombra cruza su rostro. —Eso fue... un error. Mi error. Pensé que sería una buena tapadera, que haría la fusión más creíble. Eras tan mujeriego que pensé que no te importaría estar casado por un tiempo. —Me mira directamente—. Quiero disculparme contigo, Alexander. Por el matrimonio arreglado. Fue un error manipularte así. Especialmente cuando estabas a punto de enamorarte de verdad por primera vez. Me obsesioné con el asunto.

Siento cómo la ira se acumula en mi interior, ardiente y abrasadora. —¡Has usado mi vida para tus jueguecitos de espionaje! ¡Querías que me casara con una mujer a la que no amo!

—Sabía que no eras feliz —dice en voz baja—. Lo vi. En tus ojos. En todo tu ser. No eras el hijo que yo conocía.

—Y aun así no hiciste nada —le reprocho.

—Eso no es del todo cierto. —Dirige su mirada hacia Anna—. Los documentos en la carpeta con las fotos de la boda... yo los coloqué allí. Esperaba que la señorita Meyer los encontrara. Que se opusiera.

Recuerdo el momento en que Anna me mostró los documentos. Las pruebas de la precaria situación financiera de la empresa que me llevaron a aceptar la boda.

—¿Tú lo organizaste? —pregunto incrédulo—. ¿Por qué?

—Esperaba que te hiciera reflexionar. Que te sacara de esa letargia en la que parecías haber caído. —Una débil sonrisa aparece en su rostro—. No esperaba que tú y la señorita Meyer... bueno, que las cosas evolucionaran así. No sabía nada del embarazo.

Anna se aclara la garganta. —El intento de secuestro —dice, su voz temblando ligeramente—. ¿También formaba parte de su plan?

Mi padre niega enérgicamente con la cabeza. —No. Jamás. Fueron los Harold. Debieron descubrir que usted tenía acceso a ciertos documentos. O se enteraron de su relación con Alexander y quisieron utilizarla como elemento de presión. —Su voz se endurece —. Ese fue el momento en que decidimos finalizar la operación. Se había vuelto demasiado peligrosa.

No aparto la mirada de él. —¿Por qué nos cuentas todo esto ahora? ¿Por qué no antes?

—El momento oportuno —responde simplemente—. Y la seguridad. No podía arriesgarme a que algo se filtrara. Los Harold tienen ojos y oídos en todas partes. —Inclina ligeramente la cabeza—. Por eso

vine antes, bajé las persianas y revisé el apartamento buscando micrófonos. Todo limpio. Y ahora, después del intento de secuestro, tras la intervención del FBI y la CIA... Todo ha terminado. Las pruebas están aseguradas, las detenciones ya están en marcha.

—¿Miranda? —pregunto de repente.

Una sonrisa tenue asoma en sus labios. —Bajo custodia, sí. Estaba más involucrada en los negocios de su padre de lo que incluso nosotros sabíamos. El embarazo, por cierto, era mentira... otro intento de manipularte y vincularte a la familia.

—Eso ya lo había descubierto —digo en voz baja, recostándome y sintiéndome agotado y extrañamente vacío. Todas las preocupaciones de las últimas semanas, el miedo por la empresa, la boda que no quería... todo se basaba en una mentira. En un juego cuyas reglas desconocía.

—Fue una idea estúpida —admite mi padre, casi en un susurro—. No pensé que llegarían tan lejos... con Anna. Subestimé el peligro.

Nos quedamos sentados en silencio, las palabras de mi padre flotan pesadamente en el aire. Las revelaciones son tan abrumadoras, tan increíbles, que me cuesta procesarlas.

—La empresa... —comienzo finalmente—. ¿Dices que está bien? Financieramente, quiero decir.

—Mejor que bien —confirma mi padre—. Todos los documentos problemáticos eran falsos. Las cifras reales son excelentes. MorganEnterprises nunca estuvo en peligro.

Un extraño alivio me inunda, mezclado con rabia y confusión. Toda mi vida de los últimos meses se basaba en una mentira, una elaborada maniobra de engaño.

—¿Y ahora? —pregunta Anna en voz baja—. ¿Qué va a pasar ahora?

Mi padre mira primero a ella y luego a mí. —La empresa es tuya, Alexander. Siempre fue tu derecho de nacimiento. Y ahora que la operación ha concluido... —Hace una pausa, parece buscar las palabras—. Creo que es hora de que me retire. De jubilarme oficialmente. De vaciar mi despacho. Definitivamente.

—¿Abandonas la empresa? —pregunto incrédulo.

—La pongo en tus manos —me corrige—. Donde debe estar. Eres mejor CEO de lo que yo nunca fui. Tú ves a las personas, no solo números en un papel.

Sus palabras me sorprenden. Es la primera vez que me dice algo así... un cumplido sincero, no una vaga insinuación de que algún día podría ser suficientemente bueno.

—¿Qué pasa con tu... otro trabajo? —pregunto con cautela—. ¿Con la CIA?

Una sonrisa cansada aparece en su rostro. —Esta fue mi última misión. Después de veinte años... Estoy cansado, Alexander. Quiero pasar el resto de mi vida como una persona normal. Tal vez... —Su mirada se desvía hacia Anna, luego de nuevo hacia mí—. Tal vez como abuelo. Lo sé por Mike, escuchó vuestra conversación.

Las palabras me golpean inesperadamente. Mi padre, que siempre había sido distante, que me había tratado más como a un socio

comercial que como a un hijo, habla de ser abuelo. De formar parte de nuestras vidas.

—¿Un abuelo tendrá energía para gemelos? —pregunta Anna con una sonrisa tenue. Parece que le ha perdonado. ¿Y yo? Creo que también. O al menos he empezado a hacerlo.

—¿Gemelos? —pregunta él, una sonrisa sincera ilumina su rostro—. Felicidades a los dos.

Anna asiente, su mano encuentra la mía otra vez. —Gracias —dice en voz baja, y para mi sorpresa, suena sincera.

Mi padre se levanta, coge el arma de la mesa y la guarda en un bolsillo interior de su chaqueta. —Me voy —dice—. Vosotros dos tenéis mucho de qué hablar. Y yo tengo que escribir un informe final.

Da unos pasos hacia la puerta, luego se gira una vez más. —Alexander —dice, con la voz más suave de lo que jamás le he oído —. Lo siento. Por todo. Espero que algún día entiendas por qué hice lo que hice.

Asiento en silencio, incapaz de encontrar las palabras adecuadas. Una parte de mí quiere gritarle, reprocharle todo el dolor y la confusión que ha causado. Otra parte entiende, en un nivel extraño y distante, la dificultad de su posición.

—Hasta pronto, padre —digo finalmente.

Asiente, después abandona el ático, cerrando la puerta suavemente tras él. El clic de la cerradura resuena en la habitación ahora silenciosa.

Anna y yo nos sentamos en silencio uno al lado del otro, ambos intentando procesar lo que acabamos de escuchar. El mundo tal como lo conocía ha cambiado completamente en los últimos diez minutos. Nada es como parecía.

—Tu padre es un espía —dice Anna finalmente, su voz oscila entre el shock y la risa contenida—. Un maldito espía.

Y de repente me río —una risa liberadora, casi histérica. Anna se une, y por un momento somos simplemente dos personas riéndose del giro absurdo de sus vidas.

Cuando la risa se apaga, atraigo a Anna más cerca de mí. Su calor, su aroma —son un ancla en esta realidad recién definida.

—¿Qué piensas? —pregunta en voz baja, sus ojos buscando los míos.

—Creo —digo lentamente— que independientemente de lo que haya hecho mi padre o de quién sea, debería perdonarle. Es parte de mi familia. Igual que tú. Tú y nuestros hijos.

Ella sonríe, una sonrisa cálida y genuina que hace que mi corazón lata más rápido. —Eso suena bien —susurra.

—Sí —asiento y aprieto suavemente su mano—. Así es.

Puede que el mundo haya cambiado, que todo sea diferente a como era hace un día. Pero una cosa es segura, inmutable: mi amor por Anna. Y el futuro que tenemos por delante. Un futuro que de repente parece mucho más brillante de lo que jamás creí posible.

Anna se inclina hacia mí, sus ojos buscan los míos. En su mirada hay una ternura que me conmueve profundamente. Cuando sus labios encuentran los míos, cierro los ojos. El beso es suave, casi interrogante, como si buscara la confirmación de que, a pesar de todas las revelaciones y conmociones entre nosotros, todo está bien.

Pongo mi mano en su mejilla, siento su piel cálida bajo la yema de mis dedos. El beso se profundiza, se vuelve más intenso. Todas las emociones acumuladas durante las últimas horas —miedo, confusión, alivio— fluyen en este contacto.

—Alexander —susurra contra mis labios cuando nos separamos brevemente.

—¿Hmm? —murmuro, con los ojos aún cerrados, atrapado en el hechizo de su cercanía.

—Te quiero —dice, tan bajito que apenas lo oigo, y sin embargo, me atraviesa por completo.

Abro los ojos, contemplo su rostro —las mejillas ligeramente sonrojadas, los ojos brillantes, los labios entreabiertos—. —Yo también te quiero —respondo, y siento como si entendiera realmente estas palabras por primera vez.

Mis manos encuentran su camino hacia su pelo mientras nos besamos de nuevo. Lentamente, sin prisa. Tenemos todo el tiempo del mundo. Los besos se vuelven más profundos, más exigentes. Siento cómo las manos de Anna se deslizan bajo mi camisa, sus dedos acarician mi piel, dejando a su paso piel de gallina.

Con dedos temblorosos, empiezo a desabrochar los botones de su blusa, uno a uno. Cada trozo de piel recién revelado recibe un suave

beso. Sus manos trabajan en mi camisa, empujándola de mis hombros.

—¿Estás segura? —pregunto en voz baja, cuando mis labios encuentran ese punto sensible en su cuello que la hace suspirar suavemente—. Con los bebés, quiero decir...

Sonríe, un poco pícara a pesar del rubor en sus mejillas. —Está perfectamente bien —susurra—. El sexo durante el embarazo no es un problema.

Sus palabras envían una ola de calor a través de mi cuerpo. La beso otra vez, esta vez con más pasión, mientras mis manos recorren su espalda, desabrochando su sujetador. La prenda se desliza entre nosotros, y me inclino hacia atrás para contemplarla.

—Eres preciosa —digo, con la voz ronca de emoción—. Increíblemente preciosa.

Sus ojos brillan en la luz tenue mientras toma mi mano y la guía hacia su pecho. —Demuéstramelo —dice en voz baja.

Nuestra ropa restante desaparece pieza a pieza, hasta que no hay nada entre nosotros salvo la piel desnuda y la suave luz del crepúsculo que se filtra. Me tomo mi tiempo para explorar cada centímetro de su cuerpo, con labios, manos, lengua. Sus suaves suspiros y los ocasionales gemidos son la música más hermosa que jamás he escuchado.

Cuando finalmente nos convertimos en uno, es lento, tierno, lleno de respeto por la nueva vida que crece dentro de ella. Nuestros movimientos son suaves pero intensos, nuestras miradas permanecen conectadas mientras nos acercamos juntos al clímax.

—Te quiero —susurro una y otra vez contra su piel, sus labios, en su pelo—. Te quiero tanto.

Y cuando finalmente yacemos exhaustos y felices en los brazos del otro, sé con absoluta certeza: esto ya no es un juego, ni una aventura, ni una pasión pasajera. Esto es amor. Real e imperecedero.

***

La suave luz matutina se cuela a través de las persianas entreabiertas y dibuja líneas doradas sobre el rostro dormido de Anna. Estoy tumbado junto a ella, apoyado sobre un codo, observándola. La forma en que sus labios están ligeramente entreabiertos, cómo su pecho se eleva y desciende suavemente con cada respiración, las pecas dispersas en su nariz que se hacen visibles bajo la luz del sol.

No puedo creer lo feliz que soy. No solo por las revelaciones de mi padre, que han salvado mi empresa y mi futuro profesional, sino por esta mujer. Por nosotros.

Anna se mueve, sus ojos parpadean al abrirse. Una sonrisa adormilada se extiende por su rostro cuando me ve.

—Buenos días —murmura, con la voz aún ronca por el sueño.

—Buenos días —respondo, inclinándome para besarla suavemente—. ¿Has dormido bien?

—Hmm, muy bien —se estira como una gata satisfecha—. Aunque alguien no me ha dejado dormir demasiado.

Me río en voz baja.

—No he oído ninguna queja.

—Tampoco las hubo —sonríe y se incorpora, llevándose la sábana consigo para cubrir su desnudez, un gesto innecesario pero encantador después de todo lo que hemos compartido—. Tengo hambre. ¿Desayunamos?

—Podría cocinar yo —ofrezco.

—No, déjame a mí —se inclina hacia adelante y me besa rápidamente—. Tú cocinaste ayer. Ahora me toca a mí.

Diez minutos después estoy sentado a la mesa de la cocina mientras Anna se mueve por ella como un torbellino, con mi camiseta demasiado grande para ella. Parece tan natural aquí, tan en casa, que me deja sin aliento. Esto es lo que quiero, pienso. Despertar así cada mañana, con ella.

—¿Tostadas francesas y un sándwich de mantequilla de cacahuete? —pregunta mientras bate huevos en un bol.

—Perfecto —respondo.

Desayunamos en un silencio acogedor, solo interrumpido ocasionalmente por una conversación ligera. Se siente tan natural, como si lo hubiéramos hecho mil veces. Como si siempre hubiera sido así, como si nunca pudiera ser de otra manera.

—Tienes algo ahí —digo de repente, señalando la comisura de su boca.

—¿Qué? —pregunta, tanteando con los dedos.

—Mantequilla de cacahuete —explico, inclinándome hacia delante y limpiándola con el pulgar—. Justo aquí.

Ella se ríe, una risa libre y despreocupada que me calienta el corazón.

—Gracias. Muy galante por tu parte.

—Hago lo que puedo —respondo con exagerada formalidad, lo que la hace reír de nuevo.

En ese momento, mientras nos reímos de algo tan simple como la mantequilla de cacahuete en la comisura de los labios, me doy cuenta: esto es la felicidad. No los millones en mi cuenta bancaria, ni el título de CEO, ni el apartamento de lujo o los coches caros. Sino esta simple y sin pretensiones convivencia. Esta mujer que me hace reír, que me hace mejor de lo que jamás podría ser sin ella.

—¿En qué piensas? —pregunta Anna, después de que nuestras risas se hayan apagado.

La observo por encima del borde de mi taza de café.

—En ti —respondo con sinceridad—. En nosotros. En el futuro.

Ella sonríe, cálida y llena de amor.

—¿Y cómo es? Ese futuro.

Tomo su mano, la aprieto suavemente.

—Jodidamente perfecto —digo, y lo digo en serio.

# Epílogo

## Anna

**15 meses después**

Un día perfecto, el sol brilla y solo se ven unas pocas nubecillas en el cielo. Un día perfecto para un picnic aquí en Central Park, junto a uno de los pequeños lagos donde hace un año dimos nuestro primer paseo. Pero ahora ya no somos dos. Somos cuatro.

—Emma, no te lo lleves a la boca —digo riendo mientras le quito la hoja de la mano a mi pequeña hija, que quería examinarla. Con sus tres meses, todo es una aventura para ella, todo debe ser explorado... preferiblemente con la boca.

Alexander, sentado a mi lado sobre la manta, sostiene suavemente a Noah en sus brazos. Nuestro hijo duerme plácidamente, con sus diminutas manitas cerradas en puños. Los gemelos no podrían ser más diferentes. Emma, siempre despierta, siempre curiosa, con la

mirada intensa de Alexander y mi pelo rubio. Noah, más tranquilo, más reflexivo, con mis ojos azules y su pelo oscuro.

—Tiene tu espíritu aventurero —dice Alexander sonriéndome—. No se le escapa nada.

—Y él tiene tu serenidad —respondo acariciando suavemente la mejilla de Noah.

Alexander se ríe. Es una risa libre, despreocupada, tan diferente a cuando nos conocimos. Pero este es el verdadero Alexander. El hombre que me llevó a su ático después de la visita al hospital tras el secuestro, como si también fuera mi hogar. Y hoy lo es. Y él: es un padre cariñoso, una pareja atenta... y sí, sigue siendo un brillante hombre de negocios, pero con corazón.

—Vosotros dos parecéis sacados de un anuncio de la vida familiar perfecta —comenta una voz detrás de nosotros.

Alexander Morgan Senior —o el abuelo, como ahora quiere que le llamen— se acerca a nosotros con una bolsa en la mano. Ya no lleva trajes y se ha dejado crecer un poco el pelo. La jubilación le sienta bien.

—Disculpad el retraso —dice mientras se sienta con nosotros—. La cola en Joey's era interminable. —Abre la bolsa y saca una caja—. Pero he conseguido los sándwiches de mantequilla de cacahuete de los que tanto habláis.

—Lo más importante —me río y cojo la caja.

Es extraño lo cercanos que nos hemos vuelto este año, el abuelo y yo. Después de todo lo ocurrido, nunca habría imaginado que

aceptaría como parte de mi familia al hombre que una vez me despidió, que nos involucró a todos en un juego peligroso. Pero las personas cambian. Y él realmente se ha esforzado, especialmente desde que llegaron los gemelos.

—¿Cómo va todo en la oficina? —pregunta el abuelo a su hijo, mientras acaricia suavemente la cabeza de Emma.

—Bien —responde Alexander—. El nuevo contrato con los japoneses está cerrado. Y tras la caída de los Harold, muchos de sus antiguos socios se han pasado a nosotros. Los negocios van mejor que nunca.

—¿Y tu secretaria? —pregunto con una sonrisa traviesa—. ¿Ya la has despedido o seducido?

Alexander pone los ojos en blanco, pero su sonrisa lo delata. —Ni lo uno ni lo otro. Carl es un excelente asistente. Aunque lamentablemente no es tan guapo como mi anterior secretaria.

—¿Te refieres a la que dejaste embarazada y luego te casaste con ella? —sigo provocándole.

—Exactamente —responde, inclinándose para besarme suavemente. El anillo dorado en su dedo brilla con el sol. Nos casamos hace dos meses, en una pequeña ceremonia privada solo con nuestros amigos más cercanos y la familia. Sin fusiones, sin ventajas empresariales... solo nosotros y nuestro amor. Así era perfecto. Sin ostentación, sin lujos y sin prensa.

Mi móvil suena en mi bolso. Al sacarlo, veo el nombre de Isa en la pantalla. Con una mirada de disculpa a Alexander, contesto la llamada.

—¡Isa, hola! Ya estamos en el parque, ¿vienes pronto?

Un sollozo al otro lado de la línea me hace estar alerta. —¿Isa? ¿Está todo bien?

—Ha roto conmigo —dice, sonando un poco apagada—. Jason simplemente... ha roto conmigo.

Suspiro suavemente. Isa y Jason, la eterna pareja intermitente desde la universidad. —Oh Isa, lo siento mucho.

—Dijo que necesitaba espacio, tiempo para pensar —continúa, su voz tiembla—. ¿Qué se supone que significa eso? O amas a alguien o no, ¿verdad?

Le lanzo una mirada a Alexander, que arquea una ceja interrogante. —¿Quieres que vayamos a tu casa? —le pregunto a Isa.

—No, no —responde rápidamente—. Quedaos donde estáis. Disfrutad de vuestro día. Yo... no puedo ir hoy. Lo siento.

—No te preocupes —la tranquilizo—. Pasaré por tu casa esta noche, ¿vale?

—Tienes a tus hijos. Estaré bien —dice Isa.

—Ni hablar. Todavía estamos en el parque y cuando terminemos, iré a verte. Me contarás todo. Para eso están las amigas. ¿Recuerdas? Y además: ¿para qué me saco leche si no es para casos como este? Ahora tranquilízate, mira una serie agradable y distráete. Estaré allí pronto, ¿de acuerdo?

—Gracias —dice Isa. Después de colgar, cuento brevemente a los demás lo que ha pasado.

—Pobre chica —dice el abuelo con compasión—. El amor a veces puede ser complicado.

—No siempre —contradice Alexander y aprieta mi mano—. A veces es bastante simple. Solo hay que reconocerlo.

Le sonrío, conmovida por sus palabras. No siempre fue fácil para nosotros, pero al final nos encontramos. A través de todos los obstáculos.

Una suave brisa pasa por nuestra manta, arremolinando algunas hojas. Emma balbucea alegremente e intenta agarrarlas. Noah se mueve ligeramente en los brazos de Alexander, abriendo brevemente los ojos antes de seguir durmiendo.

—Oh, os he traído algo —dice de repente el abuelo y busca en su bolsa. Saca un periódico y me lo da—. Página tres. Pensé que os interesaría.

Abro el periódico y encuentro de inmediato el titular: "FAMILIA HAROLD CONDENADA: 20 AÑOS DE PRISIÓN POR FRAUDE ECONÓMICO E INTENTO DE SECUESTRO".

Debajo, una foto de Miranda, su padre y su madre mientras son escoltados fuera del edificio del juzgado. Repaso rápidamente el artículo. Los Harold no solo fueron condenados por fraude económico, sino también por sus conexiones con una familia mafiosa italiana. El guardaespaldas que intentó secuestrarme en aquel entonces era, aparentemente, un miembro de alto rango de esta familia.

—Bueno, esto explica muchas cosas —murmuró, pasándole el periódico a Alexander.

—Por fin ha terminado —dice él después de leer brevemente—. Aunque todavía es difícil creer que Miranda estuviera involucrada en todo esto.

—A veces las personas te sorprenden —digo en voz baja, pensando en nosotros, en todo lo que hemos pasado.

—Para bien o para mal —añade Alexander. Mientras termina de leer el artículo, abro la caja con los sándwiches y la paso alrededor. El dulce aroma de la mantequilla de cacahuete se extiende por el aire cálido.

—¡Eh! ¿Queda sitio libre? —grita una voz alegre.

Levanto la mirada y veo a Elly acercándose a nosotros, con una bolsa de la compra en cada mano. Sigue trabajando en el departamento de recursos humanos, pero ahora somos amigas. Amigas de verdad, no solo compañeras de trabajo.

—¡Por supuesto! —respondo—. Acabamos de empezar a comer.

Elly se sienta junto a nosotros y enseguida mira a los gemelos con interés. —¡Dios mío, cada día están más monos! ¿Puedo? —pregunta extendiendo los brazos hacia Emma.

Le entrego con cuidado a mi pequeña hija, que inmediatamente suelta un gorjeo de entusiasmo. Elly tiene una conexión especial con los gemelos, quizás porque ella misma es gemela.

—Yo también he traído algo —dice señalando una de sus bolsas—. ¿Adivina qué?

—Déjame adivinar... ¿Sándwiches de mantequilla de cacahuete? —pregunto riendo.

—¿Cómo lo has sabido? —pregunta Elly con fingida sorpresa—. Pero no son cualquiera. Son los que llevan ese chocolate negro especial que tanto te gusta.

—Eres la mejor —digo, abrazándola brevemente.

El abuelo sonríe. —Vosotras dos y vuestra obsesión con la mantequilla de cacahuete.

—Lo he aprendido de Anna —dice Alexander sonriéndome.

—Al final ha desarrollado buen gusto —respondo.

Pasamos una hora más así: riendo, comiendo, compartiendo historias. Los gemelos van pasando de un brazo a otro, recibiendo besos y mimos por todos lados. Emma permanece despierta y atenta, mientras que Noah se despierta a intervalos regulares, nos mira a todos una vez y vuelve a quedarse dormido.

Cuando el sol empieza a ponerse y las sombras se alargan, comenzamos a recoger. Alexander envuelve a Noah en una manta suave, mientras yo vuelvo a meter a Emma en su pequeño pijama.

—Volved a casa con cuidado —dice el abuelo cuando nos abraza para despedirnos—. Y recordad que el domingo estáis invitados a comer en mi casa.

—Por supuesto —responde Alexander—. Estamos deseando que llegue.

Elly nos ayuda a llevar las cosas al coche. Antes de despedirse, me pone una bolsa en la mano. —Por si necesitáis un tentempié más tarde —me guiña un ojo.

—Gracias, Elly. Por todo —digo, refiriéndome a mucho más que solo los sándwiches.

Cuando finalmente estamos en el coche, con los gemelos bien sujetos en sus sillas, me recuesto y suspiro satisfecha. Alexander toma mi mano y la aprieta suavemente.

—¿Feliz? —pregunta en voz baja.

Observo su rostro, la calidez en sus ojos, el amor que irradia allí para mí y nuestros hijos. Luego miro hacia atrás a nuestros bebés dormidos.

—Más feliz de lo que jamás me habría atrevido a soñar —respondo honestamente.

Se inclina hacia mí y me besa con suavidad. —Te quiero, Anna Morgan.

El nombre todavía suena nuevo en mis oídos, me hace sonreír. Anna Morgan. Ya no la asistente, la organizadora de bodas, la ex amante. Sino la esposa de Alexander, madre de sus hijos, una parte integral de esta inusual y maravillosa familia que hemos creado.

—Yo también te quiero, Alexander Morgan —susurro.

—¿Quieres que te deje directamente en casa de Isa de camino? —pregunta.

—¿Os apañaréis bien? —pregunto señalando a los gemelos.

—Por supuesto. Somos un equipo bien coordinado. Yo y tus reservas de leche.

—Gracias —digo y le beso.

Mientras conducimos por las calles de Nueva York, apoyo mi cabeza en su hombro. Es curioso cómo a menudo la vida no transcurre como la has planeado. Cómo un giro equivocado, un aparente desvío, a veces te lleva exactamente adonde deberías estar.

De una joven a una asistente que se acostaba con su jefe, que fue despedida, que planeó su matrimonio falso, que casi fue secuestrada, para finalmente —por fin— convertirme en la mujer que soy hoy. Ha sido un camino largo y sinuoso.

Pero ahora estoy aquí, con el hombre que amo, nuestros hijos, un futuro lleno de posibilidades. Y mientras Nueva York pasa a nuestro lado, mientras el sol se hunde lentamente tras los rascacielos, sé con absoluta certeza: estoy exactamente donde debo estar. Estoy en casa.

**FIN**